

De la suficiencia a la escasez. Las transformaciones hidrosociales de un territorio semiárido de ladera a partir de la experiencia campesina. Vereda La Cabrera, Mesa De Los Santos
(Piedecuesta, Santander)

Laura Alejandra Peña Rodríguez

Trabajo de grado para optar por el título de Magister en Métodos y Técnicas de
Investigación Social

Director:

Fidel Vladimir Sánchez Calderón

Doctor En Historia

Universidad Industrial De Santander
Facultad De Ciencias Humanas
Escuela De Historia
Maestría En Métodos Y Técnicas De Investigación Social
Bucaramanga
2023

Dedicatoria

Dedico este trabajo a las aguas de las champas, aljibes y quebradas, - las que murieron y las que viven -, a la memoria de esos cuerpos de agua de La Mesa de Los Santos, y los seres que los habitan, y que hablan a través de las familias campesinas. A mi abuelo que aún me cuenta historias sobre este cañón en los sueños. A la memoria de doña Berta Almeida, doña Sofía Mendoza, don Mario Lizarazo y don Rodolfo Rico, los que ya no están, quienes me contaron sobre los indios que resguardan lagunas subterráneas en la espesura del monte y me enseñaron *que el agua no se mezquina*. A don Fidel Roa, mi primer amigo de La Cabrera, por inspirar todo esto y guiar mi mirada a lo realmente importante. A Melanie, Vanessa, Tita y Brayan, mi equipo de trabajo de campo, por compartir conmigo sus conocimientos sobre las plantas y los animales del cañón, son mis maestras más jóvenes. A todas las mujeres de La Cabrera que son la fuerza que contra todo pronóstico y a pesar de todos los obstáculos abren grietas para un futuro posible en esas lomas empinadas que ya llevamos adentro.

Agradecimientos

Agradezco a mis amigos y amigas de La Cabrera por las largas horas de conversaciones que me regalaron, por soportar mis preguntas extrañas que me introdujeron en la vida campesina de las laderas de La Mesa de Los Santos. También le agradezco profundamente a mi director Vladimir, por sus recomendaciones, y sobre todo por su paciencia y ánimo en medio de momentos tan difíciles. Gracias a Ana, mi amiga y cuidadosa lectora. Gracias a Ángela, Andrea, Daniel, María Angélica, Natalia, y a todas las personas que con mucha generosidad aportaron con sus conocimientos y habilidades a construir esta tesis. Finalmente, gracias a mi familia, a mis padres, mis hermanos, mi pareja y mis gatos, por creer siempre en lo que hago y armarse de pica y pala cuando la siembra sea necesaria. A todos y todas muchas gracias.

Tabla de Contenido

Introducción.....	8
1. La Mesa de los Santos, una región de planicies y laderas.....	22
1.1 El clima de La Mesa y el de las laderas.....	33
1.2 Las tierras calientes y las frías, la mesa de las laderas y la “mesa mesa”.	40
2. El agua y el territorio hidrosocial campesino	54
2.1 El viento que seca, el viento que trae la lluvia	56
2.2 Las quebradas y las bocatomas.....	62
2.3 Los nacimientos o aljibesmamas	71
2.4 Las aguas sembradas: gestión del paisaje hídrico en las laderas.....	76
2.5 Los <i>indios</i> y el agua subterránea.....	78
3. La concepción desarrollista del territorio hidrosocial de La Mesa de Los Santos	85
3.1 Reverdecer el pajonal: El potencial de una planicie “infértil”	90
3.2 La construcción de la vía.....	100
3.3 La aparición de los lagos y los cercamientos	102
3.4 El agua que fluye hacia arriba: construcción de pozos perforados.....	118
4. Conclusiones.....	124
Referencias Bibliográficas.....	134

LISTADO DE FIGURAS

1 "Lago artificial en Cabrera amenaza con colapsar" (Vanguardia, 2011)	8
2 "Avalanchas múltiples colpsaron vía a Bogotá" (Vanguardia, 2011)	9
3 Mapa de drenajes permanentes y estacionales de La Mesa de Los Santos. Fuente: IGAC	15
4 Carta Corográfica del Estado de Santander, 1864 - CO.AGN.SMP.6,REF.9 - Mapoteca:SMP.6	22
5 Las Juntas, formación del río Sogamoso - vereda La Loma, 2019	25
6 "Cattleya mendelii in the forest" tomada de Travels and Adventures of an Orchid Hunter. (Millican, 1891).....	26
7 Foto de cincho entre la vereda Los Cacaos en la parte plana y la vereda El Salado en la ladera	28
8 Tabla de cambio de bosques en los Andes tomada de Etter, McAlpine, & Possingham (2008, 13)	32
9 El cerro de la provincia de García Rovira nubado en tiempo de lluvias	34
10 Balance hídrico basado en la estación climática del IDEAM de La Mesa de Los Santos tomado de Pardo y Moreno-Arias (2014, 22).....	36
11 Mapa de ubicación de la Cabrera en la región de La Mesa de Los Santos	40
12 Modelo del medio físico tomado de Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez (2017)	49
13 Abrigos rocosos en El Salto del Duende vistos desde La Purnia	60
14 Bocatoma hecha en piedra en la vereda La Peña por el camino a Jordán. 2018	62
15 Ruinas de dos antiguas bocatomas en el Río Manco, vereda La Cabrera parte baja. Enero de 2023.	64
16 Cartografía social realizada en La Cabrera en 2022.....	66
17 Nacimiento El Zágamo con estatuilla de la vírgen en vereda La Cabrera, 2021	71
18 Calabazos o chuchos pequeños colgados en una cocina campesina de La Purnia.....	73
19 Aguas medicinales de La Cabrera baja	75
20 Foto área región nororiental de La Mesa 1976 del IGAC. Intervenida por mi.	85
21 Foto aérea de la región nororiental de La Mesa de 1992, IGAC. Intervenida por la autora.	86
22 Fotografía del archivo de Marta Cecilia Valderrama, hacia la década de 1970.....	93
23 Anuario del Colegio San Pedro Claver 1927.....	98
24 Fotografías de la presa Luna de Miel tomadas del "Estudio de la región de La Mesa de Los Santos" (UIS, 1982).....	107
25 Incubadora Santander, 2021.	109
26 Rotura de dique del cuarto lago. Fotografía tomada del "Informe Quebrada El Platanal" realizado por la CDMB en el 2011	115

Resumen

Título: De la suficiencia a la escasez. Las transformaciones hidrosociales de un territorio semiárido de ladera a partir de la experiencia campesina. Vereda La Cabrera, Mesa De Los Santos (Piedecuesta, Santander)

Autor: Laura Alejandra Peña Rodríguez**

Palabras Clave: Territorios hidrosociales, infraestructuras, experiencia campesina, etnografía, La Mesa de Los Santos

Descripción: En los últimos 40 años en la vereda La Cabrera el cauce de al menos 2 microcuencas que descendían desde La Mesa al río Manco y al Chicamocha, han desaparecido por completo: la quebrada El Platanal y La Chinavega. En el mismo tiempo, por lo menos 7 de los nacimientos de agua o *aljibesmamas*, como se les conocen a los reservorios de agua de las laderas que aparecen en los bosquecitos al pie de los escarpes rocosos, se han secado o han sido contaminados a tal punto que son inservibles para su uso en la finca campesina. Este trabajo etnográfico narra cómo en el deseo de domesticar la aridez del altiplano, las élites urbanas construyeron el discurso de la escasez “natural” de agua y produjeron materialmente dicha escasez al concentrar el agua en la planicie para sostener ambiciosos proyectos agropecuarios y urbanísticos que comparten la idea de “reverdecer” el pajonal del altiplano con el imaginario de crear el paraíso en la tierra, una *eutopía* como la llamó el escritor Manuel Hernández Torres (2003). Este disciplinamiento del territorio llevó a rediseñar la red de ensamblajes entre la sociedad campesina y el agua que tranzaban un tejido de jagüeyes, bocatomas y mangueras entre la planicie y la ladera conectando las fincas campesinas con el bosque, donde se encontraban los humedales o *champas*, los aljibes y las corrientes superficiales de este altiplano. Dejando a un lado el énfasis sobre la demanda y la oferta, abordado por otros estudios que han concluido que efectivamente existe una sobreexplotación del recurso hídrico en La Mesa (Ingeoexploraciones, 2016; Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022) –como ya lo han denunciado los campesinos en repetidas ocasiones (La Mesa por el derecho al agua, 2022)–, en esta investigación volqué la mirada sobre las relaciones con el agua, las maneras en que distintos grupos la dotan de sentido, los imaginarios del territorio y las infraestructuras hidráulicas que componen los territorios hidrosociales que cohabitan en tensión en la vereda La Cabrera.

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Historia. Maestría en Métodos y Técnicas de Investigación Social. Director: Fabio Vladimir Sánchez Calderón. Doctor en Historia.

Abstract

Title: From sufficiency to scarcity. The hydro-social transformations of a semi-arid hillside territory from the peasant experience. La Cabrera, Mesa De Los Santos (Piedecuesta, Santander).*

Author(s): Laura Alejandra Peña Rodríguez¹

Key Words: Hydrosocial territories, infrastructures, peasant experience, ethnography La Mesa de Los Santos.

Description: In the last 40 years in the vereda La Cabrera, at least two micro-watersheds that flowed down from La Mesa to the Manco River and then to the Chicamocha basin have completely disappeared: the El Platanal and La Chinavega streams. In the same time, at least 7 of the water springs or aljibes mamas, as the hillside water reservoirs that appear in the small forests at the foot of the rocky escarpments are known, have dried up or have been contaminated to such an extent that they are unusable for use on the peasant farm. This ethnographic work narrates how, in the desire to domesticate the aridity of the altiplano, the urban elites constructed the discourse of "natural" water scarcity and materially produced this scarcity by concentrating water in the plains to sustain ambitious agricultural and urban projects that share the idea of "greening" the altiplano's grasslands with the imaginary of creating a paradise on earth, an eutopia as the writer Manuel Hernández Torres (2003) called it. This disciplining of the territory led to the redesign of the network of assemblages between the peasant society and water that weaved a network of water troughs, water intakes and hoses between the plain and the hillside, connecting the peasant farms with the forest, where the wetlands or champas, the cisterns and the surface streams of this high plateau were located. Leaving aside the emphasis on demand and supply, addressed by other studies that have concluded that there is indeed an overexploitation of the water resource in La Mesa (Ingeoexploraciones, 2016; Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022) -as has been repeatedly denounced by peasants (La Mesa por el derecho al agua, 2022)-, in this research I turned my gaze on the relationships with water, the ways in which different groups endow it with meaning, the imaginaries of the territory and the hydraulic infrastructures that make up the hydro-social territories that cohabit in tension in the vereda La Cabrera.

* Degree Work

¹Faculty of Human Sciences. School of History. Master's Degree in Methods and Techniques of Social Research. Director: Fabio Vladimir Sánchez Calderón. PhD in History.

Introducción

En la tarde del 17 de mayo de 2011 Amparo llamó desde el celular de su esposo a Rodolfo, presidente de la junta de acción comunal de la vereda La Cabrera de Piedecuesta, ubicada en las laderas que descienden de La Mesa de Los Santos hasta el cañón del río Manco, para advertirle que el talud del cuarto lago de la Incubadora Santander, en la cima de la vereda, se había derrumbado y el agua se empezaba a filtrar como si la quebrada El Platanal volviera a correr. Amparo vivía en una finca campesina en la parte alta de La Cabrera y al ser vecina de la granja Bellavista Horizonte (construida por la empresa Incubadora Santander en 1993), era su deber estar atenta durante esos días del cuarto lago de la empresa que, desde comienzos de ese año de fuertes lluvias, amenazaba con colapsar.

domingo 27 de marzo de 2011 - 12:00 AM

Lago artificial en Cabrera amenaza con colapsar

Compleja es la situación que afrontan 22 familias de la vereda Cabrera al nororiente de la mesa de los Santos en Piedecuesta, el lago artificial construido en la parte alta de la ladera por una granja avícola amenaza con deslizarse sobre sus casas, mientras tanto la ola invernal sigue sedimentando la tierra.



1 "Lago artificial en Cabrera amenaza con colapsar" (Vanguardia, 2011)

Esa llamada era una señal de alerta previamente acordada para avisar a los demás habitantes de la vereda, que vivían en la parte baja, más cerca del río y de la vía nacional entre Bucaramanga y Bogotá, para que se prepararan a evacuar sus casas porque la posible avalancha que habían denunciado ella y su familia en varias ocasiones iba a suceder (Vanguardia Liberal, 2011). La Corporación para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB), como autoridad ambiental del municipio de Piedecuesta, había estado monitoreando el lago desde febrero de ese año por los agrietamientos en el talud de la represa denunciados por los habitantes, y en el informe técnico de la vista, el equipo de

expertos había ordenado el drenaje del lago para evitar una tragedia². Sin embargo, la negociación con la poderosa empresa santandereana ralentizó el proceso. La empresa no estaba dispuesta a desmontar los diques y la CDMB se conformó con la opción de usar motobombas para pasar el agua del cuarto lago al primero, lo que para uno de los profesionales consultados para esta investigación (quien pidió reservar su anonimato) era un despropósito, pues no tenía sentido circular el agua en el mismo sistema si lo que se quería era reducir el nivel de los lagos (Entrevista a antiguo funcionario de la CDMB, 2023).

» Vanguardia

Inicio Bucaramanga Santander Deportes Judicial Colombia Mundo Política Economía Opinión

Jueves 19 de mayo de 2011 - 12:00 AM

Avalanchas múltiples colapsaron vía a Bogotá

Por lo menos en los próximos 15 días no habrá paso a Bogotá por la vía a Pescadero desde Bucaramanga



Pese a que no se ha registrado ninguna víctima, varias avalanchas sobre ese corredor vial dejan un saldo desalentador para la conectividad con San Gil y la capital del país. La vía registra cierre total y las autoridades siguen monitoreando los lagos artificiales ubicados en la Mesa de los Santos sobre la vereda La Cabrera, por temor a que se produzca otra avalancha. (Foto: Néilson Díaz / VANGUARDIA LIBERAL)

² "Avalanchas múltiples colapsaron vía a Bogotá" (Vanguardia, 2011)

En mayo las lluvias arrieron en todo el país y en Santander, como lo registró el IDEAM, la precipitación estuvo "por encima de lo normal"³. Ese martes 17 de mayo llovió toda la tarde y toda la noche en La Cabrera. Más o menos a las 7 de la noche, según lo recuerda, Amparo escuchó un estruendo de piedras chocando que sacudieron el suelo de su casa: el talud que sostenía las aguas del cuarto lago, que había terminado de construir la empresa avícola 15 años atrás para abastecer una de las granjas industriales de producción de huevos más

² En el documento Desarrollo cronológico del Expediente Sancionatorio 0043-2011 de Incubadora De Santander realizado por funcionarios de la CDMB se lee que el 24 de febrero del 2011 se hizo la siguiente recomendación: "Recomienda que como medida preventiva se inicie el drenaje del lago, e impedir represamientos de agua por la posibilidad de ocurrencia de una avalancha de detritos que podría afectar la Escuela La Cabrera ubicada en la ladera abajo del movimiento del predio de la Familia Roa, siendo inminente el riesgo de las viviendas de la vereda Cabrera y el peligro donde se encuentran las veredas ubicadas ladera abajo, por lo que se requiere que INCUBADORA DE SANTANDER, efectúe la demolición y terraplén construido sobre la quebrada El Platanal y que constituye la represa de la Granja Avícola Bellavista Horizonte, permitiendo el curso normal sobre el canal de drenaje." (CDMB, 2011)

³ El indicador de "Anomalía de precipitación mensual por año" que calcula el IDEAM arrojó para el mes de mayo del 2011 en el territorio santandereano una anomalía mayor del 110% y en algunas zonas de mayor del 170%, respecto al promedio de los años anteriores (Índice de precipitación mensual por año, IDEAM <http://www.ideam.gov.co/web/tiempo-y-clima/anomalia-de-la-precipitacion-mensual-por-ano>).

tecnificadas de Santander, se había derrumbado. La avalancha bajó por el antiguo lecho de la quebrada El Platanal, desgarrando la montaña y llevándose a su paso árboles, lodo y rocas inmensas en dirección al río Manco.

En la desembocadura de la quebrada, en un sector conocido como Dos puentes, la avalancha derrumbó un puente de la vía Bucaramanga a Bogotá, la cual permaneció cerrada durante más de una semana (Oficina de prensa de la Gobernación de Santander, 2011). Más adelante, siguiendo el curso del río Manco, destruyó una casa del balneario de Ziraquita y luego las instalaciones del Parque Acuático Menzuly (Vanguardia Liberal, 2011b). La fuerza del agua arrastró los camiones cargados que transitaban sobre la vía y fueron fotografiados al día siguiente a punto de caer en el río Manco. Además, algunos cultivos de tabaco se desprendieron de la frágil ladera de un ecosistema semiárido propenso a la erosión, formando derrumbes que, en palabras de Amparo, “descompensaron” la montaña y desestabilizaron el suelo de las fincas campesinas de ladera que descienden al río. El peso del agua contenida en los diques se había filtrado en un sistema fracturado por la influencia de la tectónica local, lo que facilitaba la circulación del agua por el suelo de la ladera, de manera que el agua había aparecido en lugares en donde nunca se había registrado algún nacimiento de agua aumentando el riesgo de deslizamientos (Entrevista a antiguo funcionario de la CDMB, 2023).

Por fortuna no hubo víctimas mortales, gracias a que la comunidad de la parte alta de La Cabrera había estado monitoreando los lagos de la Incubadora desde meses atrás y actuó rápido para alertar a los de abajo. Sin embargo, las consecuencias que trajo esa avalancha a los campesinos de la vereda trascienden la tragedia material de esos días. Después del desastre, la comunidad de La Cabrera quedó en medio de un alegato jurídico

entre la Incubadora Santander, el Municipio de Piedecuesta y la CDMB, que se culpaban mutuamente del hecho. La vía para acceder a las fincas de la parte alta quedó completamente destruida. Además, gran parte de la vereda fue declarada como zona de alto riesgo por la CDMB, lo que impidió la reapertura de la Escuela de La Cabrera durante 7 años y limitó completamente la inversión estatal para el mejoramiento de vivienda rural, de espacios públicos y vías lo que, sumado a la sensación de riesgo por la posible repetición del evento, presionó a varias familias campesinas a abandonar definitivamente su territorio. Todo ello se ha enmarcado en una serie de violaciones a los derechos humanos de la comunidad campesina de La Cabrera que ha sido ampliamente analizado a la luz del derecho humano al agua en la tesis de maestría “Who owns water?”(Bueno Torres, 2019).

La avalancha de 2011 no fue un evento fortuito; fue más bien un episodio que hace parte de un proceso histórico reciente de transformación de las relaciones entre las personas y el agua en La Mesa, en un contexto de amplias expectativas por desarrollo económico con el establecimiento de proyectos agropecuarios tecnificados inspirados en la “revolución verde” y un proceso de suburbanización que supuso la implementación de nuevas infraestructuras hídricas para abastecer proyectos de inversión privada que llegaron a la región revestidos con el aura del “progreso”. Después de los años 80, con la pavimentación de la vía Bucaramanga-La Mesa, financiada a través de un peaje que fue el primero en Colombia administrado por privados, se dio un impulso a la tecnificación de galpones de cría de pollos y a la construcción de proyectos turísticos y de condominios de casas campo que marcaron la pauta en los procesos de urbanización de la región que se aceleraron después de los 2000 (Noriega & Rodríguez, 2017).

La Mesa es un altiplano ubicado en el departamento de Santander que se eleva desde los 300 m.s.n.m. en su punto más bajo en el cañón del río Sogamoso, hasta los 1810 m.s.n.m., su punto más alto conocido como El Alto de El Tabacal (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017). Se encuentra en el extremo norte del Cañón del río Chicamocha – Sogamoso, un cañón de 227 kilómetros moldeado desde hace 30 millones de años por la acción permanente del viento y el agua con un régimen climático seco, una profundidad media de 2 km y laderas que llegan a tener 71 grados de inclinación (Banco de Occidente, 2013). Este paisaje abismal del Cañón del Chicamocha ha permitido la conservación de remanentes de bosques secos y xerofíticos adaptados a los climas extremos del Bosque Seco Tropical, uno de los paisajes bioclimáticos más degradados de los Andes colombianos (Etter, McAlpine, & Possingham, 2008), lo que representa un alto valor para la conservación ambiental por su gran concentración de endemismos (Pardo & Moreno-Arias, 2018, 14).

En este trabajo nuestro cómo, por el deseo de domesticar la aridez del altiplano, las élites urbanas construyeron el discurso de la escasez “natural” de agua y produjeron materialmente dicha escasez al concentrar el agua en la planicie para sostener ambiciosos proyectos agropecuarios y urbanísticos que comparten la idea de “reverdecer” el pajonal del altiplano con el imaginario de crear el paraíso en la tierra, una *eutopía* como la llamó el escritor Manuel Hernández Torres (2003). Este disciplinamiento del territorio llevó a rediseñar la red de ensamblajes entre la sociedad campesina y el agua que tranzaban un tejido de jagüeyes, bocatomas y mangueras entre la planicie y la ladera conectando las fincas campesinas con el bosque, donde se encontraban los humedales o *champas*, los aljibes y las corrientes superficiales de este altiplano. Para concentrar el agua, se

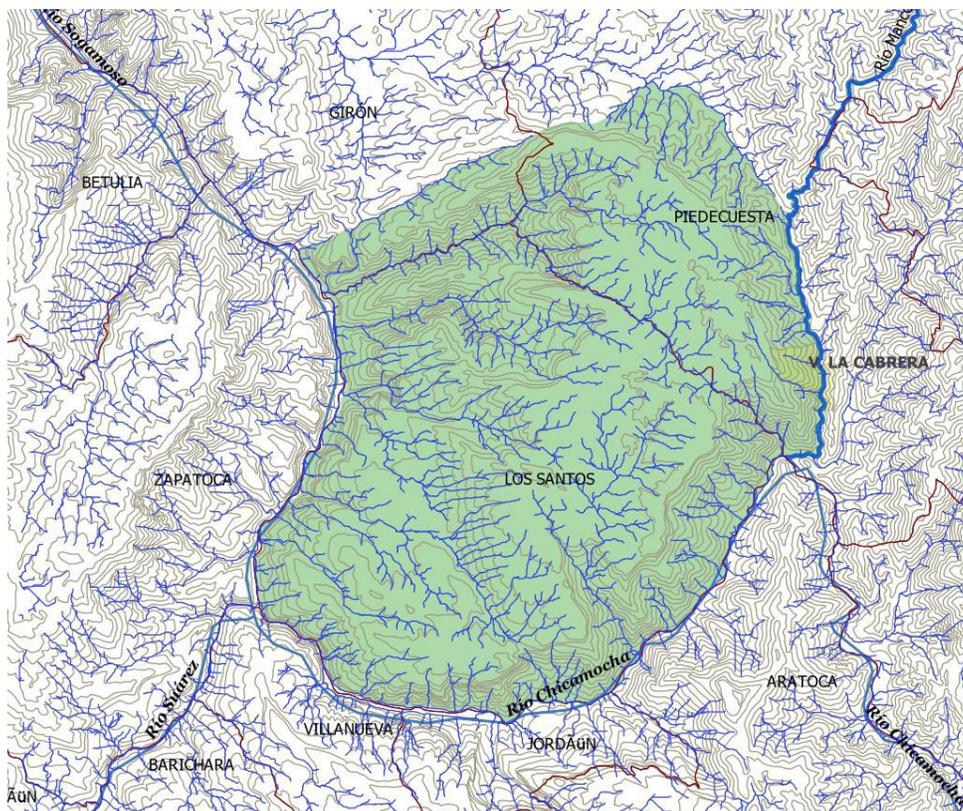
intervinieron los humedales y se represaron las corrientes hídricas superficiales como la quebrada El Platanal o la Chinavega que descendían de La Mesa en dirección a la cuenca del río Chicamocha, de la que el Manco es tributario. Años después, cuando los lagos fueron insuficientes, desde mediados del 2000 se empezaron a construir pozos perforados de más de 80 metros de profundidad que se han multiplicado rápidamente y de manera descontrolada en los últimos 15 años, afectando los manantiales de la ladera al impactar el nivel freático de La Mesa, lo cual constituye hoy en día uno de los principales problemas que afectan la disponibilidad y la calidad de agua del municipio de Los Santos y Piedecuesta (Ingeoexploraciones, 2016, Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022). A este paisaje hídrico se le sumaron en la última década los carrotanques que recorren más de 20 kilómetros entre Curos (Piedecuesta) y La Mesa para transportar el agua del río Manco en las temporadas de sequía que son, por lo general, de junio a julio y de diciembre a enero⁴.

En los últimos 40 años en la vereda La Cabrera el cauce de al menos 2 microcuencas que descendían desde La Mesa al río Manco y al Chicamocha, han desaparecido por completo: la quebrada El Platanal y La Chinavega. En el mismo tiempo, por lo menos 7 de los nacimientos de agua o *aljibesmamas*, como se les conocen a los reservorios de agua de las laderas que aparecen en los bosquecitos al pie de los escarpes rocosos, se han secado o han sido contaminados a tal punto que son inservibles para el consumo humano o de animales de corral. Por otra parte, entre las familias campesinas existe la percepción de que antes llovía más, lo cual es coherente con los pocos datos que se tienen sobre precipitaciones anuales de la única estación climática del IDEAM que existe

⁴ En enero de 2014, cuando se declaró por primera vez el estado de calamidad pública en Los Santos (RCN radio, 2014) la Alcaldía tuvo que empezar a transportar agua a las veredas más críticas a través de carrotanques, y en el 2017 la Gobernación de Santander entregó un carrotanque al municipio de Los Santos (Vanguardia Liberal, 2017), pues los carrotanques se convirtieron en una infraestructura hídrica móvil necesaria para el abastecimiento de las veredas del municipio en temporada seca.

en La Mesa, donde se evidencia que, desde 1978, el registro más antiguo, hay una tendencia a su disminución (Pardo & Moreno-Arias, 2018). La escasez de agua es una realidad palpable que afecta la ladera de esta región de La Mesa.

En esta investigación me propongo reconstruir la manera en la que ha fluido el agua y las conexiones y desconexiones entre el agua y las personas, en los últimos 40 años en la vereda La Cabrera, con el objetivo de aportar a la comprensión de cómo se ha construido socialmente el problema de la escasez de agua en las laderas de La Mesa de Los Santos desde un estudio histórico y etnográfico. Desde esta perspectiva, busco ir más allá del desarrollo de los conflictos entre la comunidad campesina de La Cabrera y la Incubadora Santander abordado por Bueno (2019), para entender el contexto en el que se producen estas relaciones desiguales de poder en el territorio.



3 Mapa de drenajes permanentes y estacionales de La Mesa de Los Santos. Fuente: IGAC

Por sus características semiáridas La Mesa no ha tenido nunca grandes ríos caudalosos, pero sí una red de quebradas, escorrentías de tiempos de invierno y *champas* – humedales fangosos– que atraviesan la meseta en todas las direcciones y se conectaban con los jagüeyes y bocatomas que pasaban por las fincas campesinas para luego caer por zanjones o abismos a los ríos que rodean el altiplano. Una vista más actualizada de la cartografía hídrica de La Mesa del IGAC lo demuestra (Mapa 1.). De hecho, cualquier visitante contemporáneo de La Mesa encontrará hasta en los años más secos lagunas que permanecen llenas o piscinas y jardines de clubes y condominios sin rastro de escasez a pesar de la sequía.

Esto significa que la escasez de agua no se reduce a una condición “natural” de disponibilidad de recursos limitados producto de las características bioclimáticas de lugares como el cañón del Chicamocha. Los estudios acerca de la construcción social de la escasez han señalado la importancia de trasladar el foco de atención del debate de los problemas de demanda y suministro –es decir, de disponibilidad de recursos–, al análisis de la “interacción entre los diversos contextos socioculturales y políticos de los actores implicados” (Sasidevan & Santha, 2018). Dirigir la mirada sobre las diversas maneras en las que los grupos humanos nos relacionamos con el agua, y las tensiones que surgen en el encuentro de estas diferencias, permite develar cómo la escasez de agua es experimentada de manera diferencial por diferentes grupos de personas de acuerdo a su posición social, su capacidad económica o su identidad cultural. Dejando a un lado el énfasis sobre la demanda y la oferta, abordado por otros estudios que han concluido que efectivamente existe una

sobreexplotación del recurso hídrico en La Mesa (Ingeoexploraciones, 2016; Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022) –como ya lo han denunciado los campesinos en repetidas ocasiones (La Mesa por el derecho al agua, 2022)–, en esta investigación volqué la mirada sobre las relaciones con el agua, las maneras en que distintos grupos la dotan de sentido, los imaginarios del territorio y las infraestructuras hidráulicas que componen los territorios hidrosociales que cohabitan en tensión en la vereda La Cabrera.

Los territorios hidrosociales son “espacios constituidos social, natural y políticamente que son (re)creados mediante las interacciones entre las prácticas humanas, los flujos de agua, las tecnologías hidráulicas, los elementos biofísicos, las estructuras socio-económicas y las instituciones político-culturales.” (Boelens, Hoogesteger, Swyngedouw, Vos, & Wester, 2017, p.85). En otras palabras, el territorio hidrosocial hace tangible las relaciones agua y sociedad, y en este sentido, materializa procesos culturales y procesos ecosistémicos y físicos que moldean el paisaje, definen límites físicos e imaginados, y configuran procesos de inclusión y exclusión, “de desarrollo y marginalización”, que a su vez distribuyen los beneficios y perjuicios de la relación agua y sociedad dada (ibídem, 87).

Seguiré el curso del agua y las diferentes infraestructuras hídricas que se fueron yuxtaponiendo, conectando, y en algunas ocasiones desconectando a las personas del flujo del líquido. Cada infraestructura es inseparable de los grupos humanos que las diseñan, edifican, adaptan, reparan, y a las que éstas abastecen de servicios de agua. Entiendo las infraestructuras como ensamblajes sacionaturales que materializan formas de ver y habitar el mundo. La evidencia material o la huella en el paisaje de una infraestructura es entonces sólo una parte visible de éstas, inseparable de las formas de vida que las conciben y se

organizan para utilizarlas y mantenerlas. Los estudios etnográficos sobre infraestructuras reconocen lo político y lo simbólico e intangible de estas materialidades que ha revelado a éstas como espacios de conflicto, negociación y sentido (Star, 1999). Busco combinar estos elementos de la literatura académica sobre infraestructuras con la ecología política del agua que se interesa por la manera como las relaciones de poder se relacionan con el acceso y el flujo del agua en el actual modelo capitalista de acumulación; “el agua fluye en dirección del poder” (Boelens & Arroyo, 2013). Desde esta perspectiva las infraestructuras hídricas se entienden inmersas en procesos de territorialización, es decir, procesos de apropiación del territorio que reconfiguran permanentemente las relaciones hidrosociales y el paisaje, en la mediación de redes socio-naturales ligadas al espacio, elementos biofísicos –la lluvia, la erosión, la sequía, etc...- y las acciones desplegadas por diferentes actores sociales que compiten de manera desigual en la definición, composición y ordenamiento de un territorio (Boelens, Hoogesteger, Swyngedouw, Vos, & Wester, 2017).

Puede decirse que esta investigación comenzó en el 2016 cuando, en medio de una caminata de exploración de los caminos de las laderas de La Mesa de Los Santos, llegué por azar a la casa de uno de los campesinos de La Cabrera que más me ha motivado a escribir sobre el agua en este lugar. Mi interés en este momento era indefinido, un poco de conocimiento de la vegetación, algo de la historia de mi familia antes de migrar a la ciudad, y en general, una curiosidad por la vida de una comunidad campesina que vive en las pendientes inclinadas del Cañón del Chicamocha. Como cualquier visitante urbano en La Mesa, me sorprendía al ver antiguas casas de tapia en los valles colgantes que se desprenden del altiplano. El agua y las maneras como se conecta con la vida campesina fueron apareciendo con los años y la maduración de mi amistad con las personas que viven

en este territorio, y el deseo que compartimos de mejorar la vida en estas tierras inclinadas cuidando sus quebradas, nacimientos y bosques, y por supuesto, la economía local y los vínculos comunitarios.

En este sentido, esta investigación no nació en un ámbito académico, sino en el proceso de elegir un camino de vida. Es por esto que el proceso de conocimiento de la realidad de La Cabrera ha estado atravesado por el compromiso que he adquirido con las familias de este lugar, por la construcción de un futuro posible de permanencia en el territorio para las nuevas generaciones. Consciente de esto, y en correspondencia con la teoría del conocimiento situado de Donna Haraway, entiendo mi aporte a la comprensión del problema de la escasez como una mirada parcial, y, por lo tanto, incompleta que se entiende en el marco de la experiencia campesina sobre dicha realidad de escasez.

Dicho esto, la investigación que presento es una etnografía de las relaciones hidrosociales que se toma en serio a las personas, no como objetos del conocimiento sino como sujetos que tienen la capacidad de incidir sobre su territorio y reflexionar sobre sus realidades. Esto es lo que Ingold llama tomarse a las personas en serio (Ingold, 2020). Durante estos ocho años he tratado de mantener una práctica de escritura reflexiva, grabando entrevistas con el permiso de las personas que viven o han vivido en La Cabrera y realizando encuentros comunitarios para reflexionar sobre el territorio a través de la cartografía social. Este trabajo se convierte en una sistematización que hila las anotaciones de campo, los talleres comunitarios sobre el territorio, los mapas parlantes y recuerdos de los senderos transitados, las fotografías y videos que he coleccionado de este lugar, las entrevistas y las horas de conversaciones informales, algunas muy personales e íntimas que surgen en la relación de amistad que sostengo con las mujeres de la región y con los

proyectos de acción colectivos e individuales que lideramos actualmente en el territorio con el colectivo Reviviendo Nuestro Campo.

En términos cuantitativos, son 14 las personas de la vereda La Cabrera que han aportado a la escritura de este documento. Con ellas he mantenido un contacto permanente, he realizado entrevistas, conversaciones informales, he caminado junto a ellos sus fincas y los caminos que nos conectan. Además, hemos creado juntos diferentes proyectos productivos y de defensa del territorio que hoy mantiene viva la gestión comunitaria. Con estas personas hemos realizado 2 talleres de cartografía social; el primero, para conocer cómo se fue transformando el fluir del agua en la ladera y la conexión que estas familias tenían con el tejido hídrico de la región; el segundo, para imaginar la *eutopía*, el buen lugar, en la idea del campesinado. Los niños, las niñas y los jóvenes han sido protagonistas de este proceso a través de la creación de un documental sonoro que buscó recopilar las historias del agua del cañón del río Manco llamado “Relatos Campesinos del Agua”, el cual fue publicado en el 2021 gracias a una convocatoria de estímulos del Ministerio de Cultura que el colectivo Reviviendo Nuestro Campo ganó⁵.

Además, he podido entrevistar y conversar con 12 líderes sociales, entre mujeres y hombres, que representan diferentes veredas campesinas de La Mesa de Los Santos gracias a un proceso emergente de defensa del territorio que surgió en agosto del 2022 llamado La Mesa por el Derecho al Agua.

Este trabajo etnográfico se ha complementado con la lectura y análisis de dos libros que condensan la visión desarrollista de La Mesa de Los Santos: “El estudio regional de La

⁵ Se puede consultar aquí: <https://open.spotify.com/show/4XWiwUV0GM0NasfyDSRkcE?si=085027061d264980>. (Recuperado el 5 de junio de 2023)

Mesa de los Santos” publicado por la UIS en 1982, y “Eutopía, requiem por un sueño” de 2003 donde el periodista Manuel Hernández Torres entrevista a diferentes figuras políticas y empresarios que dieron origen al proyecto de reverdecer el pajonal de La Mesa de Los Santos. En estos documentos, me interesó ver el origen de los imaginarios sobre el territorio que hoy determinan la manera de habitar el altiplano, en contraste con la concepción campesina del agua y el territorio.

Por último, realice una revisión de prensa a partir de los hitos históricos que fui reconociendo en el proceso de explorar la historia de La Mesa.

¿Por qué estudiar las conexiones hidrosociales y la producción de la escasez en la región árida de Santander? Primero, estudiar la zona árida de Santander aporta a la comprensión del funcionamiento socioecológico de los Bosques Secos Tropicales, develando el imaginario colonial que los definió como desiertos deshabitados, “tierras muertas” (Molano Campuzano, 1964), sino como lo que son: regiones altamente biodiversas que se han adaptado a condiciones climáticas extremas, incluyendo a los seres humanos que las han habitado históricamente.

Por lo anterior, estudiar las regiones áridas y las prácticas culturales campesinas de gestión del agua asociadas a estos ecosistemas permite reconocer saberes y conocimientos locales potenciales para la construcción de sustentabilidad local⁶ y problematizar las estrategias de abastecimiento de agua impuestas por el discurso desarrollista de la agroindustria y las empresas urbanizadoras de La Mesa, que han llevado a la

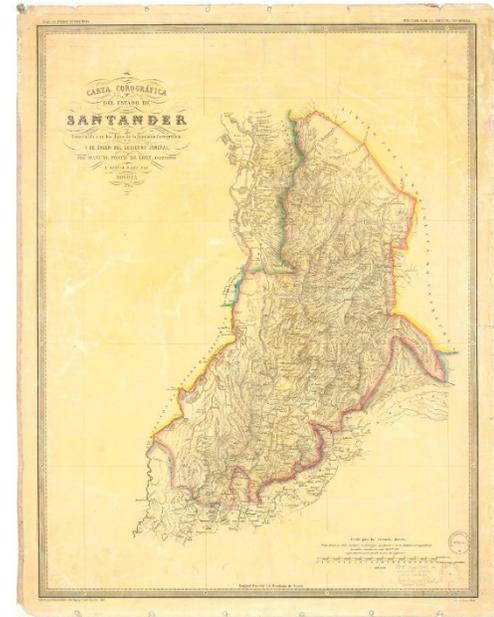
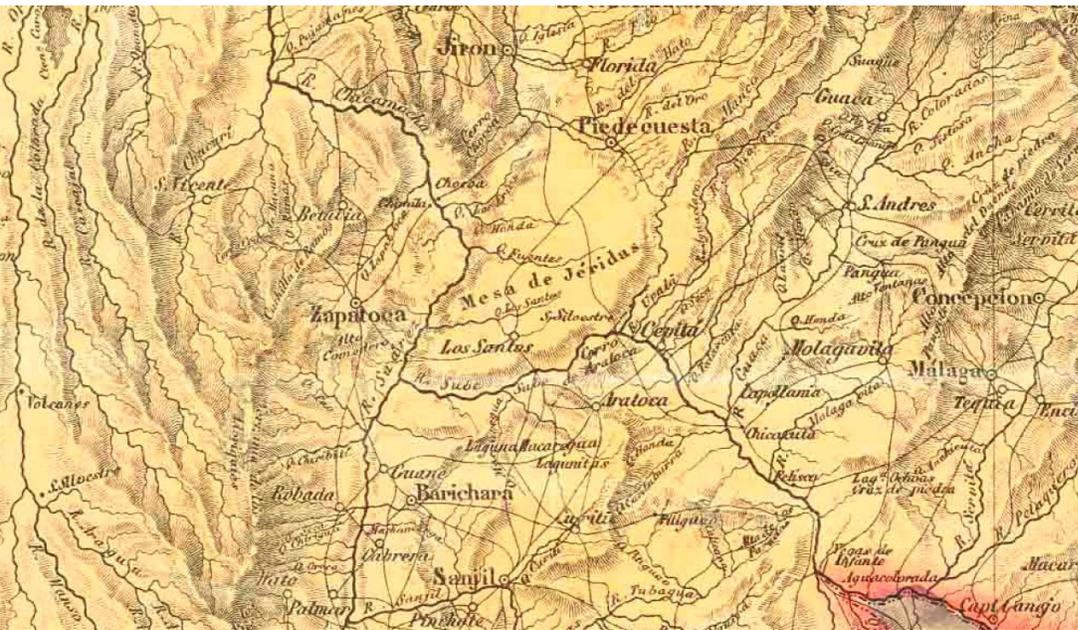
⁶ Por ejemplo, las investigaciones de historia ambiental y ecología política de Micheline Cariño Olvera en la península de California han concluido la importancia de los paisajes bioculturales y lo que ella ha llamado la “oasisidad” para enfrentar los actuales problemas de salinización que están agotando los recursos hídricos de la región por cuenta de la construcción descontrolada de pozos perforados para suplir las demandas del turismo (Cariño Olvera & Castillo Maldonado, 2017; Cariño Olvera & Castorena, 2016; Cariño Olvera, Maya, Wurl, Urciaga, & Breceda, 2012)

sobreexplotación de los acuíferos subterráneos y la contaminación de las corrientes superficiales.

En este sentido, ahondar en las causas socioculturales de la escasez de agua en una región árida también es un esfuerzo por superar la dicotomía sociedad y naturaleza, sociedad y agua, para entender cómo en las formas que adquieren las interacciones hidrosociales en un tiempo determinado intervienen no sólo los factores no humanos sino también visiones de mundo y la naturaleza, formas de habitar, y relaciones de poder y control.

Este documento está estructurado en tres capítulos. En el primero hago una descripción general de las condiciones climáticas y geológicas del altiplano, y la manera cómo el campesinado de la región comprende este territorio de planicies y laderas, para ubicar finalmente la zona de estudio: la vereda La Cabrera, en laderas de la región nororiental de La Mesa de Los Santos. En el segundo capítulo describo las relaciones agua y sociedad propias del territorio hidrosocial campesino de La Cabrera. Las infraestructuras, entendidas como la materialización de los imaginarios o visiones de mundo, son el hilo conductor que me permite reconstruir los elementos centrales de la forma que adquiere la relación agua y sociedad en las laderas campesinas de La Mesa de Los Santos. Finalmente, en el tercer capítulo describo el territorio hidrosocial “desarrollista” que se estableció a partir de los años ochenta reconfigurando las relaciones agua y sociedad a partir de nuevas infraestructuras y tecnologías hidráulicas, que en la actualidad han definido la producción de regiones donde la escasez de agua prima, junto a otras donde el agua es abundante.

1. La Mesa de los Santos, una región de planicies y laderas



4 Carta Corográfica del Estado de Santander, 1864 - CO.AGN.SMP.6,REF.9 - Mapoteca:SMP.6

Xerirá, Jéridas o La Mesa de Los Santos, como la conocemos actualmente, es un altiplano de aproximadamente 430 kilómetros cuadrados, ubicado al norte del Cañón del Chicamocha, que se eleva desde los 300 a los 1810 m.s.n.m. cubriendo la totalidad del municipio de Los Santos, una pequeña parte de Piedecuesta y una parte de la vereda Chocoa de Girón. Aunque recientemente algunos grupos de habitantes han abierto debates sobre la definición de los límites de esta región, éstos responden más a intereses económicos, disputas por la narrativa de desarrollo y a mecanismos de distinción (tema que trataré más adelante) que a la coherencia fisiográfica y a la historia sociocultural del territorio.

Como se representa en la Carta Corográfica de 1864 (figura 1.), los escarpes y ríos que rodean La Mesa marcan muy claramente sus límites; el río de Oro por el norte, el Chicamocha que se une al Suarez para formar el Sogamoso por el sur y el occidente, y el

río Manco por el oriente. La Cabrera, vereda que actualmente hace parte del municipio de Piedecuesta, se encuentra en las laderas que descienden desde La Mesa hacia el río Manco entre los 1671 y los 820 metros sobre el nivel del mar. Esta abrupta geografía permite la conexión de bosques húmedos transicionales que se ubican en la parte más alta, bosques secos que descienden junto a bosques riparios que crecen sobre los valles colgantes de menor pendiente, y bosques de matorrales y especies xerofíticas que crecen en las pendientes más pronunciadas en lo profundo del cañón del río Manco.

Para entender la historia del flujo de relaciones hidrosociales que han configurado el paisaje actual de la vereda he tenido que comprender primero el origen de este altiplano semiárido y todos los elementos históricos que han incidido en la formación de sus condiciones bioclimáticas actuales, la historia propiamente del suelo, las rocas y los bosques que se cuenta en tiempo geológico. En este capítulo describiré el origen de este paisaje semiárido que observamos en La Mesa de los Santos y sus características geográficas de valle interandino en la Cordillera de Los Andes a partir de la literatura científica existente sobre esta región.

La Mesa de Los Santos es un lugar excepcional en el mundo y no es una exageración. Hay varias razones para decirlo; la más significativa de todas, y la que ha hecho mundialmente conocido este lugar, es porque en el costado noroccidental de La Mesa se encuentra la región exacta donde se ubica uno de los tres nidos sísmicos del mundo: el “nido de Bucaramanga”, llamado así en la geología por la falla de Bucaramanga. Esto significa que es uno de los tres lugares en donde se concentran la mayoría de los movimientos telúricos: tiembla prácticamente todos los días, pero a una profundidad de 150 km bajo tierra que evita que los efectos de estos movimientos sean desastrosos en la

superficie. Los otros dos nidos sísmicos son el Hindu Kush en Afganistán y el Vrancea en Rumania. Germán Prieto, profesor de la Universidad Nacional dedicado a investigar la diversidad de los terremotos y su relación con los movimientos de masas continentales, explicaba en un seminario al que asistí virtualmente en febrero del 2021, que lo particular del nido sísmico de Bucaramanga es que, a diferencia de los demás, el área donde se concentran los miles de sismos que ocurren anualmente es de menor volumen⁷. Esto quiere decir que el nido sísmico de Bucaramanga es el punto de mayor concentración de terremotos del planeta. Además, la diversidad y polaridad del comportamiento de los sismos de este lugar abre muchas preguntas sobre la dirección y fuerza de los movimientos telúricos que han formado la cordillera de Los Andes.

La segunda razón es lo impresionante de su paisaje trazado durante millones de años por la acción erosiva de las corrientes de agua, los movimientos telúricos y el viento veloz que ha dado forma al diverso paisaje geológico del Cañón del Chicamocha.

⁷ Más de 2000 terremotos ocurren en un volumen de 5x5x5 km en el nido de Bucaramanga, mientras que el de Afganistán tiene un volumen de 120x30x75 km y el de Rumania de 20x35x110 km (Prieto, 2021).



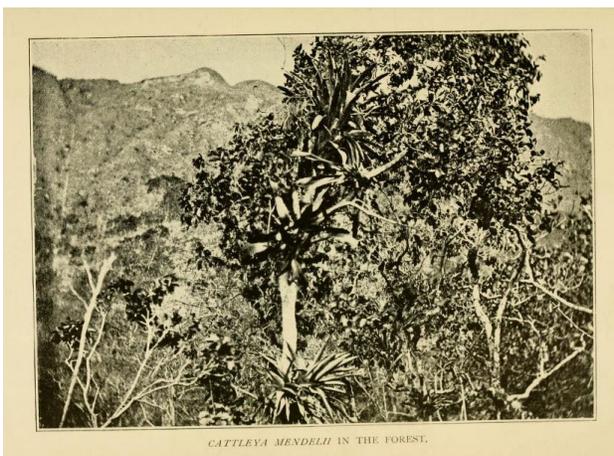
5 Las Juntas, formación del río Sogamoso - vereda La Loma, 2019

Por su gran diversidad de geformas y paisajes, que se pueden observar muy claramente dado lo despejado de su vegetación, varias instituciones se aliaron en el 2022 para postular un área del Cañón del Chicamocha a la Convocatoria de Geoparques Mundiales de la UNESCO. Jorge Gelvez, un geólogo que conocí en las rutas de patrimonio arqueológico que se ofrecen a turistas en La Mesa a través del colectivo Cultura Guane, me explicó que el polígono propuesto cubre completamente los municipios de Aratoca, Barichara, Cepitá, Curití, Jordán, Los Santos, Molagavita y Villanueva, y tres municipios parcialmente: Piedecuesta, San Andrés y Zapatoca.

De esta área, la porción de La Mesa de Los Santos que se incluyó en el polígono postulado para el “Geoparque Cañón del Chicamocha” equivale a dos tercios de todo el altiplano y es una de las áreas más interesantes por las abruptas elevaciones que existen. Es el último trayecto del río Chicamocha que da un giro de 120 grados hacia el suroccidente en El Pescadero al encontrarse con los escarpes y valles colgantes de las laderas de La Mesa, y la rodea por el sur para girar nuevamente al noroccidente en dirección al Magdalena. El

cañón tiene aquí su parte más estrecha y profunda en el sector de Las Juntas, donde se forma el río Sogamoso en el encuentro del Suárez y el Chicamocha. En este punto, el camino al río desciende desde La Mesa más de 700 metros en un trayecto de un poco más de 16 km por la vereda La Loma.

Es un paisaje abismal que obliga a verlo fijamente y sentir esa mezcla de asombro, curiosidad y miedo que ha fascinado a quienes han caminado sus senderos y han podido detallar los inmensos muros de roca con árboles colgantes que se aferran como pueden enterrando sus raíces sobre las grietas; o los derrumbes trazados por filtraciones de aguas estacionales sobre los que crece una vegetación que pierde sus hojas para soportar largos periodos de sequía; o las grietas que se abren por todas partes formando cuevas con entradas estrechas y salones amplios donde se han encontrado los principales sitios arqueológicos de enterramiento Guane como “La cueva del indio”, descubierta por los Bárcenas y documentada por Justus Wolfgran Schottelius en 1946 (Schottelius, 1946), o la famosa tumba en la vereda El Pozo que se cree resguardó los restos del cacique de Guanentá, descrita por Alejandro Navas y Nelson Ramírez en 2009 (Leveratto, 2009).



6 "Cattleya mendelii in the forest" tomada de *Travels and Adventures of an Orchid Hunter*. (Millican, 1891)

A finales del siglo XIX, durante la “fiebre botánica” (Deas, 1991), un cazador de orquídeas de origen inglés visitó La Mesa atraído por la historia de una especie de orquídea, la *Cattleya mendelii*, que crecía de forma abundante en los precipicios que rodean La Mesa, y aunque

llegó tarde a recolectar esa especie endémica –pues ya habían sido saqueadas por otros cazadores que llegaron antes que él–, se fue, como él mismo escribió, “impresionado con la magnificencia de la escenografía” (Millican [1981], n.d. 73)⁸. Eduardo Posada, otro cronista que pasó por La Mesa cuando los caminos eran a pie o a lomo de mula, escribió en 1908:

“¡Qué hermoso pedazo de Colombia es la Mesa de Jéridas o de Los Santos! Aislada de toda cordillera, ahí en el corazón de Santander, y circundada por impetuosas aguas, semeja una isla apacible en medio de aquel océano de cerros que la circundan por todas partes y que ondulando se dilatan por leguas a la redonda!” (Posada, 1908)

Emilio Arenas (2004) escribió con mucha razón que para entender este territorio hay que bajar al río por esos caminos empinados, sentir el agobiante calor de un sendero de vegetación despejada y espinosa que desciende por cinchos o paredes de roca desnuda (Ver figura 4.), que en algún momento del pasado fueron calzados con rocas organizadas y plantadas por manos humanas para moldear senderos que hicieran habitable y caminable esta geografía quebrada, trazada por la erosión y el agua del río Chicamocha en sus cerca de 27 millones de años de formación, tiempo aproximado en el que se calcula que inició la exhumación o elevación de los Andes en el Cañón del Chicamocha entre el Oligoceno y el Mioceno de nuestra era (Villamizar, 2021).

⁸ La cita completa “Deje el lugar impresionado con la magnificencia de la escenografía, pero decepcionado en mi búsqueda de plantas” (Millican, n.d.,73)

Durante la gran extinción del periodo Cretácico de la era Mesozoica, la era de los dinosaurios, en lo que hoy es La Mesa de los Santos había un gran mar. Sus vestigios están



Los cinchos son afloramientos de rocas antiguas que se elevaron desde hace millones de años en la dinámica tectónica de la tierra, formando paisajes escalonados de abismos profundos y abruptos cambios de alturas. Es una palabra de uso popular entre la comunidad rural del cañón para nombrar esos muros de roca limpios de vegetación que rodean La Mesa de Los Santos. Es una derivación de una palabra antigua de origen español “cingla” que usó Juan de Castellanos para referirse a los

7 Foto de cincho entre la vereda Los Cacaos en la parte plana y la vereda El Salado en la ladera

en la misma superficie de los suelos al alcance de cualquier caminante atento. Un día a mediados de julio del 2020, cuando las restricciones de la cuarentena se flexibilizaron un poco más y pude volver a La Cabrera, en el camino que sube desde la ladera a La Mesa, mi papá –que prácticamente había vivido la mitad de su juventud allí y me estaba mostrando lo que conocía– pateó una piedra que le pareció curiosa y resultó ser un fósil casi perfecto de una amonita de 8 a 10 cm de diámetro. Unos años antes había oído hablar a un campesino de una cueva donde se encontraban por miles las amonitas y fósiles como si hubieran sido llevados allí con intención. Y hacía un año que había recorrido el camino que baja al río

Sogamoso rumbo a Zapatoca, por las veredas bajas⁹ de las minas en el municipio de Los Santos, donde cargan volquetas de amonitas de diferentes tamaños para vender en todos los enclaves turísticos del Cañón: Barichara, Guane, San Gil y, por supuesto, la parte más alta de La Mesa. En estos lugares las amonitas adornan paredes y pisos de casas lujosas hechas a la medida de las necesidades del visitante que llega de diferentes ciudades de Colombia.

En las planicies bajas del costado suroccidental de La Mesa, a una altura que apenas supera los 1100 m.s.n.m., hay depósitos fosilíferos, yacimientos de yeso, roca caliza o “calicho”, como le llaman en la zona a unas rocas grisáceas que forman largas planicies más resistentes a la erosión, que parecen pavimentos y donde son visibles las formaciones de Rosablanca, Paja y El Tablazo que datan del periodo Jurásico y Cretácico¹⁰ (Gómez & Cuervo Silva, 2012). Aunque las amonitas son más comunes en esta porción de La Mesa donde el suelo de origen marino está prácticamente expuesto, también se pueden encontrar en todo el contorno de laderas como La Cabrera, donde los suelos tienen una coloración entre matices grisáceos de negro a blanco.

La posibilidad de observar prácticamente en vivo y en directo el suelo del fondo de un mar del Cretácico se debe también a la particular historia evolutiva de la vegetación. Los escarpes pronunciados, que se moldearon en medio de los agitados procesos geológicos que formaron esta parte de la Cordillera de Los Andes, propiciaron el desarrollo de regiones secas entre barreras montañosas produciendo una *sombra de lluvia* que permitió el

⁹ Así se les conoce popularmente a las veredas ubicadas en la porción plana más baja de La Mesa de Los Santos, donde la altura oscila entre los 1100 y los 1290 metros sobre el nivel del mar, altura en la que se encuentra el casco urbano de Los Santos.

¹⁰ Durante el final de la era Mesozoica en el periodo Cretácico se produjo un enfriamiento del antiguo mar, pues a medida que se elevaba el suelo del fondo marino éste se aleja del centro caliente de la tierra lo que hizo que bajara la temperatura en la superficie. Estos cambios produjeron un nuevo estrato de suelo que hoy conocemos como formación Rosa Blanca, donde se encuentran depósitos fósiles de antiguas especies acuáticas de peces (Thalassinoides, bivalvos, equinodermos y amonitas). A esta capa le sigue la formación de Paja donde también se encuentran depósitos fosilíferos y micáceas, y limitando con ésta le sigue la formación Tablazo donde se encuentran calizas grises y negras. (Gómez & Cuervo Silva, 2012)

establecimiento y evolución de Bosques Secos Tropicales (BST) sobre suelos más jóvenes que se desarrollaron en los valles interandinos como el del Chicamocha (Pizano & García, 2014)

El Bosque Seco Tropical ha sido descrito como un bioma que agrupa un conjunto de ecosistemas muy diversos entre sí, desde bosques húmedos siempre verdes, hasta bosques secos y xerofíticos capaces de soportar climas extremos. Para quienes lo han estudiado en diferentes regiones del mundo es difícil definir qué es lo que determina al BST por su gran variabilidad de precipitación y altura que quiebra, por ejemplo, el sistema global de clasificación de zonas de vida de Holdridge¹¹. La característica más típica de estos bosques es “la estacionalidad marcada de lluvias que incluye varios meses de sequía [donde la] precipitación es menor a 100 mm” (Pizano, Camila y García, 2014, 39). Estas condiciones extremas permitieron la evolución de especies caracterizadas por su adaptación a la aridez: una vegetación *caducifolia* que pierde sus hojas durante la sequía, mamíferos que muestran adaptaciones fisiológicas y comportamentales parecidos a los de los desiertos, o insectos que reducen la pérdida de agua o modifican su dieta para alimentarse de plantas ricas en agua (ibíd., 40). El resultado es un paisaje más despejado y menos denso que el húmedo, característica que resaltaban los cronistas como Juan de Castellanos al describir La Mesa como un lugar “(...) llano, raso, limpio” (Castellanos, 1886) de vegetación.

En un sector de laderas de La Mesa conocido como Pescadero, que hace parte de uno de los polígonos más biodiversos del Cañón del Chicamocha (Pardo & Moreno-Arias, 2018), se cree que las pendientes más pronunciadas favorecieron el aislamiento del bosque

¹¹ Según esta escala el BST se encuentra por debajo de los 1.000 metros sobre el nivel del mar, sin embargo, en La Mesa se puede encontrar en las vertientes y planicies entre los 1.000 y los 1.400 metros de altura (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017).

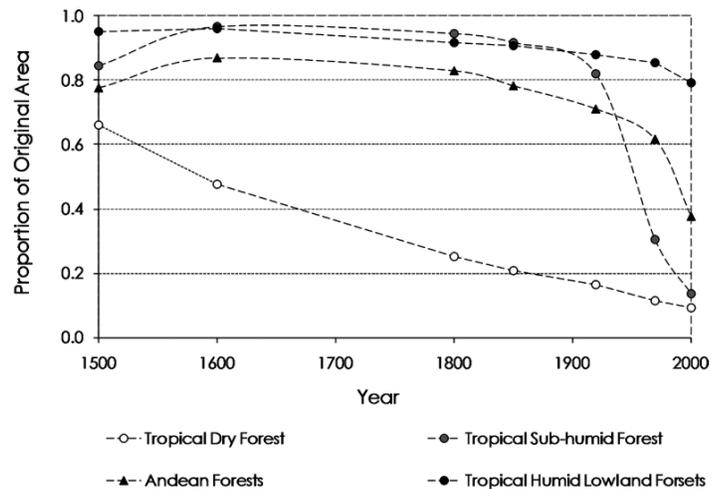
y una mayor diversificación, pues allí hay una especial concentración de especies endémicas como el cactus melón (*Melocactus pescaderensis*), el cacao indio (*Zamia encephalartoides*), una subespecie de la salvia (*Salvia aratocensis*) y la famosa ceiba barrigona (*Cavanillesia chicamochae*). Además, se han identificado otras 3 especies endémicas de aves: el colibrí ventricastaño (*Saucerottia castaneiventris*), el cucarachero del Chicamocha (*Thryophilus nicefori*) y el zumbatoro o barranquero (*Momotus subrufescens conexus*), y dos casi endémicas que también se encuentran en los bosques secos de la Guajira y Venezuela: el turpial (*Icterus icterus*) y el pinzón alidorado (*Arremon schlegeli*) (Zuluaga Carrero, 2017). Sobre la diversidad de abejas y escarabajos coprófagos se espera que haya una alta diversidad gracias a la densidad de floración del BST, sin embargo, el conocimiento de polinizadores en esta zona de vida es aún muy limitado (Pizano & García, 2014).

La gran diversidad concentrada en volúmenes pequeños y el ambiente seco del BST de diferentes regiones en el mundo son cualidades afines al desarrollo de los asentamientos humanos (Chacón et al, 2012; A Etter, McAlpine, & Possingham, 2008; Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017). A pesar de ser los ecosistemas donde hemos habitado en mayor concentración desde hace milenios, son considerados los bosques menos estudiados por la ciencia en comparación con los húmedos, y los más amenazados en la actualidad como consecuencia del modo de vida depredador que se expandió especialmente en el último siglo con la expansión del capitalismo.

Un estudio que analiza los patrones de transformación de los ecosistemas boscosos colombianos entre 1500 y el 2000 explica que el BST ha sido el que más se ha reducido durante estos siglos, con un cambio abrupto a partir de 1900, siglo en el que todos los

bosques colombianos se redujeron notablemente con la expansión de la ganadería, la minera y la agroindustria, como lo muestra la tabla de abajo (Etter, McAlpine, & Possingham, 2008).

Figure 5. National aggregates of cover changes for general forest types between 1500 and 2000 in terms of proportion of original cover.



8 Tabla de cambio de bosques en los Andes tomada de Etter, McAlpine, & Possingham (2008, 13)

Frente a los enormes vacíos en el conocimiento de los BST, en el 2014 el Instituto Humboldt publicó el libro *El Bosque seco tropical en Colombia*. Hace 9 años en este libro, García y otros estimaban que en Colombia queda el 3% de su cobertura original (2014, 230). Se cree que durante el Pleistoceno la cuenca media y alta del Magdalena estaba conectada con el Caribe por medio de antiguos corredores de bosques secos que se extendían hasta la región de la Caatinga Brasileira (Chacón et al., 2012), que con el tiempo se fragmentaron y diversificaron creando parches de bosques secos aislados con altos índices de endemismo y de diversidad beta, que es la “diferencia en diversidad de especies en pequeñas escalas geográficas” (Pizano, Camila y García, 2014, 40). Por eso aunque en la actualidad no tengan una conexión directa, los BST interandinos colombianos como el del

Chicamocha tienen una composición florística en un 55% similar a la del BST del Magdalena y el Caribe (Pizano & García, 2014).

En el libro del BST del Chicamocha publicado por la Fundación Natura en el 2008 se mencionan investigaciones que comprueban la similitud fisionómica y florística de los matorrales del Chicamocha y los de la Guajira, bosques que comparten especies como el mulato (*Cordia curassavica*), el palo Brasil (*Haematoxylon brasiletto*), los tunos (*Stenocereus griseus*), o el cují (*Prosopis juliflora*) (Pardo & Moreno-Arias, 2018). Además, la misma ceiba barrigona, endémica del cañón y de la que sólo se han documentado 7 poblaciones existentes distribuidas en una pequeña porción del BST del Chicamocha (Celis, 2022), tiene su pariente más cercano en el caribe colombiano, el macondo (*Cavanillesia platanifoli*). Sin embargo, otros investigadores consideran que faltan muchos años más de investigación y la correlación es aún débil (Chacon et al., 2012).

1.1 El clima de La Mesa y el de las laderas

La *sombra de lluvia* es un efecto causado por la orografía que incide en la humedad relativa de los bosques y suelos de menor altura que quedan expuestos a los rayos solares en medio de grandes picos montañosos que obstaculizan el paso de los vientos húmedos. Del lado barlovento de la montaña, *donde incide el viento*, los vientos húmedos se deshacen en precipitaciones, mientras que, en el otro costado, el sotavento, desciende un viento veloz que se calienta secando el ambiente que queda en medio de las barreras, lo que hace que las precipitaciones anuales en los bosques secos sean en promedio menores a la humedad que se evapora del suelo y las plantas.

El viento es un personaje fundamental en La Mesa. En Rosablanca hay un lugar llamado Viento Largo. Antes de comenzar el descenso a La Cabrera hay un condominio que interrumpe el camino a la vereda al que llamaron Altoviento. También he encontrado referencias a un lugar llamado el Ventisquero, pero no he podido ubicarlo. El viento trae la



9 El cerro de la provincia de García Rovira nubado en tiempo de lluvias

lluvia, pero también seca la tierra.

Cuando llega el tiempo de lluvia el cerro que se observa frente a la vereda se cubre completamente de nubes. Es algo que me enseñaron las personas de La Cabrera. Las lloviznas en tiempo seco pueden aparecer y desaparecer rápidamente sin sostener el cúmulo de nubes, son vientos veloces que apenas mojan las rocas y siguen su camino. Pero cuando el cerro se nubla oscureciendo el cielo se espera la verdadera lluvia que puede durar horas. Con las ultimas gotas, una neblina espesa cubre las laderas y rodea las casas hasta ocultar

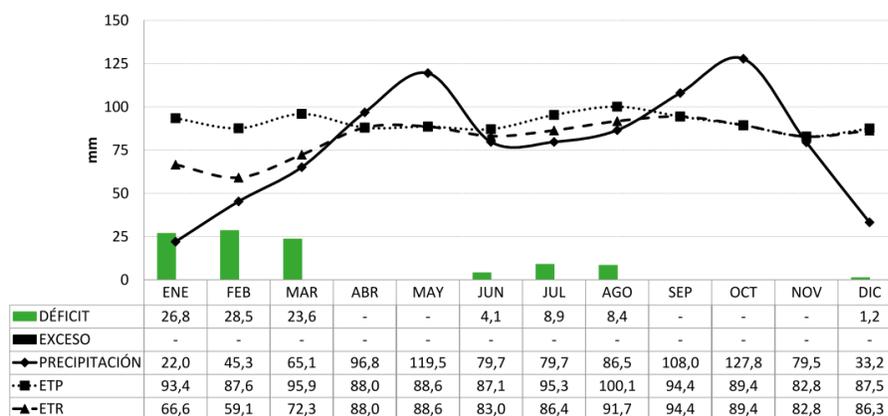
por completo el horizonte. Cuando llueve así, el viento para por un par de días dejando que los cúmulos de nubes permanezcan en el cielo.

Ese cerro es parte del Macizo Santandereano. Primero están las montañas del municipio de Guaca, cuya cabecera municipal se encuentra a 2401 m.s.n.m.; luego, arriba de Guaca, más atrás en el horizonte, el Páramo del Almorzadero, y finalmente las cumbres nevadas de la Sierra Nevada del Cocuy. Aunque no lo podemos ver desde la ladera de La Cabrera, su influencia sobre el clima de la vereda y toda la región del Chicamocha es definitoria. Esta serranía que supera los 4000 m.s.n.m. forma una barrera montañosa que rodea la cuenca del río Chicamocha por el costado oriental, lo que impide el paso de las nubes cargadas de agua que se forman en la vertiente húmeda de la cordillera hacia los llanos orientales. En el otro costado, hacia el occidente, el cañón del Chicamocha está rodeado por la Serranía de los Yariguíes, que alcanza los 3400 m.s.n.m. en su punto más alto, formando la otra barrera que impide el paso de las nubes que se condensan en la sabana del río Magdalena, lo que termina por aislar la región produciendo el efecto de sombra de lluvia o “efecto Foehn” (Valderrama, 2017).

Para que aquí llueva, en el país deben caer tormentas, dice la gente de la vereda El Pozo¹², una de las zonas más secas de la región. Y efectivamente, en La Mesa llueve cuando por el país pasan las masas de humedad de la Zona de Confluencia Intertropical (ZCIT), una sección de la atmósfera donde se encuentran los vientos alisios cálidos del norte –del verano boreal– con los del sur –del verano austral– produciendo masas de humedad que se acumulan en los picos más altos y logran atravesar las fronteras de la sombra de lluvia. El punto de convergencia que produce la humedad se mueve de sur a

¹² Esta expresión fue tomada del trabajo de fotografía documental “Huele a Lluvia” de Natalia Ortiz (2021), en el que a través del lenguaje fotográfico aborda la relación de las personas de la vereda El Pozo con el agua.

norte y de norte a sur creando dos periodos de lluvia cuando la ZCIT pasa por el cañón: el primero entre abril y mayo y el segundo entre septiembre y octubre, siendo este último mes el de mayor pluviosidad, como se observa en el gráfico.



10 Balance hídrico basado en la estación climática del IDEAM de La Mesa de Los Santos tomado de Pardo y Moreno-Arias (2014, 22)

El clima y la topografía definen dos porciones de La Mesa, una más alta y húmeda, y una más baja y seca. En la porción plana más alta de La Mesa, ubicada en el costado nororiental del altiplano, la altura varía entre los 1600 y los 1810 m.s.n.m., medida que corresponde a su punto más alto en el Alto del Tabacal (municipio de Piedecuesta). En esta porción es donde nacen la mayor parte de quebradas de La Mesa, las cuales, en su mayoría, corren en dirección este-oeste (Santander, 1958), y es también la zona más húmeda, con mayor influencia de las masas de humedad de la ZCIT (Pardo & Moreno-Arias, 2018)¹³. La otra porción plana de La Mesa, donde se encuentra el casco urbano de Los Santos, es un poco más baja, entre los 1100 y los 1290 m.s.n.m. Hacia el sur occidente, en el último

¹³ En el estudio realizado por la Fundación Natura en el Cañón del Chicamocha (2018) se encontró que la distribución de lluvia es heterogénea y varía entre 770 a 1100 mm al año dependiendo de la ubicación de la estación climática en el cañón y el gradiente altitudinal en el que se encuentra. Básicamente encontraron que en las estaciones ubicadas hacia el norte y sur este del cañón los indicadores de precipitación mostraban una mayor cantidad de pluviosidad anual, mientras que hacia el occidente, en el final del cañón justo al sur de La Mesa, disminuían.

tramo del río Chicamocha cuando se forma el Sogamoso, los indicadores de pluviosidad decrecen.

Pese a la sequedad del ambiente, el BST no es un “desierto”, como fue erróneamente calificado por los empresarios que le apostaron a reverdecer La Mesa en los años 80 –como se verá más adelante–. En el estudio sobre el BST del Chicamocha publicado por la Fundación Natura en el 2008, a partir del análisis de datos del IDEAM, encontraron que entre más alto el ambiente tenía mayor humedad, y entre más bajo era más seco y cálido, lo cual permite el desarrollo de Bosques Húmedos Premontanos –que se encuentran en las zonas donde el relieve alcanza los 1700 m.s.n.m.– que limitan con Bosque Secos Premontanos y Bosques Secos Tropicales que descienden hasta los 300 m.s.n.m. en el punto más bajo del cañón, en las riberas del Sogamoso (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017; Pardo & Moreno-Arias, 2018). Esto se puede observar en los indicadores de evapotranspiración potencial (ETP)¹⁴ para la región, que evidencian en las zonas más bajas este indicador aumenta y en las zonas más altas disminuye, lo que hace que el BST de La Mesa sea bastante homogéneo y favorezca el desarrollo de una variabilidad climática que fue provechosa para la diversidad agrícola en la región. Así, en las zonas altas del altiplano se cultiva aún hoy café bajo sombrío, y en las partes bajas se cultiva maracuyá, tabaco, maíz y yuca.

¹⁴ La evapotranspiración potencial (ETP) se expresa en altura de agua (mm) y es definida por el IDEAM como “la cantidad máxima de agua que puede evaporarse en un clima dado por una cubierta vegetal continua bien dotada de agua. Es un proceso combinado que comprende la evaporación de todos los tipos de superficie (agua-vegetación-suelo) y la transpiración de las plantas en un intervalo de tiempo dado y en una región determinada.” (Gómez Blanco & Cadena, 2018). En este indicador influyen factores meteorológicos (radiación solar y terrestre, temperatura del aire y de la superficie evaporante, velocidad del viento, humedad relativa del aire en contacto con la superficie y la presión atmosférica), factores del suelo (contenido de agua, propiedades físicas, exposición) y factores de la vegetación (sistema radicular, extensión, morfología del área foliar). La dificultad que existe para medir esta variable hace que se calcule por medio de ecuaciones calibradas con datos reales medidos bajo condiciones controladas que definen un indicador de Evapotranspiración de referencia (ET_o) de acuerdo a las diferentes coberturas vegetales (ibídem).

Incluso en las zonas más áridas y secas del cañón existieron humedales permanentes que se conocen como *champas*, que eran numerosos en la parte más alta, cubriendo todos los valles de poco drenaje que formaban pequeñas charcas después de la época de lluvias. En la porción más baja y seca de La Mesa, en la vereda Paso Chico hacia el suroccidente, existió un humedal famoso conocido como La Champa que servía como abastecimiento de agua para todas las veredas de las partes bajas, donde se extendieron los cultivos de tabaco impulsados por Coltabaco y la Nacional de Cigarrillos desde mediados del siglo XX. Por su parte, en las laderas de La Mesa hay vertientes siempre verdes u “hoyas”, como le llaman popularmente a los valles de altas pendientes que descienden a los ríos; por estas corren hilos de agua, ya sean superficiales o subterráneas, donde crecen bosques riparios siempre verdes que resguardan la humedad del suelo gracias a las hojas gruesas y “frescas”¹⁵ de árboles como el caracolí (*Anacardium excelsum*) el yarumo (*Cecropia peltata*) o el gaque (*Clusia multiflora*), que los campesinos saben identificar y han aprendido a sembrar para cuidar el agua en una práctica de gestión del paisaje que probablemente lleva siglos y que se conoce como la siembra de agua, sobre la cual profundizaré en el siguiente capítulo.

En este sentido, la escasez de agua, más que una condición “natural” del ecosistema, ha sido un proceso emergente relacionado con la forma que han tomado relación sociedad y agua en el tiempo. Si bien La Mesa de Los Santos ha sido descrita como un lugar con capas y capas de transformación humana de los ecosistemas, lo cual sugiere que sus paisajes actuales son el resultado de “la estratificación de diferentes patrones de ocupación y

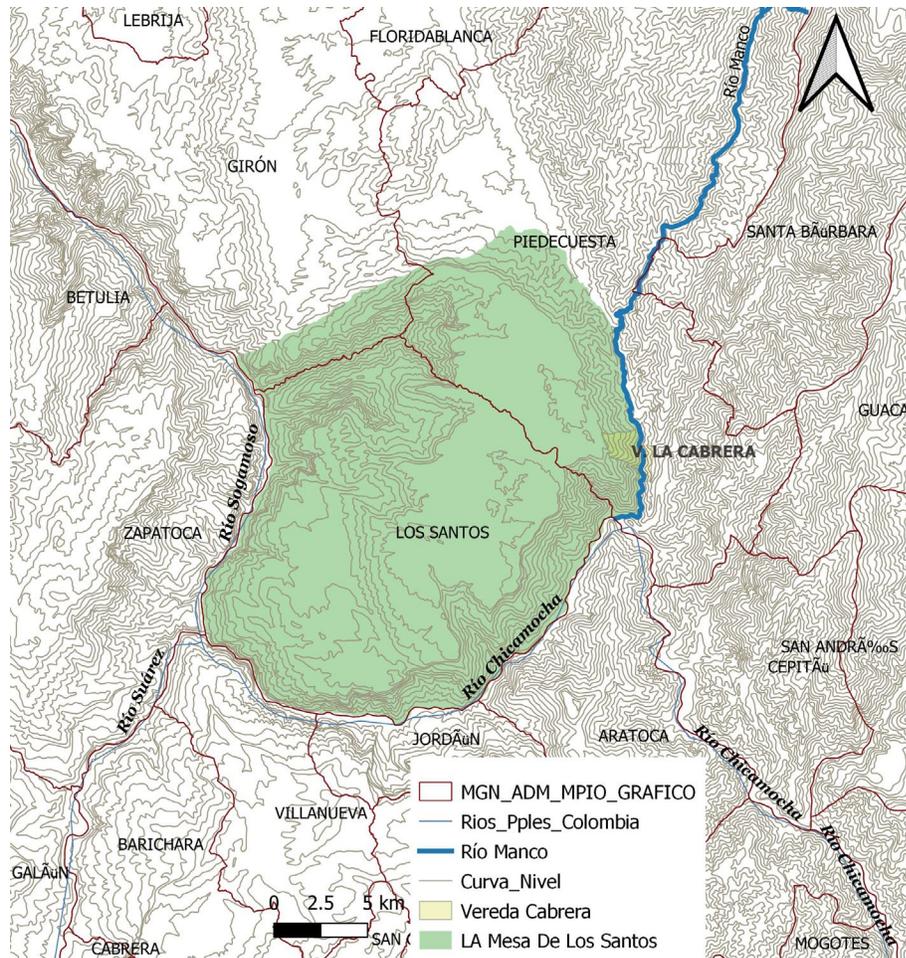
¹⁵ Así se refirieron los campesinos a los árboles que se siembran en las hoyadas y nacimientos en una reunión donde discutíamos las estrategias comunitarias para contrarrestar el desecamiento y profundización de las quebradas (Encuentro por el agua en la vereda Los Cacaos, mayo de 2023).

alteración”¹⁶ (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017, 45), han sido los años 80 y 90 los periodos que, según los campesinos, han definido la producción del actual problema de escasez de las laderas y las zonas bajas de La Mesa. En agosto de 2022 participé en una reunión amplia por el problema del agua donde se reunieron habitantes y campesinos de veredas de Piedecuesta y Los Santos para conformar una red emergente de defensa del territorio llamada “La Mesa por el derecho al agua”, donde campesinos de diferentes regiones y relieves de La Mesa, de las laderas y planicies bajas o altas, coincidían en que la escasez de agua se produjo hace 30 o 40 años.

En la zona más alta y más plana, a partir de los años 80, avanzó un proceso de concentración de aguas en la planicie por la construcción de pequeñas represas y la sobreexplotación de los acuíferos con los pozos perforados, que ha terminado por convertir muchas de estas hoyas siempre verdes de las laderas en “zanjones secos”, como se les llamaba popularmente a los derrumbes rocosos por los que pasaba agua. Esto ha implicado además una transformación en la forma en la que se conciben el territorio y el agua, y la conexión entre las *tierras calientes* y *las frías* en toda La Mesa de Los Santos.

A partir del caso de la vereda La Cabrera, ubicada en la parte más alta y más húmeda de La Mesa, es decir, en la región nororiental, en cuya área de influencia se desarrollaron después de la década del 80 proyectos agroindustriales de alto impacto como procesos de parcelaciones suburbanos, analizaré estos procesos de cambio.

¹⁶ Desde los asentamientos agrícolas guanes en las diversas gradientes altitudinales de La Mesa, a los procesos extractivos de maderas como la quina (Cabrera, 1958) y la introducción de la ganadería el siglo XVI que produjeron cambios en el paisaje de todo el cañón del Chicamocha (Ardila Luna, 2015), se sumó en la primera mitad del siglo XX la extracción minera, la explotación de los bosques y la extensión del monocultivo de tabaco, actividades que exigieron el desecamiento de ciertas regiones, la deforestación de las cañadas y la sobreexplotación de los cauces afectando los bosques principalmente y las corrientes hídricas, especialmente de las planicies bajas de La Mesa, donde se concentraron estas actividades extractivas (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017).



11 Mapa de ubicación de la Cabrera en la región de La Mesa de Los Santos

1.2 Las tierras calientes y las frías, la mesa de las laderas y la “mesa mesa”.

“¿Cómo era su vida en esa época, qué más hacía, aparte de buscar las yeguas?

No, yo era cargándole la ruana a mi papá y un zurrón que cargaba ahí para echar cosas, a tierra caliente, todos los días para tierra caliente, porque trabajábamos en tierra caliente; entonces yo iba por allá a ver mulas, cabras, ovejas, ganado y todo eso; era bonito el movimiento.” (Hernández Torres, 2003)

Las zonas altas del altiplano, que alcanzan su punto más alto a los 1810 m.s.n.m. en el Alto del Tabacal, donde una neblina densa se acumula en las madrugadas, son conocidas entre los campesinos como la *tierra fría*. Son planicies cubiertas de pajonales –algunos mal drenados que forman humedales o *champas*–, pequeños vallecitos o bajos fangosos que en

tiempos de lluvia se inundan creando espejos de agua no muy profundos. Hacia el extremo norte del altiplano se encontraban los bosques nativos más densos de la región en la vereda de Mesitas de San Javier (Santander, 1958), donde la humedad del cañón del Chicamocha es más alta (Pardo & Moreno-Arias, 2018).

En el sur del altiplano, en cambio, crecían bosques achaparrados con árboles adaptados a la sequía como el cují (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017). Algunos de los bosques riparios de las planicies de pajonales del norte se convirtieron, a inicios del siglo XX, en sombrío de cafetales de los que aún sobrevive la famosa Hacienda el Roble y la granja de San Fernando, de menor tamaño. Luego, en la década del ochenta se fueron repoblando con eucaliptos y pinos por iniciativa privada de los nuevos empresarios que llegaron a la región (com. Per. Hugo Angarita, 2023), dando forma al paisaje actual de esta parte de La Mesa.



Imagen 1 La neblina cubre el bosque de eucaliptos en las urbanizaciones contemporáneas de la vereda Los Cacaos

En su contraparte, la *tierra caliente* comienza “al borde de la peña”, en el límite donde termina la superficie plana y comienzan las tierras inclinadas que bajan hacia los ríos.



Imagen 2 Finca Los Naranjos, La Cabrera

Son valles colgantes cubiertos de vegetación entre abrigos rocosos que se descuelgan hasta los 500 m.s.n.m., en el fondo del río Manco y el cañón del río Chicamocha, y hasta los 300 m.s.n.m. en las partes más bajas del cañón del río Sogamoso. Estas tierras inclinadas conocidas como *tierra caliente* están cubiertas en la partes más altas de matorrales rupestres y bosques altos y achaparrados, y más cerca del cañón, de matorrales subxerofíticos, arbustos aromáticos, especies de árboles resistentes a la sequía como las barrigonas, el palo del Brasil, el tibigaro (*Astronium graveolens*), el tajamaco (*Brusera graveolens*), el carate o indio desnudo (*Brusera simaruba*), y algunos bosques riparios de árboles altos que crecen en las cañadas bajas, como el caracolí, el guácimo (*Guazuma ulmifolia*) o el guáimaro (*Brosimum alicastrum*) (Camargo Ponce de León &

Agudelo-Álvarez, 2017). En medio de esta vegetación propia del Bosque Seco Tropical del Chicamocha crecen los cultivos campesinos a donde iban diariamente los pocos que vivían en planicie (como lo relata el epígrafe de este apartado). Hace más de un siglo, en las laderas los bosques se intercalan con cortes de cultivo de tabaco, maíz, yuca, frijol o millo, dando continuidad al patrón de asentamiento y uso del territorio de la comunidad guane que habitó este territorio en el periodo prehispánico (Ardila Luna, 2010, 2015; Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017).

En la actualidad, la tierra fría y la caliente parecen ser dos mundos muy distintos y completamente desconectados. Muchos caminos se han cerrado al borde de La Mesa rompiendo el flujo entre la ladera y la planicie, mas no era así hace 50 años. Incluso se puede decir todo lo contrario, que la historia de la vida campesina en La Mesa es la historia del flujo entre las tierras calientes y las frías.

En un artículo publicado en 1958 en la Revista Sociedad Geográfica de Colombia, quizá el primer estudio sistemático de geografía humana de La Mesa de Los Santos, Wenceslao Cabrera señalaba que la definición técnica de una meseta limitada exclusivamente al fragmento plano de una altiplanicie no le hace justicia al “sentir y pensar ordinario de la gente”, para quienes “La Mesa de Los Santos abarcaría toda la extensión de tierras comprendidas por los municipios de Los Santos y una parte de Piedecuesta” (1958, 5). Con este argumento delimita una zona de estudio que incluye tanto la superficie plana, como las vertientes y caídas que descienden a los tres ríos que la rodean, cosa que otros estudios posteriores ignorarían por completo¹⁷, pero esto se tratará más adelante. En las palabras de Cabrera, los límites de La Mesa son “el Chicamocha y su prolongación el

¹⁷ Me refiero al “Estudio de la región de la Mesa de los Santos” publicado en 1982 el cuál abordo en el capítulo 3.

Sogamoso (...) por el sur y el occidente; el río Manco, afluente del Chicamocha, formando su límite oriental y finalmente el río de Oro, tributario del Lebrija, delimitándola por el norte; en esta forma sus fronteras serían líquidas casi exclusivamente.” (1958, 4).

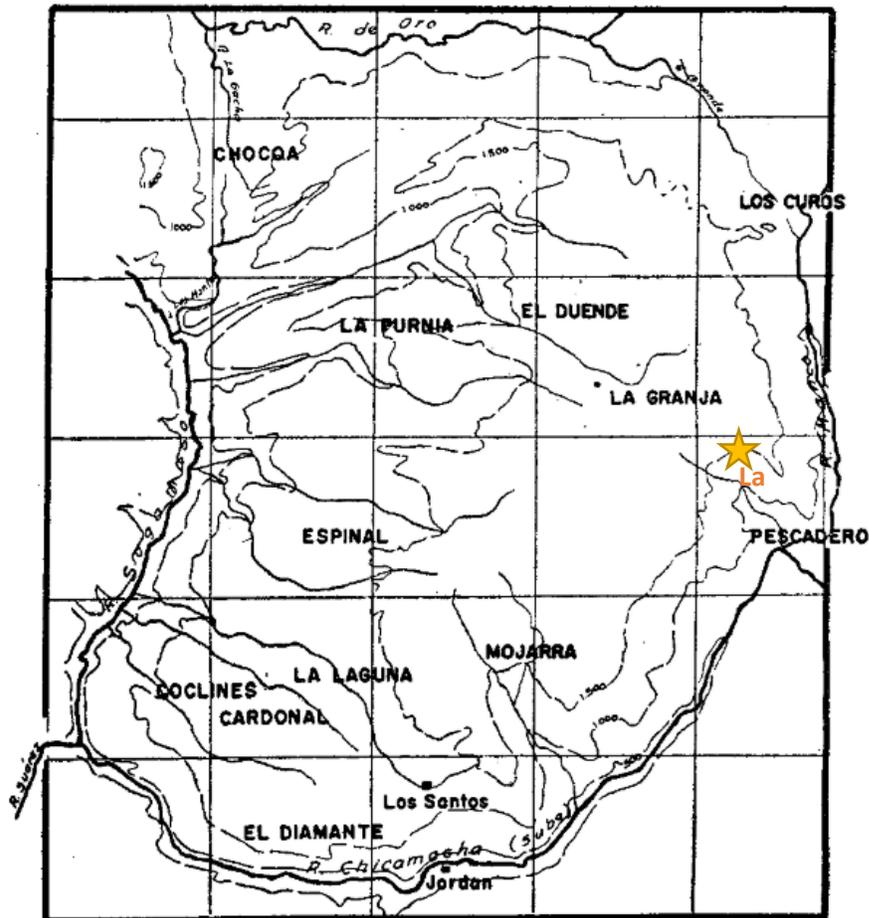


Figura 5 - Vertientes hidrográficas, Mesa de los Santos (Santander).

NOTA: Los colores que indican la extensión y limitación de las vertientes no han podido ser reproducidos aquí.

Imagen 3 Zona de estudio de Wenceslao Cabrera (1958) intervenida con la ubicación de La Cabrera

Siguiendo la delimitación del mapa tomado del artículo en mención, La Mesa incluye también una pequeña parte del municipio de Girón, específicamente la vereda de Chocoa, por donde pasaba un antiguo camino real “de Volcanes” que conectaba el altiplano con el casco urbano de Girón. Además, hay que anotar que parte de la ladera occidental que

desciende al río Manco, donde se encuentra la vereda La Cabrera, era en ese entonces jurisdicción del extinto municipio de Umpalá, que en 1976 pasó a ser corregimiento de Piedecuesta trasladando la administración municipal de Umpalá a Santa Bárbara por la importancia que había adquirido gracias a la vía a Curos-Málaga (CDMB, 2011). Esta configuración daría como resultado un territorio cohesionado social y culturalmente, como lo señala Cabrera, pero dividido en cuatro jurisdicciones administrativas.

Alguna vez le pedí a un campesino que vive en las laderas de la vereda La Cabrera que me aclarara si él vivía en La Mesa de Los Santos, con la intención de comprobar esta cohesión entre ladera y planicie. Me respondió que efectivamente él vivía en La Mesa, y me explico que existe “La Mesa mesa”, que es la zona plana y más fría, y La Mesa de las laderas, que es la región compuesta por las tierras inclinadas donde hay zonas frías y zonas calientes a medida que se acercan a los ríos.

Siguiendo esto, la cohesión entre la ladera y la planicie, *lo caliente y lo frío*, muy importante para la conectividad de los ecosistemas y la justicia en el uso y la conservación del agua (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017), era una característica ineludible de La Mesa durante una época donde la cultura campesina determinaba el uso y la distribución del agua. Al igual que las quebradas, los principales caminos corrían en dirección a las laderas, hacía *la tierra caliente*. Del casco urbano de Los Santos bajaba el camino real a Bogotá pasando por Jordán; de la loma de Volcanes en Chocoa bajaba el camino hacia Girón; por El Volador, el camino que iba a Piedecuesta; y por La Cabrera descendía hacia Pescadero el antiguo camino a Umpalá que salía a la provincia de García Rovira y de allí a Boyacá. Alrededor de estos crecían los cultivos, los caneyes y las casas campesinas en las tierras calientes de las pendientes.



Imagen 4 Camino de El Portachuelo a La Mesa de los Santos. Archivo María Eugenia Peña. Fecha aproximada: 1960-1970

Las tierras calientes eran como la despensa de las cocinas campesinas de toda La Mesa. Allí era donde se cultivaba la yuca, el millo, el maíz, la caña, el plátano, y otros cultivos no comerciales que sostenían la mano de obra campesina de las fincas. En las laderas estaban los *chiqueros* o corrales de cabras, camuros y ovejos; de ahí salió el nombre de “La Cabrera” y también de las lomas que hacen parte de la vereda; hay un sector hoy inhabitado llamado “La ovejera” donde aún quedan los vestigios de una casa en mitad de la ladera donde una familia criaba ovejos. Casi que todas las veredas de ladera que he conocido en La Mesa tienen algún rincón llamado Cabrera u ovejera, y así sucede en todo el Cañón del Chicamocha, una muestra del cambio del paisaje introducido con los ganados ovinos y bovinos durante la colonia (Ardila Luna, 2015)

Además, el bosque de las vertientes proveía a las familias campesinas de *carne de monte*; ñeque (*Dasyprocta punctata*), peñero (puercoespín) (*Coendou rufescens*), maco

(*Potos flavus*), fara (*Didelphis marsupialis*), pavas y hasta guacharacas (*Ortalis columbiana*) se cazaban para comer. Carnes que, como sigue sucediendo ya en muy contadas ocasiones, se comen en eventos muy especiales, así como el corozo del Chicamocha, que se recolectaba en los bosques para preparar una chicha dorada con un olor dulzón que venden en la vía Bucaramanga-Bogotá.

En la ladera, los valles colgantes que rodean La Mesa se unían a través de *travesías*, como los campesinos llaman a los caminos que no exigían el esfuerzo físico de escalar la pendiente o bajarla, sino que recorrían la ladera por un sendero relativamente plano que rodeaba el altiplano y conectaba las fincas campesinas de La Cabrera, y a la vereda con otras veredas, hasta llegar a Los Santos.

Hoy es difícil imaginarlo, pero para antes de la década del 70, los valles colgantes y las tierras planas de suelo calcáreo de la planicie más baja de La Mesa eran las tierras más valiosas del altiplano. Las tierras de El Espinal, El Pozo, Regaderos o Paso Chico, donde se cultivaba tabaco, eran más caras que las tierras de Los Cacaos y el Carrizal donde hoy la tierra se vende a precios muy altos. En una entrevista publicada en el 2003 sobre la historia de La Mesa, Samuel Arenas, un empresario nacido en las partes altas del altiplano hacía la comparación de precios:

“Las tierras de El Espinal, de Los Santos hacia abajo, valían a diez pesos hectárea; la de La Mesa valía a peso, o sea la tierra de La Mesa valía un peso mientras una hectárea de los Santos hacia abajo, llámelo usted El Espinal, para ser concreto, que es el caso que tengo, valía diez pesos; o sea, valía el mil por ciento más la tierra de Los Santos hacia abajo que acá; hoy es a la inversa.” (Hernández Torres, 2003, 68).

Don Fidel, un campesino de La Cabrera, recuerda que su padre también prefería las laderas: “Mijo yo pa'qué voy a comprar en lo plano donde no crece ni yerba”, le dijo

cuando compró la finca que recorre desde la planicie toda la ladera de La Cabrera. Me explicó que cuando él era un adolescente –hace unos 55 años– las tierras más valiosas de La Mesa estaban abajo, en *lo caliente*.

Había más vecinos, tierra más fértil cubierta de bosques con buena madera, cortes de fique (*Furcraea cabuya*), nacuma (*Carludovica palmata*) y bejuco barrealcalde (*Vigna peduncularis*) para los utensilios de uso doméstico y, sobre todo, más agua y la facilidad de usar la inclinación para diseñar circuitos hídricos que irrigaran los cortes de cultivo usando la gravedad. Eran cosas que se sabían. Todos los humedales y corrientes estacionales o permanentes caían a las laderas.

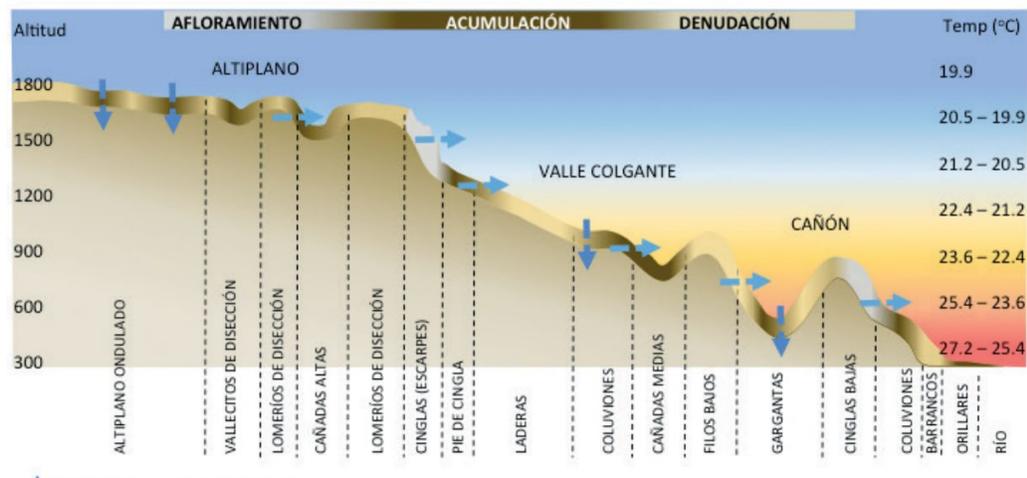
“Cuando nosotros llegamos aquí, la quebrada más grande era la de El Platanal, luego le seguía la de Los Cacaos que bajaba aquí y luego la que llaman de Los Naranjos. Las tres eran quebradas corrientes que no les faltaba agua ni en tiempo de verano. ... Nosotros siempre hemos tenido unos pozos de tierra arribita del corte para depositar una tomadita de agua que se reparte por gravedad para la casa y el cultivo. Antiguamente nosotros sacábamos el agua por toma hasta los pozos y la quebrada seguía corriendo, ahora, ya es muy poca que sigue, eso se profundiza en la tierra si uno no la recoge.” (Entrevista Alejandro Rico, 2022)

Y aún más valiosos eran los numerosos nacimientos o aljibes que brotaban entre las rocas bajo la sombra de los bosques al pie de la cingla, como se muestra en el modelo del medio físico reconstruido por Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez (2017) – (ver imagen 8). Eran las aguas subterráneas, aguas artesianas, que se filtraban en el suelo de la planicie y volvían a aparecer a medio camino entre el altiplano y el cañón del Río Manco.

“Antes sobraba para cultivos y para todo, cada finca tenía su nacimiento, pero con todos esos dragados que hicieron arriba en La Mesa entonces las aguas se secaron, incluso se secaron varias quebradas debido a los huecos y a los represamientos porque la poquita

agua que nace en las quebradas la cogen las avícolas y el resto la cogen los clubes que han hecho como en la parte de la quebrada San Miguel donde queda el Club Altamira, y arriba la otra quebrada que se secó es la quebrada Chinavega que es la que coge el Club Acuarela.” (Entrevista Euclides Moreno, 2019)

Las *tierras frías* de la parte más alta del altiplano tenían poco valor para la agricultura. Eran grandes extensiones de tierra de poco valor concentradas en pocas manos (Santander, 1958) con algunos cultivos de café y sabanas inmensas de pajonales que alimentaban el ganado.



12 Modelo del medio físico tomado de Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez (2017)

Aunque se dispone de pocos estudios edafológicos históricos para la parte alta, en el “Estudio regional de La Mesa de Los Santos” de 1982, se describen los suelos de esta parte como “suelos ácidos y muy arcillosos, con capa vegetal pobre, sin permeabilidad, con nivel freático muy bajo son apenas aptas para el pastoreo en poca intensidad, per en ciertas

partes, los terrenos tienen buena reserva de limos y facilitan el cultivo de frutales” (Universidad de Santander, 1982, 235)¹⁸.

Esto coincide con la percepción que tienen los campesinos más adultos de La Cabrera sobre la zona alta, la cual recuerdan como una región prácticamente despoblada antes de la década de 1970 en comparación con las laderas. Transcribo las palabras de don Pablo Rico, propietario de una finca en un bosque al pie de la cingla en La Cabrera:

“Arriba no se topaban casi casas, era una sola sabana con ganado pastando. De aquí [La Cabrera] al camino a Piedecuesta había apenas dos o tres casas, Los Cacaos, La Teja y El Guayabal. En cambio, de aquí para San Rafael¹⁹ o para Umpalá lo que había era fincas y labranzas y chiqueros de cabras.” (Entrevista a Pablo Rico, 2020)

Cuando cruzaban La Mesa desde La Cabrera para ir a Piedecuesta debían cuidarse de los toros sueltos en las planicies irregulares que la gente definía como sabanas, pues no había cercas y el ganado pastaba libremente por toda La Mesa usando el agua en las quebradas y humedales que se formaban en los valles de poco drenaje del altiplano.

Los límites de las propiedades no estaban definidos por cercas y, de acuerdo a la memoria ambiental de los campesinos más adultos, los recursos como el agua y las praderas eran de uso común, era parte de los acuerdos tácitos entre los que vivían en la planicie y los que vivían en la ladera.

¹⁸ Estas anotaciones parecen basarse en la observación de los investigadores sobre las partes altas del altiplano, sin embargo, en la zona baja donde se extendían los cultivos de tabaco el estudio cita varios análisis de suelo basados en muestras. Esto puede indicar un mayor interés en las partes bajas que las partes altas.

¹⁹ San Rafael es una vereda de ladera donde se construyó el teleférico en el 2005. Era muy conocida entre los campesinos de toda la región por las fiestas de reyes del 6 de enero, cuando familias de toda la región llegaban a festejar. En la actualidad muy pocas personas dedicadas al trabajo de la tierra siguen viviendo allí. Con la construcción del teleférico y el arreglo de la vía entre la parte plana y la ladera, muchos predios fueron vendidos y los aparceros que seguían cultivando las tierras tuvieron que migrar a otras veredas. El recorrido que se hace en carro pasa una tras otra las casas de tapia en ruinas.

“La Mesa era como una sola sabana, por ejemplo, mi papá me contaba que cuando él se crio por aquí en esta zona, desde Piedecuesta subían aquí a La Mesa, todo esto era a caballo por ahí... no topaba usted viviendas ni nada y, por ejemplo, todos los que vivían en las partes bajas esto era como una comunidad, usted tenía 10, 15 animales entonces los echaban allá en lo plano con los otros ganados. Fue después cuando empezó cada uno a cercar y a formar sus fincas. La Mesa [la planicie] cogió vida cuando le metieron la vía porque todo el mundo empezó a coger su finca y eso digamos las partes bajas quedaron al haber aquí más habitantes empezó a mermar el agua de los lados.” (Entrevista a Feliciano Vargas, 2019)

Lo que sugiere la memoria de las personas es que el poco valor que tenían las tierras planas, la existencia de una agricultura de subsistencia y el aislamiento del altiplano, permitían el desarrollo en las tierras frías de una economía moral basada en una distribución más equitativa de los bienes comunes que abordaré en profundidad en el siguiente capítulo. Fue con la llegada de nuevos intereses y la pavimentación de la vía que las personas que tenían tierra en la parte alta empezaron a “coger sus fincas”, es decir, a definir la propiedad de las tierras.

El caso de la urbanización de la vereda Altos de la Fuente, creada recientemente, ilustra muy bien este cambio en el valor de la propiedad de la porción más alta del altiplano. La presidenta de junta de esta vereda me contó en una conversación que sostuve con ella en el 2022 que hasta hace 30 años los terrenos donde hoy se ubica la nueva población, que se empezó a formar en los primeros años de este siglo, era un sector prácticamente abandonado, propiedad de la extensa familia Mantilla de Los Santos que tenía poco interés en esos predios. Como el dueño de las tierras era un hacendado y gamonal de Los Santos con intereses políticos, uso la migración de trabajadores de la industria agropecuaria para lotear de manera informal una parte de su finca con lotes de 500 a 700 metros cuadrados (el EOT de Los Santos permite un desenglobe de máximo 2800

metros cuadrados) con la idea de venderlos a precios que los obreros y jornaleros que llegaron al territorio pudieran pagar. Con el tiempo, los trabajadores levantaron sus casas formando un pequeño barrio en las lomas de la vereda La Fuente y, como la especulación urbana se empezó a expandir desde el sector nororiental del altiplano al resto de La Mesa, el interés de los herederos de la familia Mantilla por su antigua propiedad se despertó. Hoy en día las familias que se asentaron en el sector enfrentan la incertidumbre por la propiedad de sus casas pues han aparecido más de 5 herederos que se reclaman dueños de una tierra que probablemente ni conocían, lo que ha ralentizado el proceso de legalización de sus terrenos comprados de manera informal a través de cartas de compraventa.

Estos cambios en la forma de comprender el territorio están relacionados con los procesos de urbanización y modernización agropecuaria del sector nororiental de La Mesa impulsados con la pavimentación de la vía en la década de 1980. Como argumentaré en el desarrollo de este documento, este cambio es esencial para entender el proceso de producción de la escasez de agua en las laderas.

Volviendo sobre el caso de La Cabrera, en los últimos 40 años en esta vereda se han desecado los cauces de al menos 2 microcuencas que descendían desde La Mesa al río Manco y al Chicamocha: la quebrada El Platanal y La Chinavega.

En el mismo tiempo, por lo menos 7 de los nacimientos de agua o “aljibesmamas”, como se les conocen a los reservorios de agua de las laderas que aparecen en los bosquecitos al pie de los escarpes rocosos, se han secado o han sido contaminados a tal punto que son inservibles para el consumo humano o de animales de corral. Por otra parte, entre las familias campesinas existe la percepción de que antes llovía más, lo que efectivamente se puede comprobar en los análisis históricos de los balances anuales de

precipitaciones de la única estación climática del IDEAM que existe en La Mesa, que evidencian que desde 1978, el registro más antiguo, hay una tendencia a su disminución (Pardo & Moreno-Arias, 2018) aunque esto deba estudiarse con mayor profundidad pues los estudios del clima requieren comparaciones de más largo aliento.

La escasez de agua es una realidad palpable que afecta la ladera de esta región de La Mesa. Para comprender cómo sucedió esto, propongo trasladar el foco del análisis de la demanda y oferta de agua que se limita a la disponibilidad de los recursos, para observar cómo las diversas relaciones que diferentes grupos sociales tienen con el agua han producido el problema de la escasez que actualmente se vive en La Mesa. A través de la descripción la manera en la que ha fluido el agua y las conexiones y desconexiones entre el agua y las personas en los últimos 40 años en la vereda La Cabrera, busco aportar, desde un estudio etnográfico, a la comprensión de cómo se ha construido socialmente el problema de la escasez de agua en las laderas de La Mesa de Los Santos.

2. El agua y el territorio hidrosocial campesino

En el 2019, en el corredor de su casa de la vereda La Cabrera, don Fidel Roa me contó que cuando construyó su rancho entre 1989 y 1990 eligió ese lote en la parte alta de la finca El Pomarroso, propiedad de su padre don Antonio Roa, por el clima fresco y porque podía conectarse al pequeño acueducto comunitario de mangueras, jagüeyes o pozos de tierra que estaban construyendo los hijos e hijas de Los Vargas para traer y repartir el agua que nacía en *Las Lajas*. Habían llegado a un acuerdo con Zoilo Santamaría, un empresario y político que había comprado en los años setenta la finca Los Cacaos donde se encontraba el nacimiento, para pasar por sus predios la manguera que aseguraba el “agüita para el gasto”, como me dijo ese día.

El acueducto consistía en una alberca ubicada en la parte más alta de la vereda que funcionaba como caja de reparto donde se conectaban unas mangueras a la misma altura para evitar injusticias en la distribución del líquido entre los vecinos. Las mangueras conducían el agua por gravedad a cada casa donde se resguardaba o “*aparaba*”, como dicen allí, en pozos de tierra o albercas que se cubrían con plásticos para evitar al máximo la evaporación. Sin embargo, las tuberías de la casa de don Fidel eran inservibles: hacía años no corría una gota de agua y los jagüeyes que se podían ver de camino a su casa eran zanjas secas y llenas de pastos mejorados. Él me contó que, al poco tiempo de traer el agua, un señor empezó a hacer arreglos con maquinaria en su terreno –que colindaba con los predios de Santamaría en la parte plana, donde se encontraba el humedal que mantenía el nacimiento– para ampliar los potreros, hacer un lago y una perforación para abastecer los galpones que iba a construir; tumbó bosque, removió tierra y finalmente acabó con el nacimiento de *Las Lajas*.

Si bien las mejoras que hizo el señor afectaron el nacimiento, según don Fidel el agua había empezado a secarse por un pleito entre las familias campesinas que vivían en la parte alta, porque como él me dijo ese día “el agua pleiteada tiene ese misterio que cuando uno pleitea un poco de agua se desaparece porque ahí sí como dice el refrán, ‘ni pa’dios ni pal diablo’, porque esos problemas de agua con pleito eso donde quiera han sucedido esos casos.” (Entrevista a don Fidel, 2019).

Esta fue la primera pero no la última vez que escuché esa ley no escrita de que *el agua pleiteada desaparece*. Años más tarde los dueños de una finca llamada El Oasis por tener agua en abundancia, reconocían que la principal causa de la reducción del caudal del nacimiento de su finca eran los conflictos familiares por el derecho a esa agua cuando la finca se dividió en lotes a sus herederos. Recientemente, un líder campesino que sostiene muy activamente un proceso de cuidado y defensa del acueducto comunitario que surte a su vereda y otras dos más, me insistía en una entrevista que su comunidad no quiere conflictos con los propietarios de la avícola que está en la cima de la loma, a pesar de que en las noches extraen ilegalmente con motobombas el agua que por derecho les pertenece a los de abajo; sólo piden que se les respete el agua que tienen en concesión hace más de 50 años. Los conflictos se evaden porque existe la idea de que *producen escasez*.

Para la ciencia que estudia los ciclos hidrológicos el agua no *desaparece* ni tiene la capacidad de *irse*. En sus términos, el agua subterránea que aflora en las laderas de La Mesa puede elegir caminos preferenciales entre las rocas del subsuelo por su presión debido al movimiento telúrico o a los materiales con los que entra en contacto, o puede estar expuesta a una sobreexplotación que abate sus capacidades para proveer agua en ese

lugar (Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022). Pero el agua en esta lógica no *decide* irse o desaparecer por agencia propia, como lo afirman los campesinos de la región.

Más allá de la veracidad de esta afirmación, lo que evidencian estas dos formas de entender el agua es que para el campesinado de La Mesa de Los Santos el agua es vida y está viva, y no es una frase trillada. El agua no es solamente el líquido que fluye en quebradas, escorrentías, jagüeyes o lagunas subterráneas, que llega con el viento o se evapora en nubes y neblina. El agua para el campesinado de La Mesa es más que una fórmula química, más que H₂O (Budds, 2009). El agua tiene la capacidad de esconderse, irse o desaparecer, y de alguna manera, aleccionar a quienes la usan y le dan sentido en su vida práctica. “El agua no hay que mezquinarla nunca”, me dijo una vez un señor en el 2021 a orillas del río Manco. El agua, entonces, tiene el *poder* de su fluidez.

Esta forma de entender el agua y la naturaleza, la manera de ser y entender el mundo que se habita, tienen efectos materiales en la manera como la cultura campesina de La Mesa establece conexiones o ensamblajes con el agua y lo no humano para proveer sus fincas. En este capítulo describiré la red de relaciones materiales y simbólicas entre agua y sociedad que conforman el territorio hidrosocial campesino de La Cabrera, y la manera en que ha sido desplazado y disputado con la transformación acelerada que ha vivido el paisaje hídrico de la planicie en los últimos 40 años con la llegada del “desarrollo” materializado en el establecimiento de infraestructuras viales, infraestructura industrial agropecuaria, pastos mejorados y enormes lagos.

2.1 El viento que seca, el viento que trae la lluvia

Vanessa, una niña de 12 años que ha vivido toda su vida en La Cabrera, es una gran observadora del cielo; a su edad sabe, por ejemplo, que cerca de las 11 de la mañana una

nube se posa sobre la vereda aplacando al menos un poco la sensación de sofoco que genera el sol en el Chicamocha. Durante los 5 días que estuvimos recorriendo los senderos de la vereda monitoreando las diversas especies de aves que la habitan, pudimos refugiarnos en esa nube que siempre llegaba puntual y nos permitía salir de la sombra de los gaques (*Clusia celiae*) y cujies (*Prosopis juliflora*) para tomar el camino de regreso hacia las casas, mientras llegaba la hora de la tarde cuando las aves salen de nuevo.

Esta estricta observación del cielo y la plena atención de un ecosistema preparado para recibir la lluvia o soportar la sequía, son elementos que hacen parte de esta *maraña* de relaciones humanas y no humanas que dan forma al territorio hidrosocial campesino.

El viento juega un papel principal. Como expliqué en el anterior capítulo, los ciclos de lluvia en el cañón dependen del paso de la Zona de Confluencia Intertropical (ZCIT) donde los vientos alisios del cálidos del norte –del verano boreal– se encuentran con los del sur, produciendo las masas de humedad que producen las tormentas. Cuando no llueve, todas las tardes en La Cabrera un viento veloz seca la tierra aportando a la evapotranspiración de este ecosistema que pierde más agua de la que recibe en el año; cuando llueve, el viento para y las masas de humedad se mantienen en las laderas y el cielo.



Imagen 16 La tormenta que viene desde los cerros de García Rovira hacia La Cabrera

El calendario agrícola de la región se ha construido en coherencia con los ciclos de lluvia que produce el paso de la ZCIT. De marzo a abril y de agosto a noviembre se esperan lluvias; entre diciembre y febrero y entre mayo y julio es, por lo general, tiempo seco. Como dice Doña Adela “la siembra de año es en marzo y abril, porque las siembras en mayo, pastos pal caballo (...) Ya la segunda siembra comenzaba del 15 de agosto en adelante.” Otro dicho dice: “en marzo llena usted hasta el zarzo, en abril llena hasta el pretil”²⁰. Con siembras de año se refiere a cultivos que se cosechan una vez al año como el millo maiceno. Otras siembras, como el maíz o el tabaco, tienen dos cosechas al año de acuerdo a la duración del tiempo lluvioso. En la actualidad, respondiendo a la demanda del mercado, se han implementado los cultivos de árboles frutales como los cítricos, el aguacate y el mango, y estos requieren un riego permanente durante todo el año. Las niñas

²⁰ Lo mencionado se narra en el Capítulo 2. “Arterias fluviales campesinas” del documental sonoro “Relatos campesinos del agua, una expedición sonora por el cañón del río Manco” que se puede consultar en el siguiente enlace: https://open.spotify.com/episode/4OrfxyqEIVfMtLJ2LAaZyL?si=LgCI3pJ_T1W0pWGqA6dN5A

y mujeres de La Cabrera también repiten un dicho que predice las lluvias o sequías que dice: “aro en la luna lluvia ninguna, aro en el sol lluvia montón”.

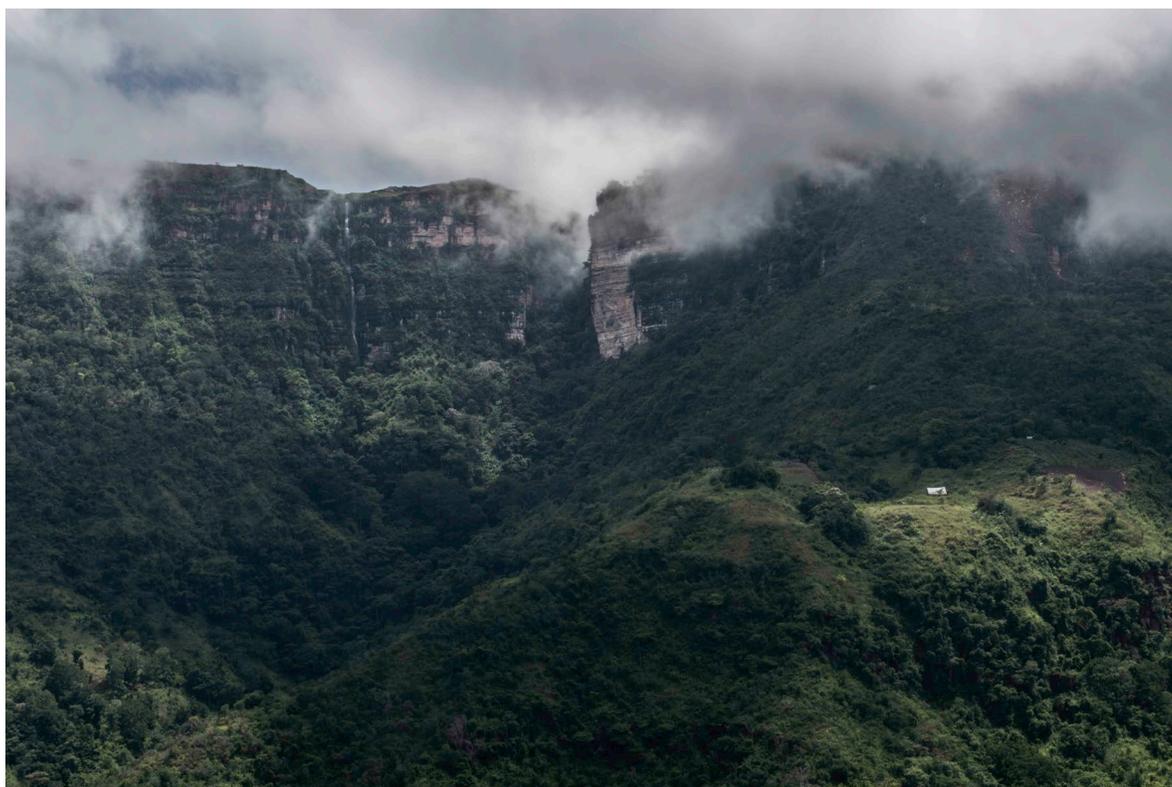
Otra forma de predecir las lluvias son las cabañuelas, práctica común, aunque con algunas variaciones, entre los campesinos de esta región de los Andes (Fals Borda, 2017). Los primeros 25 días de enero se conocen como las “pintas de las cabañuelas” porque se cree que predicen el tiempo en cada mes. El primer día es el “espejo del año”, se cree que el tiempo de este día resume el clima de todo el año. Los siguientes 12 días se cuentan de enero a diciembre: si el segundo día de enero llueve se cree que enero va a ser un mes de lluvias, así hasta el día 13 de enero que corresponde con el mes de diciembre. Los siguientes 12 días hasta se cuentan al revés, es decir, el día 14 refleja el tiempo de diciembre, el día 15 el de noviembre y así se devuelve hasta enero (el 25 de enero) para predecir el tiempo. “Más antes los antiguos salían el primero de enero a mirar el cielo, veían las estrellas y cosas raras y decían mire en tal mes va a llover o en tal mes va a hacer verano. Y eso se cumplía.” (Entrevista a Pablo Rico, 2020)

Así, el cielo despejado en el día nuevo –el primero de enero, el día espejo- es señal de un fuerte verano, me explicó con más detalle María Isis Delgado. Mientras que el cielo nublado en el día nuevo es señal de buen tiempo, es decir, de un *año pasado por lluvias*, para utilizar sus palabras.

Existen otros indicios, como las perdices que tiene un canto especial cuando se acerca la lluvia, o el vuelo de las bandadas de golondrinas de diversas especies que habitan el cañón. Las guacharacas (*Ortalis columbiana*) que suelen cantar en las mañanas con la bruma que se apila en los zanjones antes de que el calor disipe la humedad de la vegetación, son señal de lluvia cuando cantan a deshoras, en la noche o al mediodía. En su contraparte,

la intensidad del grito de las chicharras en febrero puede indicar la tenacidad del verano que se aproxima.

Es posible decir que, como los arbustos espinosos de hojas velludas que caen en las épocas de sequía y reviven con las primeras lluvia que traen los vientos alisios en abril o en agosto, las familias campesinas que han vivido por generaciones en los fértiles valles de esta ladera han aprendido a retener la humedad, a encaminar el agua entre los abismos, a escuchar atentos a las chicharras que anuncian la tenacidad del verano o el canto de las perdices que llaman la lluvia, y hasta conjurar las nubes con rezos para que por fin caiga la lluvia sobre sus cultivos y mantenga una vida que está estrechamente vinculada a los lentos ciclos de este ecosistema.



13 Abrigos rocosos en El Salto del Duende vistos desde La Purnia

“Para traer el agua desde donde nace hasta las casas hay que *tener sentido*”, me dijo una vez Mauricio, un campesino de La Purnia, uno de los sectores de mayor producción campesina de La Mesa, ubicado justo en la ladera opuesta a La Cabrera. Estábamos mirando el mismo panorama que se ve en la foto mientras él nos contaba cómo, con un grupo de campesinos, colgaron los kilómetros de manguera por los abrigos rocosos —a los que él llamaba *aletas*—de más de 100 metros de profundidad del Salto del Duende para lograr conectarse al embalse de la quebrada La Honda, que está unos metros antes de la caída de agua. Nos preguntó si creíamos que nosotros podríamos hacer ese trayecto y uno de mis compañeros del trabajo de campo le respondió “si a uno le sirven las manos, claro”, pero Mauricio reiteró: “no, el sentido, si a uno le sirve el sentido, porque si se resbala no sale vivo”.

Tener sentido, como dice Mauricio, no es simplemente un tema de inmunidad al vértigo. Es una habilidad para observar, leer, percibir el paisaje y calcular e intuir cómo hacerlo habitable, por qué lugar trazar el curso de la manguera, dónde y cómo pisar para no caer. Tim Ingold llama a estas capacidades la ecología sensible, que “se basa en el sentimiento, que consiste en las habilidades, sensibilidades y orientaciones que se han desarrollado a través de la larga experiencia de conducir la propia vida en un entorno concreto” (Ingold, 2019, 25). Para mí es claro que no *tengo el sentido*, y lo he comprobado varias veces tratando de trepar la montaña siguiéndole el paso a hombres, mujeres, niños y niñas que parecen levitar en esos caminos empinados de rocas, arena y pedregales sueltos. Es el *sentido* interiorizado de la verticalidad, del comportamiento y los ciclos del agua, de los suelos, la vegetación y los animales, la clave para que los campesinos de La Cabrera hicieran habitable esta empinada ladera que ha sido su hogar por generaciones.

2.2 Las quebradas y las bocatomas



14 Bocatoma hecha en piedra en la vereda La Peña por el camino a Jordán. 2018

Antes de la popularización del uso de mangueras en los acueductos rurales de la región (lo que sería antes de los años 80), el sistema para distribuir el agua de las quebradas cuando las lluvias no eran suficientes era más cercano a ese paisaje de acequias del mundo guane (Ardila Luna, 2015). El sistema consistía en la construcción de largos canales o *tomas* que tomaban el agua de la quebrada más abundante formando pequeños hilos de agua que llegaban a las casas. Al borde de la quebrada, calculando la pendiente, se disponían rocas, tierra y una arcilla blanca que se encuentra en las quebradas y nacimientos llamada caolín que evita que el agua se filtre en el suelo y se pierda. A medida que la economía lo permitía y el comercio lo hizo posible, se usaba cemento para asegurar la infraestructura.

“Cuando el agua era suficiente, la que bajaba por la toma, que iba por el piso, esa mi papá la bajaba directamente de la quebrada y hacia pozos en tierra para depositarla. Cuando eso ya se podía comprar manguera y la regaban a ciertas partes donde estaba el

cultivo. Entonces del pozo a la parte del cultivo la llevaban por manguera y de ahí si la regaban por tomas en los surcos. Para la casa usabamos un nacimiento de agua que era constante. Ese lo traíamos en manguera.” (Entrevista a Amparo Vargas, 2021)

Estos canales son conocidos como *bocatomas*. Básicamente son aperturas en el cauce de un flujo natural de agua que abren en un sector alto de la cuenca un nuevo rumbo al agua para llevar una *tomada* de agua —una proporción del líquido— que empieza a circular entre los canales por acción de la gravedad, formando circuitos hídricos que permiten irrigar las regiones más secas de ladera, donde la tierra firme posibilita la construcción de casas y la preparación de *cortes* o terrenos para la labranza. Las tomas que aún existen son tan impresionantes que parece que la presión del agua hiciera correr el líquido hacia arriba, en contra de la gravedad²¹.

Estas conexiones entre el agua y las casas campesinas aprovechan la diversidad y contrastes extremos que caracterizan el paisaje del Bosque Seco Tropical (BST), en donde a pocos metros de un bosque ripario de caracolies (*Anacardium excelsum*), urumos (*Cecropia peltata*), loquetos, o guáimaros (*Brosimum alicastrum*), —árboles nativos que crecen en regiones húmedas que se mantienen siempre verdes gracias a las quebradas o corrientes subterráneas—, se pueden encontrar lomeríos de arbustos aromáticos, orquídeas, plantas cactáceas y otros pocos árboles como la ceiba barrigona (*Cavanillesia chicamochae*), el palo el brasil (*Haematoxylum brasiletto*), el cucharo (*García mutans*), el karate o indio desnudo o el cují (*Prosopis juliflora*), que soportan la sequía del tiempo de verano que puede extenderse durante dos o tres meses en los que caen pequeñas lloviznas o apenas la bruma de la mañana.

²¹ Esto me lo hizo ver una Ángela Celis, una bióloga que ha recorrido diferentes regiones de La Mesa de Los Santos y el cañón.



15 Ruinas de dos antiguas bocatomas en el Río Manco, vereda La Cabrera parte baja. Enero de 2023.

Moldear el suelo para hacer correr el agua en donde la tierra es arenosa y seca es un trabajo de mucho cuidado. Alix, una de las hijas menores de don Antonio Roa, recuerda que la *toma* requería labores de mantenimiento casi mensuales. A veces el agua se filtraba por el suelo de la toma formando derrumbes o *volcanes*, como les dicen popularmente en la vereda. Y es que la erosión es parte de la vida en las laderas de las formaciones montañosas del Cañón del Chicamocha. Especialmente cerca de las cañadas o quebradas, los bosques de matorrales bajos crecen sobre un suelo escarpado, rocoso, con alta capacidad de drenaje, lo que lo hace fácilmente erosionable (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017). Tan sólo caminar por este suelo frágil exige la habilidad corporal de distribuir el peso en todas las extremidades para así evitar pequeños derrumbes. Y el agua, principal detonante

de la erosión, debe ser conducida con el mayor cuidado para evitar que las fugas suelten el suelo y creen derrubios²².

Por eso, cuando el terreno era muy pendiente o arenoso, se usaban varas de guaduas gruesas que cortaban en la madrugada durante luna menguante para evitar que se pudrieran. Las abrían en dos para que el agua corriera en el interior de la cavidad de la vara y así cubrir los pedazos de barrancos donde era imposible construir el canal. También se usaban las varas huecas de fique donde crecen las flores y las semillas. Una vez secas, estas varas son resistentes y permiten conducir el agua en su interior.

“Antiguamente, cuando vivíamos ahí frente a la antigua escuela, mi papá llevaba el agua por toma desde el nacimiento de El Zágamo hasta la casa. Con mucho cuidado usabamos la herramienta para abrir un canal que llevaba el agua y donde había barranco, que era imposible pasarla, mi papá cortaba una guauda por la mitad y cruzaba el agua por ahí”. (entrevista a Fidel Roa, 2020)

De acuerdo a la memoria de las personas de La Cabrera, de la quebrada El Planatal –hoy represada– salían 2 tomas, una de corta distancia hacia la finca El Portachuelo, y otra que corría casi paralela a la quebrada, llevando el agua a las fincas El Manco, El Pomarroso y otra casa más abajo que no tiene nombre. Al pasar por cada finca se volvía a abrir una *boca* que conducía el agua a un jagüey o tanque para el uso de cada finca. De las quebradas Los Cacaos y Los Naranjos, que hacen parte de la microcuenca de la Chinavega –también represada– salían dos bocatomas de corta distancia que recogían el agua en la Finca de Los Naranjos para distribuirla en los cortes de cultivo. En la siguiente imagen, producto de una cartografía social realizada en el 2022 con habitantes de la vereda, se representaron los cursos de las bocatomas con líneas de marcador azul, y los jagüeyes de reserva de agua

²² Erosiones producidas por corrientes de agua que forman un depósito de piedras.

Mesa y represaron las aguas en unos humedales que se formaban en los terrenos bajos donde nacía la quebrada en la vereda El Carrizal²³.

“Apenas construyeron los lagos la quebrada se acabó. En el borde de mesa había pozos para uno bañarse. Tenían un ariete y bombeaban agua para arriba. El pozo era de meras lajas de piedra, y más adelante caía en cascadas. Abajo, en lo caliente, también había pozos para bañarse y pescar. Uno llegaba por el camino que pasa por El Portachuelo [a media ladera] y bajaba. [La quebrada] nacía un poco más adentro en La Mesa, pero no muy lejos, en una champa, que es como un pantano, un terreno fangoso. Ahí uno no se bañaba pero sí entraba el ganado a tomar agua”. (Intervención de un habitante de La Cabrera durante el Taller de Cartografía Social, 2021)

La siguiente en secarse completamente fue la quebrada El Plantanal, la cual, además, desapareció en la nomenclatura institucional que la nombra como “Quebrada Seca” en la vía Curos–Pescadero después de la avalancha del 2011 que destruyó el puente donde desembocaba al río Manco. La historia del desecamiento de esta quebrada comienza a principios de los 90 cuando el señor Enrique Muñoz, heredero de la empresa Incubadora Santander fundada en 1962, compró un terreno en la parte plana al borde de la meseta, a uno de los costados de la quebrada El Platanal, para construir un complejo avícola tecnificado en la granja Bellavista con una capacidad para 1.8 millones de pollas (Palomino Roa, 2012), que llegó a ser una de las más grandes del país y aún es una de las más grandes de La Mesa (Bueno Torres, 2019).

²³ El año de construcción del dique (1987) no ha podido ser comparado con documentos de fuente secundaria. Este dato se obtuvo a partir de la conversación colectiva entre las personas de La Cabrera, que tienen la particularidad de recordar ciertas fechas muy claramente. Si bien la memoria es escurridiza, el dato es coherente con los procesos territoriales que se vivían de manera general en La Mesa de Los Santos, donde el impulso desarrollista que dio la pavimentación de la vía en esta década atrajo la inversión de empresarios del turismo y la recreación además de los agropecuarios. Fue en esta misma década, exactamente en 1983, que se construyó el lago del Club Náutico de Acuarela (Noriega & Rodríguez, 2017), el cual se convirtió en un hito del desarrollo que además estableció el discurso de una nueva relación con el agua en un ecosistema seco. En el siguiente capítulo desarrollaré este argumento.

En 1993, según lo que recuerdan los habitantes de la vereda, la empresa comenzó los trabajos con maquinaria que terminarían en 1994 con la construcción de cuatro diques que represaron las aguas de la quebrada en la parte alta de la vereda, estableciendo así un nuevo mecanismo de abastecimiento de agua basado en el represamiento de quebradas que fue replicado por otros propietarios aguas arriba hasta romper completamente el flujo del agua, y con esto, desecar también los canales de riego del paisaje cultural campesino de la ladera.

“Las bocatomas se secaron con los diques que construyó la Incubadora Santander. Después de eso no bajaba nada de agua, por ahí un poco de humedad corría cuando llovía, pero medio mojaba la tierra y desaparecía. Y es que después de los diques otra gente empezó a hacer lagos aguas arriba: el del profesor y otro más.” (Intervención de un habitante de La Cabrera durante el Taller de Cartografía Social, 2021)

Por último, se secaron las quebradas más pequeñas, Los Cacaos y Los Naranjos, cuyo caudal era mucho menor que el de las demás. De acuerdo a Alejandro y Pablo Rico, habitantes de la finca Los Naranjos que utilizaban las aguas de estas quebradas, en la década de los años 90 ya el agua no corría de manera superficial sino que se había profundizado reapareciendo en diferentes partes del antiguo cauce. Actualmente las familias recogen en pozos el agua que nace y la transportan en mangueras por gravedad hasta sus casas.

Estas quebradas eran también espacios frecuentados para la caza, la pesca y el esparcimiento. Los campesinos recuerdan que en los pozos que se formaban a media ladera se pescaban chocas (*Hypostomus plecostomus*), lauchas (alguna especie del género *Trichomycterus*) y otro pez que conocen como chin chin. También se encontraban

cangrejos y unos lagartos de colores brillantes a lo que llaman cucuruchos que se asaban y se comían.

Los runchos o lauchas eran unos pescados chiquitos color marrón en el lomo que tenían la panza blanca, "buchiblancos", para usar las palabras de Amparo, la primera persona que me habló de estos peces diminutos. Ella los describe como peces con una textura lisa y babosa, por eso también se les conoce como jaboneros, porque se resbalaban de las manos fácilmente. En la boca tenían bigotes pequeños lo que los hacía ver como bagrecitos en miniatura. Se encontraban debajo de las piedras alimentándose de lama, algas y las plantas que encontraban bajo el agua de las quebradas que bajaban de lo alto de La Mesa de Los Santos a los ríos del cañón. Es probable que sea alguna especie del género *Trichomycterus* pues cuando le mostré a Amparo algunas imágenes de estos peces ella encontró muchas similitudes, pero no consiguió señalarme cuál podría ser la especie exacta y los datos ictiológicos existentes son muy pobres para esta zona que pueda ayudar a definirla con certeza.

En el 2007 se reportó una nueva especie de este género, la *Trichomycterus ruitoquenses*, colectada en la cuenca alta del río Lebrija en la quebrada Río Frío que descende del Bosque húmedo premontano (Bh- PM) del cerro de la Judía al Bosque seco premontano del valle del río Frío (Bs -PM) (Ardila Rodríguez, 2007), las mismas zonas de vida que se encuentran en las laderas nororientales de La Mesa de Los Santos. Según Amparo, de estos peces había al menos dos clases, pero ella no está muy segura de poder describirlas. Aunque recuerda haberlos comido muchas veces, por ser una de las menores de la familia iba poco de cacería con los adultos donde se agarraban con *tamas* (canastos de bejuco) y se podían apreciar sus colores exactos antes de secarlos con sal. Me cuenta que

Berta y Esteban, sus padres, se internaban en los bosques de la Chinavega durante dos días para cazar mientras ella y los menores se quedaban al cuidado de una de las hermanas mayores, luego volvían con muchos de estos diminutos peces y otras carnes de monte preservadas en sal para la alimentación familiar. En los años setenta en La Cabrera se comía poca carne y la mayoría de las veces era carne de monte, de animales que habitaban los bosques de las cañada: tinajo, peñero, maco, oso hormiguero, pavas, guacharacas o armadillos.

Con el represamiento de las quebradas convertidas en grandes lagos en la parte plana de La Mesa, desapareció la pesca a media ladera. Ninguno de estos lagos contempló el caudal ecológico que disminuyera el impacto ambiental y social de los represamientos. La definición de los caudales ecológicos fue reglamentada varios años después en el artículo 2.2.3.3.1.3 del Decreto 1076 de 2015 del Ministerio de Ambiente. Sin embargo, el Código de Recursos Naturales Renovables y Protección al Medio Ambiente y el Decreto 1541 de 1978 ya definía como “aguas públicas” las aguas “que nacen en una heredad pero avanzan hacia otras propiedades” (Corrales Marín, 2015). Era evidente antes como ahora la ilegalidad de los represamientos, y en su momento las familias campesinas de La Cabrera opusieron resistencia a estas construcciones a través de denuncias y acciones legales que nunca fueron atendidas. Como se relata en la tesis de Bueno Torres “Who owns water?” (Bueno Torres, 2019), en donde se aborda particularmente el caso de la quebrada El Plantanal, en más de una ocasión las instituciones de control ambiental y administración de justicia dieron prioridad al acceso al agua de la empresa para suplir sus necesidades productivas que al de las familias campesinas de La Cabrera, pasando por encima de los derechos económicos, políticos, ambientales y culturales del campesinado. En el siguiente

capítulo profundizaré en esta visión desarrollista que impuso a través de nuevas infraestructuras una nueva forma de relación con el agua basada en la promesa del progreso material de la región.



17 Nacimiento El Zágamo con estatuilla de la virgen en vereda La Cabrera, 2021

2.3 Los nacimientos o aljibesmamas

Los nacimientos ocupan un lugar primordial en el territorio hidrosocial campesino. Constituyen la fuente de agua que alimenta y cura a los seres humanos y no humanos que conforman la finca campesina, pero además son objeto de un cuidado religioso que involucra rituales y mitos de seres que los protegen, lo que los convierte en lugares sagrados. Hay diferentes tipos de nacimientos; los que son *sembrados* en rituales de siembra de agua y los que afloran naturalmente entre las raíces de los árboles que abren las rocas. Estos últimos son llamados *aljibesmamas* porque recogen *-maman-* el agua que escurre de la planicie y porque son aljibes madres, es decir, no son resultado de

excavaciones sino naturales (Entrevista a Alfonso Tello, 2021). Comenzaré por describir la relación que existe con estos manantiales naturales o *aljibesmamas* para después explicar en qué consiste la siembra de agua y su importancia en la gestión del paisaje en un ecosistema seco como el de La Cabrera.

Los nacimientos son delicados y, según los campesinos, no admiten el uso de herramientas que rompan el suelo, todo debe hacerse con las manos²⁴. Antes de la popularización de las mangueras existían dos maneras de recoger el agua del nacimiento: a través de tomas y por medio de cantimploras o chuchos. Cuando se construían tomas de agua el trabajo requería extremo cuidado para evitar que el nacimiento *se resienta y se vaya*. A uno o dos metros de donde surge el agua se construían pequeños pozos de tierra y caolín donde se deposita el agua que corre. Los pozos se tapaban antes con paja macana o lajas de roca para evitar la evaporación, luego se moldeaba un canal que sacaba el agua del bosque del nacimiento para conducirla a las casas donde se depositaba en otro tanque cerca de la cocina para las necesidades alimenticias de las personas y los animales. Cuando el nacimiento estaba por debajo del nivel de la casa y no se podía conducir por gravedad, los niños y niñas menores cumplían el rol de traer el agua a la finca en calabazos o chuchos, el fruto seco de una enredadera rastrera parecida a la ahuyama (*Cucurbita maxima*) que produce un calabazo verde y grande. La viscosidad del interior se sacaba sin quebrar la cáscara dura para dejar un recipiente vacío que puede durar años.

²⁴ Un señor de la finca Los Naranjos me contaba que en los años 50, cuando vivía en la parte baja de la vereda, más cerca del río Manco, tenían un nacimiento bajo la sombra de un árbol de caucho que se secó porque constantemente pisoteaban el nacimiento y para construir el pozo usaron pala y pica, lo que terminó por acabarlo.



18 Calabazos o chuchos pequeños colgados en una cocina campesina de La Purnia

Después de los años 70, las piedras y el caolín de los pozos se reforzaron poco a poco y en algunos casos con cemento, y los canales fueron reemplazados en todas las fincas por mangueras plásticas que redujeron las infiltraciones de los canales. Con la reducción de los caudales de algunas quebradas y la desaparición de otras, los canales no fueron suficientes para transportar el líquido a las casas, de manera que se reemplazaron por un material más eficiente como el plástico.

El mantenimiento de esta infraestructura doméstica es constante, casi mensual. El sistema se puede tapar con la hojarasca, con la tierra que se revuelca cuando llueve, o a veces los cangrejos y los armadillos hacen orificios en la tierra del pozo que hace que el agua se escape por las hendiduras y no alcance a la boca de la manguera (Entrevista a Maria Isis, 2021).

La diversa calidad de las aguas de La Cabrera definían el uso que se les daba. Por lo general, los nacimientos que emergían en la ladera se consideraban agua pura que se filtraba desde la planicie y aparecía abajo en la ladera, de manera que estas aguas se destinaban a la

alimentación. En cambio, las aguas superficiales de las quebradas se usaban para irrigar los cultivos cuando las lluvias eran escasas.

“Había otra bocatoma que el difunto Francisco Peña sacaba desde la quebrada [El Platanal] por la loma que llaman la zorra, y la mandaban a la casa que tenían ahí en pan de azúcar, donde tenía el sembradío de tabaco, tomate, caña y de todo sembraban ahí. El agua la depositaban en unos tanques de tierra y luego la distribuían para el cultivo. La de comer sí siempre la sacaban del nacimiento que todavía tienen, pero antes no era menester de bajar el agua en manguera, esa también bajaba por una toma que tenían hasta la casa, y llegaba clarítica.” (Participación durante el taller de cartografía social del agua, 2022)

Algunos nacimientos tenían agua tan pura que se les adjudicaba propiedades curativas. Este era el caso del nacimiento de la antigua finca de los Vargas, ubicada a media ladera. Los más adultos recuerdan que doña Eulalia, partera y sobandera de la vereda, bañaba a los niños enfermos con el *agua alechadita* del nacimiento de Los Angelinos, como lo llamaban por ser parte de una pequeña quebrada que caía a la del Platanal. “Esa agua uno la podía mantener en tanques por mucho tiempo y no se pudría, ni cogía mal olor, era siempre clarita, clarita”, me cuenta don Fidel tratando de explicarme en qué consistían las cualidades curativas de este nacimiento.



19 Aguas medicinales de La Cabrera baja

Con el establecimiento del complejo avícola de Incubadora Santander en la cima de la vereda en la década del 90, algunos de los nacimientos de la parte alta de la ladera que limita con la zona de compostaje de la empresa se contaminaron y otros se secaron. Sólo sobreviven dos de estos nacimientos en la media ladera, más alejada del complejo agroindustrial, pero se encuentran por debajo de las casas. Don Fidel instaló hace un año una motobomba para traer agua de El Zágamo, uno de los nacimientos que ha permanecido y que irriga toda la finca de su familia. Los demás habitantes de esta parte alta de ladera han tenido que traer el agua que se filtra del lago del Club Campestre, que represó las aguas

de la quebrada Chinavega en la década del 80, usando 4 kilómetros de manguera para que llegue a las casas.

2.4 Las aguas sembradas: gestión del paisaje hídrico en las laderas

En mayo de este año (2023) fuimos con un grupo de mujeres campesinas a recolectar cogollos de nacuma, o iraca (*Carludovica palmata*) como la conocen en el resto del país, a una finca ubicada en La Cabrera alta llamada Los Naranjos, para preparar la fibra que usaríamos en un taller de tejido dirigido por una de ellas. En el camino rumbo al "nacumal", como le llamaban en la vereda al lugar donde se encontraba la nacuma en abundancia, pasamos por una "hoyadita" (vertiente de poca profundidad) boscosa en la que nacía un pequeño hilo de agua que formaba charcos discontinuos profundizándose en algunos puntos de la pendiente y apareciendo en otros. Alejandro, uno de los propietarios de la finca, quien nos guiaba ese día, nos dijo: “esta agua parece sembrada... Ni abunda en invierno, ni se seca en verano, siempre permanece esa aguadita como usted la ve ahí”.

La siembra de agua era una práctica común entre el campesinado de La Mesa. Existen muchísimas historias de aguas sembradas en La Cabrera y en toda La Mesa de Los Santos. El ritual consistía en la siembra de un árbol dentro de un *chucho* o totumo que era enterrado en tiempo de lluvia en las hoyas de la ladera y protegido con cercas que impidieran el paso de cabras o ganado. Dentro del totumo se ponían 3 cabellos de un niño o una niña menor de 7 años y se esperaba unos años a que el agua naciera. Mientras tanto se sembraban “plantas champosas” como el bore (*Arum esculentum*) el zágamo (una planta parecida al bore pero con hojas color morado) que guardan agua en sus tallos, y árboles de “hoja fresca” como el gaque (*Clusia grandiflora*) y el cordoncillo (*Piper aduncum*), que tienen hojas gruesas capaces de guardar la humedad en tiempos de sequía (Intervención de

un participante en el Primer Encuentro por el agua de la vereda Los Cacaos, 2023). Cuando crece el bosque y nace el agua se dice que aparece con ella la *madre del agua*, una culebra gruesa, larga y azulada con cabellos y barbas que se desprenden de su cabeza. La culebra es mansa y permanece en el terreno húmedo del nacimiento, pero si alguien la mata, con ella muere el agua²⁵.

La siembra de agua a final de cuentas es también la siembra de bosque, lo que sería en términos técnicos la gestión del paisaje en un ecosistema semiárido. Contrario a la visión purista de algunos conservacionistas que imaginan una naturaleza intocable, en las laderas de La Mesa la permanencia y reproducción de los bosques tiene mucho que ver con el trabajo humano del cuidado del agua. Un líder comunitario de las veredas bajas de La Mesa (al costado suroccidental del altiplano, como expliqué en el primer capítulo) me decía que a pesar de la deforestación que produjo el monocultivo del tabaco durante el siglo XX en esta porción de La Mesa, los bosques que quedan están siempre asociados a ruinas de casas de bareque que forman pequeños *oasis* (para usar sus propias palabras) en una tierra que hierve con el sol de mediodía. Estos *oasis*, lejos de ser bosques “naturales” y prístinos, son producto del trabajo de generaciones que han sembrado con selectividad bosques que hacen que los tiempos de sequía sean más llevaderos.

Las culturas de los ecosistemas áridos y semiáridos del mundo son reconocidas por desarrollar sofisticados conocimientos y mecanismos para aprovechar el agua en tales condiciones (Martínez Fernández, 2006). Pero lo interesante es que estas prácticas de gestión del paisaje no se limitan a la materialidad de lo tangible del bosque, sino que están

²⁵ Estas historias fueron recopiladas en el capítulo 4 del documental sonoro “Relatos Campesinos del Agua: una expedición sonora en el cañón del Río Manco” en cual se puede consultar en el siguiente enlace: https://open.spotify.com/show/4XWiwUV0GM0NasfyDSRkeE?si=eWRcUxQcShCTLjK1LDO_aA&nd=1

dotadas de atributos espirituales y elementos intangibles que dan sentido a la práctica. Sobre esto, Cariño Olvera escribe: “las culturas de los oasis se caracterizan por una inmensa diversidad de originales prácticas de manejo del paisaje, conocimientos ecológicos y relaciones sociales, dotadas de atributos psicológicos, emocionales y espirituales, que han permitido su sostenimiento en estos entornos a menudo hostiles, como individuos, tribus y sociedades” (Cariño Olvera & Castorena, 2016, 109).

Estos lugares de agua dotados de sentido y cocreados en ese juego relacional entre el campesinado y lo no humano, sostienen tanto simbólicamente como materialmente el territorio hidrosocial campesino de las laderas de La Mesa. A pesar de las transformaciones que han modificado el paisaje hídrico de la vereda, aún hoy los niños y niñas de la última generación que nació en La Cabrera han crecido con la certeza de que los nacimientos son lugares sagrados que no se pueden profanar.

2.5 Los *indios* y el agua subterránea

En el corto pasaje de "Peregrinación de Alpha" dedicado a La Mesa de Jéridas, "que los indios llamaban Jerirá" (Ancízar, 1850, 643), Manuel Ancízar relata que uno de los curiosos que se acercó a ver la caravana de instrumentos científicos con los que viajaba la Comisión Corográfica les habló de una laguna encantada, la "Laguna del monte", ubicada en el extremo norte de La Mesa, en mitad de un bosque frondoso que cubría esa porción del altiplano. Este señor le aseguraba lo siguiente:

"Pues figúrese usted que se ven por sobre el agua unas calabazas muy blancas y muy bonitas. ¡Dios me libre de cogerlas! Aquí hubo un hombre forastero que no conocía las cosas de la tierra, y caminando para La Florida columbró las calabazas, cogió dos de las chiquitas, las echó en la ruana y siguió su viaje. A poco empezaron a venir nubes y nubes sobre el monte, y de ahí a llover, y después a tronar y ventear y caer rayos que daba miedo:

era que la laguna se había puesto brava. El forastero seguía, pero no podía regender por el barro, porque las calabazas le pesaban mucho en demasiado. Como ya se le oscurecía y se cansaba con el peso, soltó las puntas de la ruana para botar las calabazas, y, con permiso de sumercedes, cayeron al suelo, no las calabazas, sino dos sierpes amarillas tamañotas que echaron a correr para la laguna que entonces se aquietó" (Ibídem, 646).

Frente a la incredulidad de Ancízar, quien sólo quería aguzar la lengua del campesino, éste le respondió: "Sumercé se chancea, pero lo que le cuento es la pura verdad, y hasta que algún sacerdote no conjure la laguna nadie se arrima y todos pasamos callados nuestro camino." (Ibídem, 646).

Ese bosque frondoso que aguardaba una laguna quedaba, con toda seguridad, en las veredas que hoy hacen parte del municipio de Piedecuesta. Aquel bosque ascendía por el norte desde el río de Oro hasta los límites con el municipio de Piedecuesta que marca la quebrada La Honda. Durante el siglo XIX, en la región más plana, el bosque se fue despejando por el trabajo de campesinos que abrieron monte para cultivos, extraer leña para cocinar o vender (Cabrera, 1958) y comerciar con algunas maderas como la quina, que se vendía muy bien en Piedecuesta hasta finales del siglo pasado, cuando los controles ambientales por la deforestación se fortalecieron²⁶. Con la reducción del bosque parece que las quebradas perdieron su caudal y los humedales fueron desapareciendo; así lo describió Cabrera en sus recorridos por la zona a finales de los años 50 (1958).

En la actualidad, de los bosques más antiguos sólo quedan los bosques frondosos e impenetrables de Mesitas de San Javier y La Navarra²⁷. Desde el costado opuesto a

²⁶ Varios campesinos de La Cabrera me cuentan que se dedicaron por muchos años a sacar leña para vender en el mercado de Piedecuesta.

²⁷ En un trabajo de campo realizado en junio del 2022 con el objetivo de documentar y caracterizar la estructura ecológica del territorio de Santander que corresponde con la jurisdicción de la CDMB, el equipo socioambiental logró obtener el registro de un tigrillo en las cámaras trampa, lo que evidencia su importante estado de conservación. Uno de los biólogos participantes me confirmó que es muy difícil en esta zona hablar de "bosques primarios" no intervenidos por el ser

Mesitas, en La Cabrera, los campesinos afirman que en Mesitas todavía hay *indios* en lagunas subterráneas encantadas de las que apenas se ve una humedad en la superficie. Amparo y María Isis, campesinas de La Cabrera, me aseguran que tanto la parte plana como de ladera de esa vereda está repleta de *champas* y lagunitas. Se cree que cerca de las *champas* de Mesitas no se puede recoger la palma de ramo, que utilizan en semana santa para el domingo de ramos, tampoco nacuma, ni ningún frutal que se encuentre en medio del bosque, porque el *indio* le confunde a uno los caminos y lo pierde en el bosque. Tampoco se puede hablar duro, menos gritar, porque llama la tempestad. Como decía el señor de Los Santos que conversó con Ancizar, hay que pasar callado por el camino y respetar lo que allí esté.

Don Fidel me contó otra historia sobre los *indios* de Mesitas. Cuando estuvo administrando una finca en esa vereda antes de los 90, me dijo que una vez quiso cortar camino entre su finca y el vecino y se metió por el monte, o bosque espeso, que parecía pequeño. Él asegura que perdió el camino y tuvo que cruzar varias veces una quebrada grande que luego nunca encontró. Finalmente salió y se dio cuenta de que había estado dando vueltas en una misma área sin encontrar el camino. En el trayecto había recogido una palma cuyos tallos son comestibles, lo que en su relato explicaba porque se había perdido; no había pedido permiso al indio y éste lo estaba perdiendo en el monte.

En La Cabrera la gente dice que los *indios* que había en los cuerpos de agua ya se marcharon. Los últimos bajaron con la avalancha causada por el desprendimiento de los diques de Incubadora Santander. Se *trastearon*, dicen los campesinos usando esta palabra que denota algo más que un traslado de personas. Se cree que los *indios* viven en pequeños

humano; sin embargo, sí afirma la existencia de bosques de árboles nativos de una altura considerable, evidencia de su antigüedad. El informe de esta investigación aún no se encuentra publicado.

poblados dentro de lagunas. Las rocas gigantes que se mueven con las corrientes de agua y barro de las avalanchas son huellas de su paso en donde cargan pueblos enteros y sus pertenencias que son tesoros, huacas que resguardan.

Rodolfo Rico, un señor de alrededor de 70 años que por muchos años estuvo al frente de la junta de acción comunal de la vereda, fue el primero que me habló de los *indios* de la quebrada El Platanal. En la grabación que hice todavía puedo sentir lo desconcertada que estuve cuando al preguntarle por la avalancha no me habló de Incubadora Santander únicamente, sino de los *indios*. Transcribo parte de lo que me dijo:

“Se dice, pero no se asegura; pero pa mi eso eran indios. Pa’ bajar esos piedronones tan grandes, esa gota de agua, es imposible. Entonces como ellos iban pa’ su parte, pa’ poder pasar con lo que llevaban, aprovecharon y se fueron. Pero la mayoría de la gente no cree que son indios. Una gente de por allá del Mangre²⁸, me decía que eso se veía una llamarada de candela. La avalancha no se vino toda, se vino poca poca. Y ahí se maletearon los indios. Dicen que en Pescadero no se vio. Dice que ahí en el Tope del indio, tienen una entrada, y dizque se meten ahí y salen a Girón. Pasan por la Mesa de los Santos y salen a Girón.” (Rodolfo Rico, febrero del 2019)

He tratado de entender a qué se refieren las personas cuando me hablan de los indios y las indias que en ocasiones caminan descalzos por los senderos, visibles ante todos, anunciando la catástrofe que se viene con su traslado. No son espíritus pero tampoco son del todo humanos. Son seres que son casi que la propia naturaleza. “La vida de ellos es la montaña”, me dijo una vez don Fidel. Ese día me habló de una aparición reciente de un indio en La Ceba, un caserío en Santa Bárbara por la vía entre Curos y Guaca que todos los años se derrumba con las avalanchas que bajan por la cordillera. La historia era que un anciano de pantalón negro, camisa blanca y cotizas que nadie reconocía en el caserío había

²⁸ Vereda de la parte alta del corregimiento de Umpalá que limita con el municipio de Guaca. Se ubica al frente de la vereda La Cabrera, como es más alta tiene plena visibilidad de lo que pasa en la vereda.

llegado a la tienda de La Ceba. Luego de tomarse una cerveza les dijo a los que estaban ahí que la carretera Curos – Málaga no la iban a ver nunca en buenas condiciones, que de vez en cuando se verá arreglada, pero nunca la van a ver completa. Pagó con una moneda que parecía de oro y se fue. Cuando salieron no pudieron encontrarlo para ver si había ido hacia abajo o hacia arriba. Era un indio, me dijo don Fidel, "están obstinados porque los están dejando a la intemperie". Me explica que viven debajo de la tierra entre los bosques tupidos y casi nunca se dejan ver. Ellos cuidan la montaña y cada vez que la ven amenazada por las construcciones de paredes ancladas, puentes o pavimentaciones de la vía entre Curos y Guaca, producen avalanchas que devuelven el proceso de modernización de la vía a su punto inicial. A eso se refería el indio que dicen que pasó por el estanco de cerveza en La Ceba. "Es que en esa montaña mucho haber sepulturas de indios", me dice don Fidel.

Los indios no son historias del pasado, han estado presentes durante toda la historia de La Cabrera hasta hoy y se habla de ellos con naturalidad. Recién conocí al actual presidente de junta de la vereda se refirió a esta creencia como una superstición, sin embargo, con el tiempo y la confianza me hablaba de las historias de los indios y las indias con un tono de certeza muy firme. En febrero del 2020, mientras continuaba con mi trabajo de campo, hubo una avalancha que bajó por las quebradas que forman el río Manco hasta Pescadero, donde se funde con el río Umpalá. La vía entre Curos y Pescadero duró cerrada cerca de un mes y los arreglos aún no terminan de habilitar los dos carriles de la vía. Un año después, don Pablo Rico, desde su casa enclavada en la parte alta de la ladera de La Cabrera, en medio de uno de los bosques más tupidos de la vereda, me decía:

“Eso lo del río Manco no vaya usted a creer que fue un aguacero, no, ellos tenían por allá sus cositas por dentro y salen. Asómese, por ejemplo, allí en el peaje. Ahorita ya casi que se está borrando. Pero si usted se para y mira para el otro lado ve esa cantidad de

volcancitos. Se ven unos volcancitos chiquitos y recién que pasó esa avalancha que bajó se notaba por donde el agua salió y hacía la quema, quemaba la hierba. Ahorita salió hierba nueva y ya no se ve, pero antes sí. Por ahí fue donde salían los chorros. Abajo se reunía todo, eso se fueron varios, varios amigos que iban para otra parte. [...] Porque les talan el monte. Por encima les estaban talando el monte. Y ellos se quejaban y se quejan porque les están talando el monte. Y es que ellos sí cuidan el monte.” (Pablo Rico, diciembre de 2020).

Cuando don Pablo terminó le pregunté si él y su familia cuidaban el bosque por esta razón. Con un tono de seriedad me explicó que cuidar el bosque era cuidar el agua. Frente a los esfuerzos que hacen los de arriba, los de la Avícola El Guamito, por quitarles el agua a punta de pozos perforados, en la finca Los Naranjos la familia Rico cuida los bosques del pie de la cingla. Me asegura que arriba llevan más de 20 huecos hechos intentando buscar el agua. “Se asoman y ven el riego de los cultivos y se afanan por buscar el agüita”. Me cuenta que una vez estuvieron a punto de llegar al acuífero pero en esos días tembló “y el agua se fue, se perdió”.

Lo interesante de las historias de los *indios* es que, además de dotar de sentido los espacios de agua de este ecosistema seco, ponen en evidencia la consciencia de la conexión entre las aguas subterráneas y las superficiales, relación de gran importancia en los ecosistemas áridos (Cariño Olvera, 1995; Cariño Olvera & Castillo Maldonado, 2017; Martínez Fernández, 2006).

Desde una mirada sociológica, lo relevante de las creencias no es qué tan veraces son, sino cómo influyen en el comportamiento de quienes las sostienen. El agua y los pajonales fueron entre los campesinos bienes comunes y reconocidos como esenciales para la subsistencia de todos los habitantes humanos y no humanos en el territorio; los principios derivados de ello –evitar pleitos, repartir equitativamente, no intervenir de manera drástica

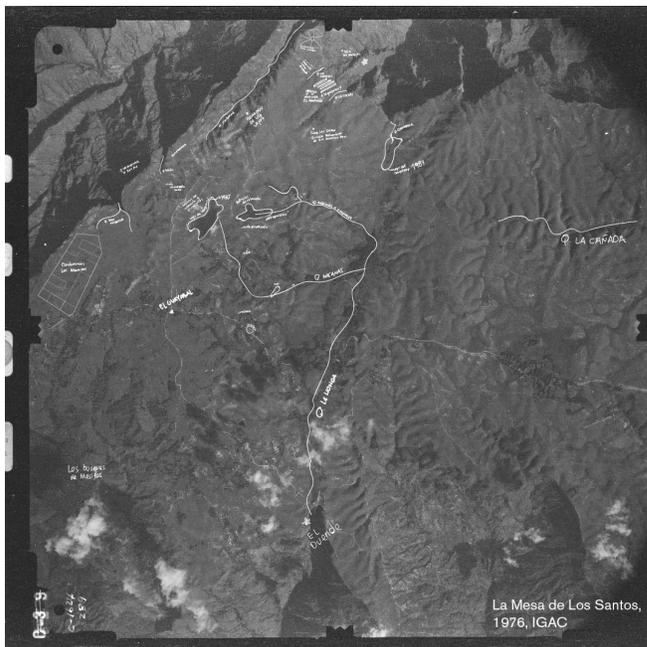
los cauces y comprender los elementos que sostienen los nacimientos– componen una visión más integrada, ética y comprensiva de la dinámica y el equilibrio del ecosistema. Sin embargo, una creencia sólo condiciona en su comportamiento a quienes se adscriben a ella. ¿Qué sucedió cuando llegó una cultura ajena a esta ética, a estas nociones de vida y naturaleza que sustentan este territorio hidrosocial?

3. La concepción desarrollista del territorio hidrosocial de La Mesa de Los Santos

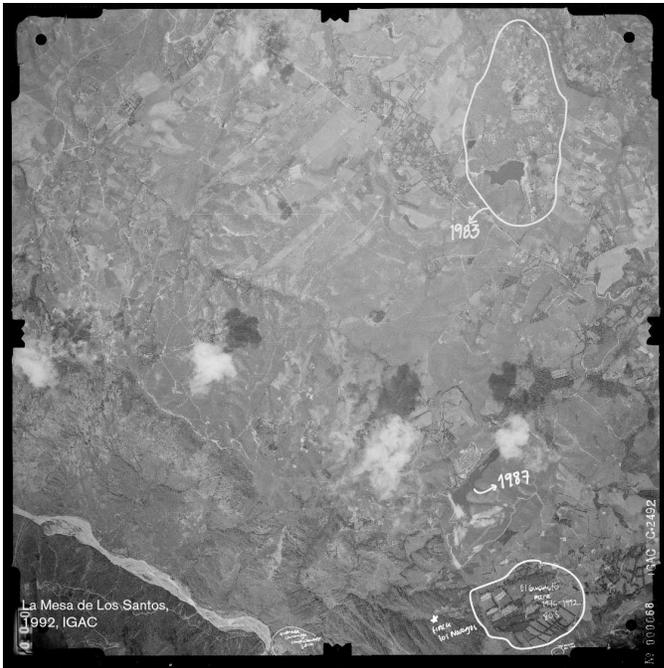
“El progreso es imparable”

(Entrevista a empresario agropecuario de La Mesa, 2020)

La década del 80 fue decisoria para la transformación de la región nororiental de La Mesa de Los Santos. En esta década una parte de la élite urbana de Bucaramanga, inspirada en la idea de progreso rural de la revolución verde norteamericana, estableció las condiciones para hacer de esa planicie —que durante muchos años fue vista como un “enorme bloque de rocas”, con sabanas de suelos pobres e infértiles, a la que apenas un puñado de bumangueses iban a *temperar* en fincas campesinas durante el tiempo de vacaciones— su *eutopía*, como la describió un periodista santandereano (Hernández Torres, 2003).



20 Foto área región nororiental de La Mesa 1976 del IGAC. Intervenida por mi.



21 Foto aérea de la región nororiental de La Mesa de 1992, IGAC. Intervenida por la autora.

En las imágenes aéreas existentes en los archivos históricos del IGAC se puede observar cómo, entre 1976 y 1992, el paisaje del costado nororiental de La Mesa de Los Santos cambió radicalmente. Los lomeríos ondulados que formaban pequeños valles, donde el agua se acumulaba en tiempo de invierno, fueron explanados con buldócer. En algunos crecieron surcos ordenados de pinos y eucaliptos. En otros se trazaron potreros y se construyeron galpones que se multiplicaron en toda la planicie, rodeados de cercas vivas de estos mismos árboles exóticos, sembrados por millares en esta época por iniciativa privada de los empresarios bumangueses que empezaron a llegar a La Mesa desde la década de los años 60.

En los bajos aparecieron enormes masas de agua retenidas por diques que se levantaron con la tierra excavada en las champas y humedales convertidos en lagos perfectamente delimitados, que colindaron con los primeros proyectos de parcelaciones suburbanas (Noriega & Rodríguez, 2017): Las Altamiras, en 1978 en la vereda Holanda; el

Club Náutico Acuarela en 1983 en la vereda El Carrizal; el Club Casa de Campo después de 1987, según lo recuerdan los habitantes de La Cabrera, también en El Carrizal; la parcelación de Campo Campiña y el conjunto Real del Lago que fueron trazados a inicios de los noventa y urbanizados en el 2000 en la vereda Los Cacaos. Estos siguieron el modelo de la presa Luna de Miel, construida en los años sesenta en la quebrada Macana de la vereda Los Cacaos por un acaudalado empresario y comerciante de Bucaramanga que era propietario de una lujosa hacienda de cría de caballos puros paso fino.

En el deseo de *reverdecer* el pajonal y dominar los límites de un ecosistema seco, las élites urbanas reconfiguraron a su modo y visión el territorio hidrosocial campesino de La Mesa de Los Santos basado en los flujos humanos e hídricos entre la planicie y la ladera. El nuevo paisaje de embalses, barreras forestales de pino y eucalipto, proyectos agropecuarios de nivel industrial y condominios se quebraron las conexiones entre la ladera y la planicie, tanto las de agua (represando quebradas) como las de tierra (cercando caminos), separando a la fuerza y con relativo éxito la tierra caliente de la fría. Además de las evidentes transformaciones materiales –que a continuación explicaré a profundidad–, el proyecto de las élites urbanas de hacer habitable el pajonal estableció también una forma diferente de concebir el territorio, donde la planicie toma valor en detrimento de la ladera; donde la ladera incluso desaparece.

En 1982, la Facultad de Humanidades de la Universidad Industrial de Santander - UIS realizó, a pedido de un grupo de empresarios entre los que aparecen Aníbal y Zoilo Santamaría, Gerardo García y Ernesto Pinzón Mantilla, un “diagnóstico” socioeconómico de la región conocida como La Mesa de Los Santos con el objetivo de definir los factores de desarrollo o atraso, en el que desaparecen sin explicación las tierras que se encontraban

todos los fines de semana por miles de personas²⁹, que reconfiguró el territorio cambiando la manera como el campesinado lo experimenta y lo vive. Quienes estudian las infraestructuras han señalado que éstas no nacen en el vacío ni se limitan a su materialidad; surgen en relación con discursos y visiones sobre el “modo correcto” de usar y disponer del espacio. Las ideas producen procesos de territorialización que ordenan el espacio con base a éticas e imaginarios. Para Hommes, Hoogesteger, & Boelens (2022) los imaginarios son la base de los procesos de territorialización, pues definen cómo se entienden la vida, los sujetos, los objetos y sus relaciones, y en este sentido, contienen marcos normativos sobre la correcta disposición de las cosas.

A través de la relación entre algunas de mis experiencias etnográficas en la historia más reciente y los diferentes documentos históricos que permiten entender la idea de La Mesa de Los Santos que construyeron las élites urbanas durante el siglo XX, me interesa explorar cómo los imaginarios desarrollistas configuraron nuevas formas de relación agua y sociedad, transformando el modo de vida campesino en esta parte del altiplano.

Los estudios sociales del agua siempre han llevado al análisis de las relaciones de poder por su control y gestión (Rutgerd Boelens, Hoogesteger, Swyngedouw, Vos, & Wester, 2017; Martín & Larsimont, 2016; Sasidevan & Santha, 2018; Swyngedouw, 2009). Lo que evidencia el caso de la región nororiental de La Mesa, y en particular en de La Cabrera, es que el control del agua y la planeación territorial para la gestión de los recursos naturales no ha estado en manos del Estado sino de la gestión de privados que compiten por

²⁹ Durante las protestas del 2021 por los altos costos del peaje “La Punta” y la falta de inversión en el sistema vial por parte de la concesión que lo administra, se estimaba que por él pasaban más de 4 mil carros durante los fines de semana. (Vanguardia Liberal, 2021)

su control pasando por encima de éticas comunitarias de gestión del territorio que hacen parte la tradición.

El paisaje hidrosocial desarrollista en La Mesa, en este sentido, es la materialización de los intereses de empresarios urbanos que, de acuerdo a los límites de sus predios, reconfiguraron el paisaje para acaparar el agua, produciendo abundancia de aguas (así sea contaminadas) en la meseta y escasez en las laderas. Estos procesos se hicieron quebrando los flujos del agua, que a su vez quebraron una ética consuetudinaria campesina basada en el acceso a los bienes comunes: agua y pastizales³⁰.

3.1 Reverdecer el pajonal: El potencial de una planicie “infértil”



1 Fotografía de una valla publicitaria vía El Madroño - La Mesa de Los Santos, 2021

³⁰ En esta investigación quise describir las dinámicas estructurales de cambio y tensiones entre el territorio hidrosocial campesino y el desarrollista que tuvo lugar entre la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad. No quiere decir esto que entre el campesinado no existieran disputas y desigualdades de poder relacionadas con el acceso al agua y a la tierra; una mirada sobre el desarrollo de las relaciones de aparcería podría dar luz sobre estas tensiones para entender mejor la historia de la tenencia de la tierra, lo cual se relaciona con el acceso a manantiales a y cursos de agua. De acuerdo a la historia oral que he podido documentar en La Mesa, existieron familias campesinas muy pobres que vivían en las hoyas boscosas del cañón hasta bien entrado el siglo XX dentro de predios que hacían parte otros campesinos que eran dueños de grandes extensiones de tierra y que a pesar de que pudieron reclamar su derecho sobre ese predio nunca lo hicieron, seguramente por una sumisión colonial. También existieron grandes hacendados, por ejemplo, la antigua Hacienda Chocóa de una familia de apellido Uribe, a la que las familias de aparceros que nacieron y vivieron durante generaciones en sus tierras nunca conocieron. Una historia del campesinado de La Mesa de Los Santos y la tenencia de la tierra está por escribirse, por ahora, es importante señalar este vacío y las limitaciones propias de cualquier investigación.

En 2021, camino a La Cabrera instalaron una valla anunciando un nuevo condominio que llamó mi atención. Una pareja de adultos mayores –de cabello tan blanco que parece producto de algún programa de edición– riega una planta recién sembrada en un lote cubierto con el pasto pángola (*Digitaria eriantha*). Al fondo se puede ver la hilera de eucaliptos que formaban los potreros radiales de una de las haciendas ganaderas más importantes de Santander; “la ganadería del futuro” la llamaron en un artículo de prensa en el 2008 (Vanguardia, 3 de agosto del 2008). Es la Hacienda El Madrigal³¹, cuyo logo aparece en el lado inferior derecho junto al logo de la empresa de construcción Incomesa³², anunciando el fin de la actividad ganadera y el inicio de la parcelación suburbana. Arriba dice “Un lugar exclusivo para vivir”, resaltando la palabra “exclusivo” con una letra de mayor tamaño.

Ese paisaje verde y apacible que evoca un lugar de retiro que se observa en la valla ilustra muy bien ese imaginario del campo que movilizó a las elites urbanas bumanguesas a construir su paraíso en la región nororiental de La Mesa de Los Santos: la idea de un espacio seguro para vivir en tierras altas y frías, altamente productivas y ordenadas, con todas las comodidades de la ciudad. En este sentido, la imagen se puede leer como el producto de un proyecto modernizador del campo infértil de La Mesa que las élites bumanguesas iniciaron por reverdecer lo que consideraban un desierto o “pajonal” sin vida, las tierras muertas del altiplano, para lograr dominar una tierra improductiva.

³¹ Una importante hacienda lechera propiedad de la familia Galvis, fundadores y dueños del periódico Vanguardia, que existe al menos desde antes de 1982 cuando el “Estudio de La Mesa de Los Santos” realizado por la UIS con el objetivo de construir un diagnóstico socioeconómico y las perspectivas de desarrollo de este lugar, la enlista con el nombre de El Cortijo a nombre de Alejandro Galvis (Universidad de Santander, 1982). Para la década de los ochenta era una de las haciendas más tecnificadas de Santander.

³² Empresa constructora que ha llevado a cabo los últimos proyectos de parcelaciones suburbanas más grandes de La Mesa de Los Santos bajo la gerencia de Jhan Céspedes.

En la base de este proyecto están las ideas desarrollistas del progreso que impulsó la revolución verde, donde la ciencia y la ingeniería prometían superar los límites impuestos por la naturaleza. No es casualidad que, en los años 80, este altiplano haya sido el escenario de experimentación de proyectos agropecuarios de fertilización y siembra de pastos mejorados de origen africano como el elefante (*Cenchrus purpureus*) y el pángola (*Digitaria eriantha*) (Universidad de Santander, 1982, 225); o donde se establecieron las granjas ganaderas y lecheras más sofisticadas con laboratorios equipados para el estudio de productos derivados de la ganadería durante esta misma década (ibídem, 85); o donde se construyó (en la cima de La Cabrera) la primera granja de producción de huevos completamente automatizada del país con baterías importadas de Europa en la década del 90 (Palomino Roa, 2012).

Antes de la década del 1980, la región nororiental de La Mesa no era ese paisaje reverdecido de la abundancia con lagos, bosques de eucalipto y “exclusivos” condominios que observan los turistas apenas cruzan el peaje de La Punta. Diez años atrás, la mayor parte de estas planicies eran lomas con poca vegetación como la que se observa en la siguiente fotografía, donde ya se ven los primeros cultivos de eucalipto en los cercados de alambre y estacas.



22 Fotografía del archivo de Marta Cecilia Valderrama, hacia la década de 1970.

En 1958, Wenceslao Cabrera describía a La Mesa como “un enorme bloque de rocas sedimentarias colocadas sobre materiales más antiguos y conglomeráticos que se opusieron a la marcha directa del río Chicamocha en su intento de buscar salida a la llanura magdalenense (...)” (1958, 11). El geógrafo quería reiterar con su descripción el carácter *estéril y pobre de la capa vegetal* de una región que, sin embargo, admiraba por la belleza de sus paisajes abismales tan particulares.

Influido por este anhelo del progreso propio del paradigma desarrollista³³, Cabrera concluía que La Mesa de Los Santos tenía un bajo potencial económico que se limitaba a la explotación de las minas de yeso, barita y caliza al suroccidente del altiplano donde, a la fecha en la que escribió, ya existían cuatro buldóceres que poco a poco reemplazaban las picas³⁴. La ganadería, aunque de mayor importancia en comparación con otros municipios de Santander, la encontraba reducida y de limitado crecimiento por las condiciones del suelo y los pastos: “La mayoría del espacio plano de la Mesa en su parte alta está cubierto

³³ Deves Valdés (2003) plantea en su historia del pensamiento latinoamericano en el siglo XX que en el periodo comprendido entre las décadas 1950-1990 hay una primacía del paradigma del desarrollo y el proyecto modernizador.

³⁴ “El yeso es mejor conocido y no necesitamos mencionar nada sobre él consignando solamente que su explotación se realiza en mayor escala y que se está modernizando pues existen ya en la región unos cuatro bul-dozzers sustituyendo la simple pica que aún es frecuente en la mayoría de las minas; los mineros venden su producto directamente en el terreno a compradores que tienen sus camiones los cuales a su vez lo negocian en los centros mencionados arriba.”(Cabrera, 1958, 29)

de ese pasto ordinario arraigado en mechones separados dejando ver en todo tiempo, aun en invierno, la naturaleza arcillosa de los suelos coloreados, pues los pastos no forman un manto continuo ni compacto sino que la densidad de los tallos por metro cuadrado es bien reducida; sin embargo en ciertos puntos como en La Granja y Guayabal, hay porciones de potreros con otra clase de pastos más benignos.” (Cabrera, 1958, 28).

Ni siquiera el tabaco, que era el principal producto de la región a mediados del siglo pasado³⁵, representaba para el campesinado una oportunidad de acumulación de capital. Sobre esto decía Cabrera en su texto: “Da pena que tal despliegue de energía, atención y tiempo no proporcione sino muy contados pesos insuficientes las más de las veces para atender debidamente a las necesidades elementales de la vida: alimentación, albergue, vestido, esparcimiento. Las 15.000 cargas anuales que se recogen deberían dejar mayores utilidades municipales y familiares.” (Cabrera, 1958, 28)

Otros sectores, como la avicultura moderna, ya iniciaban en la región “dando origen a un renglón de buenas perspectivas económicas (ibidem, 29). Sin embargo, eran solamente dos “gallineros modernos” ubicados en La Granja y La Fuentecita. También anota la existencia de una práctica incipiente de turismo que realizaban familias de Bucaramanga que pasaban sus vacaciones en La Mesa en casas veraniegas aprovechando el “clima benigno” del lugar, pero sobre esto no señala alguna perspectiva de desarrollo local para la región, sino más bien de deterioro ambiental pues dice: “De hecho ya varias familias pasan temporadas de vacaciones y otras han construido sus casas veraniegas, pero es necesario

³⁵ Es difícil contar con cifras que describan las características de las explotaciones agropecuarias de toda La Mesa por la división administrativa del territorio. Sin embargo, las cifras del municipio de Los Santos pueden ilustrar la generalidad del uso de la tierra en el altiplano en la década de 1960. Según el censo de 1960, en Los Santos existían 1005 explotaciones agrícolas, de las cuales 909 estaban dedicadas a la agricultura (6.223.5 ha), 54 a la ganadería (2.991.1 ha), 10 a avícolas (19.3 ha) y 32 de uso mixto (1.361.3 ha). De las explotaciones agrícolas se calculaba que 1.502.8 ha estaban sembradas en tabaco y 1.245.3 en maíz, los dos productos más importantes de la región.(DANE, 1964)

que tanto las autoridades como los particulares tomen todas las providencias para corregir los factores que hemos anotado varias veces y que atentan contra el porvenir turístico de la región y contra su misma riqueza” (ibídem, 29).

En general, el geógrafo encuentra una región de “condiciones difíciles”, de “gentes sumamente pobres”, de zonas donde la “pobreza agrícola es impresionante”, donde apenas se “logra arrancar a la tierra lo indispensable para subsistir” (ibídem, 27).

Las zonas áridas y semiáridas del país han sido vistas como lugares hostiles, desérticos e improductivos. Un informe de la Unesco de 1963 que destinó recursos para investigar y documentar los recursos naturales de las zonas áridas de Colombia expone claramente el imaginario que existía sobre estos territorios al describirlos como “tierras muertas de Colombia” que, como se lee literalmente, “esperan la aplicación de la ciencia y la técnica para su rehabilitación en pro de la economía nacional” (Molano Campuzano, 1964, 2).

Para Pedro Cunill, esta percepción de los ecosistemas secos de los Andes latinoamericanos refleja los prejuicios coloniales que marginaron estas regiones, configurando la idea de ‘espacios vacíos’ y ‘zonas de frontera’ que hizo comprensible la quebrada y diversa geografía andina a los invasores, en detrimento del conocimiento sobre estos lugares que tenían las comunidades que se adaptaron a sus extremas condiciones (Cunill, 2014).

En el caso de la región donde se encuentra La Mesa de Los Santos, la investigación de Ardila Luna sobre el paisaje colonial muestra cómo, con el avance de la colonia y la reducción del número de indígenas habitando lo que era el territorio Guane, también

empezó a acunarse la idea de este territorio como un lugar de difícil acceso y peligrosos caminos que, por ejemplo, el visitador Lesmes de Espinosa evitó a inicios del siglo XVII (Ardila Luna, 2010, 48). También es interesante anotar las luchas, descritas por la investigadora, que dieron los indígenas entre 1635 y 1778 para que se les adjudicaran mejores tierras en diferentes pueblos del territorio guane, donde es evidente el contraste en las maneras de percibir el paisaje por parte de los españoles –que veían en las tierras llanas potencial de fertilidad y habitabilidad– y los indígenas, para quienes "las tierras fértiles de tierra caliente son las de los montes, las cañadas y bertientes (sic) a ríos" como se lee en uno de los documentos coloniales citados por Ardila Luna (2010, 62). Aún más interesante es el paralelo que se puede hacer entre la concepción guane del siglo XVII y XVIII de las tierras fértiles y la de los campesinos del siglo XX, que como expliqué en el capítulo 2, también preferían las tierras de ladera que las de planicie.

Estas diferentes concepciones del territorio abren preguntas que pueden llevar a nuevos caminos de investigación. Por lo pronto, lo que me interesa hacer notar es la diversidad de formas en las que se percibe el territorio de acuerdo con las experiencias históricas y los imaginarios sociales que se construyen sobre estos. En el caso de La Mesa, las características bioclimáticas de la región eran vistas como un "obstáculo" para la consolidación de un sector agropecuario que favoreciera la acumulación y el crecimiento económico. Además, desde que el tramo entre Aratoca y Curos de la vía nacional a Bogotá se terminó de construir en 1934 (Informe general sobre la Carretera del Noreste, 1936) reemplazando el antiguo *camino real* que pasaba por Los Santos para cruzar el río Chicamocha a la altura de Jordán Sube, La Mesa, junto con las demás estaciones del camino, quedaron relegadas al olvido y prácticamente aisladas. El altiplano era entonces

una región marginal del desarrollo regional a pesar de su cercanía con la capital del departamento. Esta valoración de la tierra fue consolidando la idea de que las tierras de La Mesa tenían poco valor.

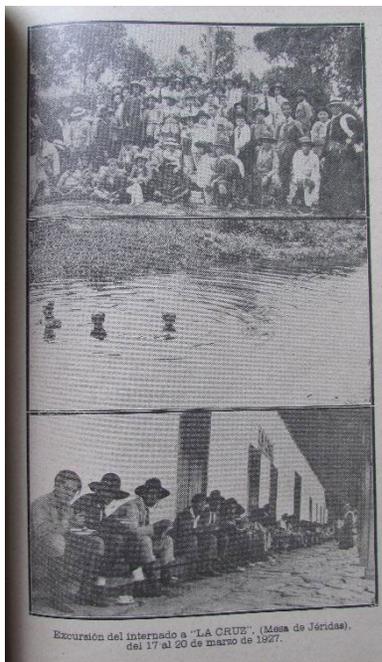
“La tierra aquí no valía nada”, repiten muchos de los habitantes más antiguos que tenían tierras en la planicie. En una de las entrevistas publicadas en *Eutopía: réquiem por un sueño* (Hernández Torres, 2003), Samuel Arenas (personaje muy conocido en La Mesa que inspiró la novela “El Santero” de Gonzalo España), decía sobre esa percepción que se acunó sobre el altiplano:

"En esas épocas llovía bastante, había noches de lluvia de nunca acabar; es decir, que era hermosísimo porque, yo lo recuerdo... Luego, en las mañanas, salir a caballo a buscar el ganado en medio de semejantes sabanas llenas de agua y chapuzando agua para todos lados y esperando que vinieran los famosos patos canadienses...; pero era una región en que la gente consideraba que la tierra no servía para nada ni valía nada; a nosotros nos enseñaron que eso no valía nada, al punto de que nosotros, en la finca de mi papá, llevábamos la yuca a Los Santos a vender y no la compraban porque era mesana, y tampoco nos compraban la naranja, y para poder vender la naranja nuestra nos tocaba mezclarla con naranja que traían de La Purnia, porque lo de la Mesa no servía para nada; es decir, se consideraba que esa tierra era lo más malo del mundo, que solamente era buen clima y pare de contar." (2003, 67).

He escuchado varias historias de cómo campesinos dueños de grandes extensiones de tierra en la planicie perdieron sus tierras planas en juegos de azar, o historias de personas que cambiaron lotes en las sabanas (que hoy valen millones por metro cuadrado) por un revolver³⁶.

³⁶ Esta es la historia que cuenta el periodista Manuel Hernández Torres sobre su papá: “Hay muchas cosas de qué hablar: cómo era La Mesa cuando papá cambió un lote de terreno por un revólver, en el año cincuenta; cómo fue cambiando el paisaje al influjo de los colonizadores, para hacer de la sabana pelada las tierras arborizadas y de cultivo de hoy, de la limpieza virginal la máscara de contaminación que hoy horroriza, de la carretera de tierra, la ruta pavimentada de hoy que tanto alegra como asusta.” ((Hernández Torres, 2003, 15)

Las tierras valiosas para el campesinado se encontraban en las vertientes, en las laderas, a donde corrían las quebradas y los caminos. En cambio, los nuevos empresarios pusieron sus ojos en las sabanas y valles de poca profundidad del altiplano. En una entrevista que le hicieron a Leonidas Gómez Gómez, empresario gestor del proyecto de parcelaciones suburbanas Acuarela, ejecutado en 1983, describía el predio que compró en la vereda El Carrizal en una subasta de la Caja Agraria como “... un desierto, esto no tenía agua, en esa tierra no se producía nada, ni siquiera ganadería, era una paja brava que no sostenía nada” (Gómez Gómez, 2016). Pese al poco valor de sus tierras, el ecosistema seco y de altura de La Mesa siempre ha sido considerado por sus visitantes como un clima “benigno” para el ser humano. En la primera mitad del siglo XX la Hacienda La Cruz en Los Cacaos era el destino de retiro de la élite bumanguesa que estudiaba en el Colegio San Pedro Claver.



Excursión del internado a "LA CRUZ". (Mesa de Jéridas).
del 17 al 20 de marzo de 1927.

23 Anuario del Colegio San Pedro Claver 1927.

Sumado al atractivo clima, el bajo costo de la tierra atrajo a los primeros empresarios bumanguenses que alrededor de los años 70 empezaron a comprar las grandes extensiones de tierras que se encontraban en las planicies, dedicadas en su mayoría a la ganadería o a la cría de mulares para transportar la cosecha. En el diagnóstico realizado por la UIS (1982) para esa pequeña porción del altiplano (el más plano y más húmedo), se concluía que el 66.7% de los propietarios adquirieron su propiedad hacía menos de 10 años (Universidad de Santander, 1982, 16)³⁷, lo que evidencia un claro proceso de cambio en la tenencia de la tierra en un corto periodo de tiempo.

Con la llegada de nuevos propietarios con proyectos de parcelaciones suburbanas y empresarios que financiaron ambiciosos proyectos agropecuarios inspirados en la “revolución verde” norteamericana, se hizo necesaria la producción de un paisaje que permitiera concentrar el agua para sostener los sembradíos de pastos mejorados y jardines, junto con la producción de ganados, aves y huevos.

Este proceso implicó la planeación de infraestructuras que reconfiguraran el flujo del agua para acumular grandes masas de humedad que sostuvieran el reverdecimiento del “desierto”. Los embalses o lagos fueron la primera avanzada de este proceso de cambio del paisaje en los ochenta y noventa; luego, cuando la acumulación superó las capacidades del territorio para recargar las corrientes superficiales, llegaron las perforaciones profundas (después del 2000), y en los últimos 15 años han sido los carrotanques, las infraestructuras móviles (Quiroga Manrique, 2019) que suben el agua del río Manco desde una altura de 800 metros a los 1700.

³⁷ Sobre esta historia reciente vale la pena realizar un trabajo minucioso de archivo que permita analizar la tenencia de la tierra en la región a lo largo del siglo XX con el fin de clarificar cómo se dio este proceso. Esta visión en profundidad permitiría también esclarecer algunas dudas que surgen sobre la extensión de las tierras de las laderas en comparación con las de la planicie. Son líneas de investigación que quedan abiertas, pues por lo pronto cuento con los registros documentales de algunos textos y la memoria de las personas con las que he podido conversar.

3.2 La construcción de la vía

Todas estas infraestructuras del agua aliadas al paisaje desarrollista tenían una condición de posibilidad: una vía pavimentada que acortara las distancias y permitiera la aceleración del tiempo. En el “Estudio regional de La Mesa de Los Santos” hecho por la UIS por solicitud –y quizá financiado, la fuente no es clara– por la élite de empresarios que llegó a la región, se recomendaba la pavimentación y adecuación de la vía intermunicipal para acelerar lo que en el estudio se definió como un “región retardada en expansión”³⁸. Otra recomendación para cumplir este mismo objetivo fue la construcción de lagos y represas acompañada de una “evaluación global del manejo del recurso” para evitar “desbordamientos o roturas de embalses” (ibídem, 267).

Esto fue posible gracias a la creación, en 1983, del primer peaje en Colombia administrado por un privado que fue Fundemesa, la sociedad que habían conformado algunos de los empresarios que estaban invirtiendo en el desarrollo agropecuario y urbanístico en el altiplano. A propósito, el empresario y político Leonidas Gómez Gómez recordaba en una sesión plenaria de la Asamblea Departamental del 24 de abril de 2021, en medio de un debate de control político sobre la concesión del peaje La Punta:

“El peaje de La Mesa de los Santos fue el primer peaje privado de Colombia.[...] La Mesa de los Santos era considerada hace 40 años, como una de las zonas desérticas de Colombia, junto con La Guajira y El Desierto de la Tatacoa, en donde las tierras no valían nada. Pero habíamos algunos empresarios que habíamos adquirido estas tierras a muy bajos precios y que queríamos hacer algunos desarrollos y que teníamos la preocupación de la carretera, y que como no había nada importante en La Mesa de Los Santos, pues el Estado

³⁸ Lo que definen exactamente como: “aquella que muestra signos de mejoramiento en su sistema productivo, pero a un ritmo inferior al que debería ser si sus condiciones de crecimiento estuvieran presentes en forma normal.”(Universidad de Santander, 1982, 11)

no nos iba a ayudar a pavimentar la carretera, entonces necesitábamos el peaje para hacerlo por nuestros propios recursos.” (Asamblea Departamental de Santander, 2021)

Además de ser la condición de posibilidad que desencadenó la producción de ese paisaje infraestructural del agua en el altiplano, la historia de la manera en que fue posible la pavimentación de la vía Curos – La Mesa evidencia la marginalidad de la acción del Estado y las instituciones públicas en el proceso de planeación y gestión del territorio, y la preminencia de una élite empresarial y política que enarboló las banderas del progreso en la década del 80.

Es interesante reconocer cómo este escenario propició la emergencia de esos personajes tan vigentes en la política local, empresarios carismáticos que, en el proceso de amasar su fortuna –generalmente vinculada al desarrollo urbano o suburbano– se convirtieron en líderes políticos y estandartes del desarrollo. El señor Zoilo Santamaría, dos veces alcalde del municipio de Piedecuesta, fue inmortalizado en un monumento frente al peaje de la punta con un busto en honor a su legado de modernización de la vía. Leonidas Gómez Gómez, hoy retirado de la política, intentó dos veces ser gobernador de Santander.

Como es de suponer, los empresarios de Fundemesa privilegiaron la inversión del recaudo del peaje en la zona nororiental de La Mesa, donde se encontraban sus propiedades. En el 2004, cerca del vencimiento de la concesión que dio origen al peaje, en una noticia publicada en El Tiempo se denunciaba a Fundemesa por incumplir la promesa del desarrollo de mantener la vía principal al municipio de Los Santos. En la noticia se lee: “El Mandatario justificó el no prorrogarle la concesión a la Fundación en las quejas que ha recibido tanto de las autoridades de Los Santos como de campesinos en el sentido de que

Fundemesa presuntamente sesgó el mantenimiento de la vía a favor de los complejos turísticos que allí existen, como también de un sector agroindustrial" (Monsalve, 2004).

Desde entonces la concesión pasó a manos de Construvicol S.A, recientemente denunciados por una veeduría ciudadana del municipio de Los Santos que nació durante el paro del 2020 porque tampoco realizaban labores de mantenimiento al último tramo de la vía que comunica con el municipio de Los Santos, donde hay menos complejos turísticos, condominios y avícolas (Entrevista a Darly Mendoza, joven figura política que lidera la veeduría ciudadana por el peaje). En resumen, el debate del peaje hasta el día de hoy se ha convertido en una pugna entre diferentes sectores del poder político regional por el recaudo del dinero que ha dejado siempre al margen a la comunidad campesina. Todo esto ilustra cómo este proceso de territorialización basado en el desarrollo de proyectos privados ha ido restando poder de gestión territorial al campesinado a la vez que edifica una geografía desigual, que ha segregado a las laderas y las planicies de menor altitud donde se desenvuelve la vida campesina.

3.3 La aparición de los lagos y los cercamientos

En La Mesa había jagüeyes, quebradas, nacimientos, "lodazales", bajos que se inundaban en tiempo de invierno; algunos permanecían con agua durante el tiempo seco y se les llamaba *champas*³⁹. Hubo lagunas o lagunetas⁴⁰, pozos, charcas, cascadas, pero no había lagos. En el "Diccionario de datos de hidrología superficial" se define la palabra lago

³⁹ Una muy importante era "La Champa" ubicada en el Espinal bajo que, hasta mediados del siglo pasado, abasteció a las familias campesinas de las veredas bajas de La Mesa que no tenían nacimientos ni quebradas cercanas donde recoger agua.

⁴⁰ En la crónica de Juan de Castellanos se menciona un lugar llamado Lagunetas por el costado sur occidental de La Mesa de Los Santos, ruta por la que llegaron las tropas de Martín Galeano. Es probable que se refiera a la vereda conocida como "La Laguna" que queda en esta región de La Mesa. En la memoria de las personas más adultas también se recuerda todavía la existencia de una laguna en Los Teres que se secó.

como “masa de agua continental de considerable extensión, rodeada de tierra, el agua puede ser dulce o salada” (2001, 22).

Los lagos en La Mesa son grandes contenedores de agua donde se juntan corrientes superficiales. A diferencia de los jagüeyes destinados a reservar o *aparar* el agua lluvia en tiempo de invierno, los lagos recogen aguas superficiales en bajos de poco drenaje modificando el curso de las quebradas. Por esta razón, los lagos ocupan una mayor área que los jagüeyes y, aunque sus aguas disminuyen en los años de fuerte sequía, desde que se construyeron nunca se han secado.

A diferencia de las champas y las charcas, los lagos tienen una forma clara y delineada; sus bordes son líneas casi perfectas que trazan lo que está debajo del agua y lo que no. Los lagos en La Mesa ordenan el agua, la separan de la vegetación y la tierra que está toda entreverada en la champa. Sus orillas siempre están podadas, la paja macana y las hierbas del altiplano no crecen en su interior, en sus límites crece la brachiaria (*Urochloa decumbens*), la gordura (*Melinis minutiflora*) y el pángola (*Digitaria eriantha*), pastos mejorados de origen africano, resistentes a la sequía y al pisoteo del ganado que fueron introducidos a Colombia desde el siglo XIX y lograron su expansión después de los años 70 (Carrizosa et al., 2001)⁴¹.

Los lagos así no existían en La Mesa; fueron construidos modificando las lomas, tumbando los pequeños bosques riparios y domesticando las aguas que caían por las vertientes irrigando las laderas de Bosque Seco Tropical. Con la retroexcavadora se cavó en los bajos que se encharcaban en tiempo de invierno, se condujeron las aguas de quebradas

⁴¹ La ganadería en Santander en el siglo XIX fue desapareciendo por el auge de la pequeña propiedad agrícola y la manufactura (Carrizosa et al., 2001). Pierre Raymond describe a finales de la década del 80 la expansión de la ganadería y la siembra de pastos mejorados en Charalá, que en ese entonces tendían a reemplazar los cultivos de caña y tabaco (Raymond, 1997).

por zanjas creando nuevos cauces y el buldócer removió la tierra para levantar muros de esa misma tierra arcillosa que se encontraba en la planicie cortando el flujo del agua.

En el documento “Estudio de la región de La Mesa de Los Santos” describen el proceso de construcción de uno de estos lagos que por la década del ochenta estaba en desarrollo:

“El terraplén de la presa se está construyendo en tierra extraída de las laderas circundantes, las que son de material arcillosos impermeable. La corona del terraplén será carretable con un ancho de banca de 5 metros. El núcleo de arcilla se está compactando con una densidad del 90 al 95% estándar, con capas de 30 a 40 cm de espesor utilizando compactador de llantas neumáticas. El cuerpo de la presa tendrá un revestimiento de roca para evitar la erosión por lavado, y un canal de desagüe en concreto de 1.5 m de ancho. El volúmen total de movimiento de tierra es de 20.000 metros cúbico aproximadamente, y tiene, actualmente un rendimiento de 800 m³ por día. El tiempo estimado para la realización de la obra es de 3 meses, y se está empleando el siguiente personal y maquinaria: 7 personas, 1 buldócer, 1 cargador, 1 retro excavador, 1 compactador de llantas neumáticas, 4 volquetas de 3,50 metros cúbicos de capacidad.” (UIS, 1982, 234)

En las champas, donde crecían hierbas acostumbradas a los terrenos *champosos* o húmedos, se removió la paja macana (*Andropogon bicornis*), los helechales (*Blechnum*) y otras hierbas como la *Scleria cyperina* que habitan los humedales (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017) para limpiar la maleza, esas hierbas inútiles para el engorde de los animales, y dejar un llano espejo de agua. Una mujer de la vereda Paso Chico me contaba que su papá trabajo en la “limpieza” de la hierba del lago del Club Campestre; con canoas extraían las hierbas que quedaron sumergidas en el lago para formar el espejo de agua. En este sentido, los lagos de La Mesa son “embalses o lagos artificiales” formados por un dique que contiene las aguas. Pero a diferencia de los embalses que se describen en

diccionarios de geografía e hidrología, éstos lagos/embalses no dejan pasar el agua lentamente, sino que la retienen y buscan no dejarla escapar.

“Las champas ya son leyenda. Antes toda La Mesa estaba llena de humedales. Ahí en El Guayabal, eso era todo un humedal. Todavía se inunda cuando llueve. [...]Algunas champas eran los mismos nacimientos de las quebradas. Como era un terreno más hondito fue ahí donde hicieron los lagos para que el agua permaneciera.” (Participación durante el taller de cartografía social del agua, 2022)

El primer de estos lagos fue la presa Luna de Miel, construida en la década del 60 por un comerciante e industrial bumangués llamado Alfonso Silva, propietario de una lujosa mansión de descanso en una hacienda de cría de caballos de paso fino en la vereda Los Cacaos⁴². El lago se hizo en el valle donde nacía la quebrada Macanas, llamada así por las lomas de paja macana que poblaban el altiplano ondulado de sabanas y bosques achaparrados (Camargo Ponce de León & Agudelo-Álvarez, 2017). La Macana era útil para el campesino; se usaba para techar casas y ramales, además, entre los campesinos es sabido que resguarda en sus raíces la humedad de la tierra. Donde hay largas varas de macana hay aguas cerca de la superficie.

La quebrada Macana era una afluyente que corría en dirección norte-sur hacia la quebrada La Honda, que en el borde occidental de la planicie forma el famoso salto del Duende. Don Fidel recuerda que antes del embalse el lugar era una hoya algo boscosa, la más profunda de este lado del altiplano.

Cuando el embalse se construyó, al menos 3 familias de la región donaron parte de sus predios para la construcción del lago, lo que obligó, por lo menos en sus primeros 10 años, al uso colectivo del embalse. Don Fidel me cuenta que siendo joven se bañó y pescó

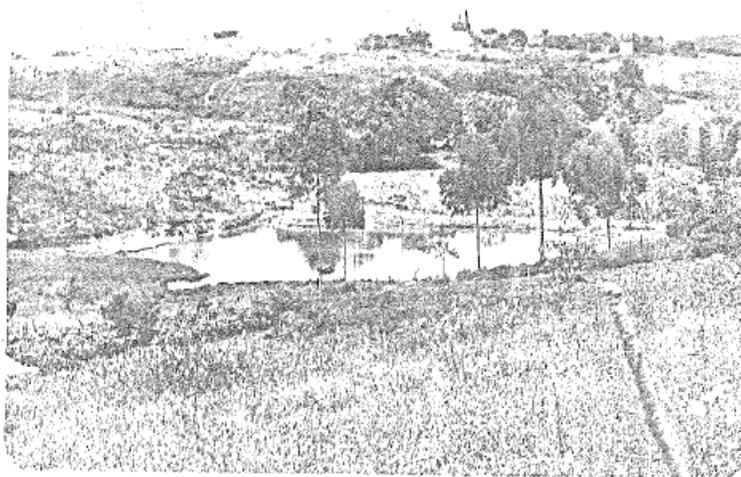
⁴² Hacienda Villa Alicia y El Cortijo como se lee en el estudio de la UIS (1984, 234)

muchas veces en él. Fue en los años 70 que se privatizó, cuando el predio fue comprado por los Galvis, una familia de intelectuales, empresarios y políticos liberales dueños y fundadores del periódico Vanguardia Liberal (Hoy Vanguardia). Con los nuevos dueños, los acuerdos de palabra perdieron vigencia y los campesinos se fueron acomodando a la nueva disposición del espacio que se fue estableciendo. Se construyeron cercas, se sembraron eucaliptos y se explanaron potreros radiales para construir una de las granjas lecheras más tecnificadas de la época con la vigilancia permanente de Convivir Fundamesa, una empresa privada que los empresarios habían traído con el peaje y que materializó en el monopolio de la violencia la llegada del nuevo poder hídrico⁴³. En el lago se sembraron alevinos del pez tucunaré y tilapias que en ese entonces impulsaban el Ministerio de Agricultura y la Caja Agraria (UIS, 1982, 224). Como el administrador era de la región, las familias campesinas lograban evadir la privatización del lago para ir a pescar. Con el deseo de afirmar la pertenencia y privatización del lago, la gente dice que los Galvis trajeron animales peligrosos de la región del Magdalena Medio al frío lago de La Mesa; un caimán y una boa que don Fidel conoce como “güio” sembraron el miedo al lago y así la gente dejó de entrar a pescar en las aguas robadas a la quebrada Macana.

⁴³ Esta cooperativa de seguridad fue financiada con el recaudo del peaje cuando Fundamesa lo administró (Hernández Torres, 2003) Además de vigilar la vía, prestó servicios seguridad a las empresas avícolas y condominios que se fueron construyendo durante la década del 80 y el 90. La información que se consigue sobre la cooperativa convivir de La Mesa es realmente muy escasa, valdría la pena profundizar en su accionar en la región.



La hechura de lagos o presa ha sido una de las formas de manejo de aguas con resultados de buenos rendimientos para la producción regional.



24 Fotografías de la presa Luna de Miel tomadas del "Estudio de la región de La Mesa de Los Santos" (UIS, 1982)

Hasta el año 82, cuando se publicó el estudio realizado por la UIS, este lago era el único en su tipo en el altiplano. En el documento se describe como un embalse de 131.440 metros cuadrados con una capacidad de 401.000 metros cúbicos de agua. Se había construido con un terraplén en tierra con “base y núcleo de arcilla impermeable”, que se conseguía en abundancia en el área (1982, 223). Transcribo un fragmento del documento en el que se define la utilidad y pertinencia:

“La construcción de la presa regulariza las aguas de la quebrada Las Macanas, que asegura una fuente de suministro de riego para la región, que está sembrada de pastos y aprovechada para pastoreo y forraje de ganado. También se está llevando a cabo las siembras del pez tilapia, en el embalse con el fin de asegurar alimento al pez tucunaré de cuyo cultivo han adelantado campañas de fomento tanto en la Caja Agraria como en el Ministerio de Agricultura. [...] Este proyecto piloto de riego y siembra de peces para la rehabilitación de tierras en La Mesa de Los Santos se ha programado una vez efectuadas las debidas investigaciones agrológicas e hidrológicas, y ejecutados experimentos de cultivos de pastos. Se han logrado cultivar por medio de riego por bombeo desde cisternas pastos pangola y elefante con éxito inesperado, y se efectuó un ensayo de fertilización a diferentes intensidades en coordinación con abocol de Cartagena(Universidad de Santander, 1982, 224-225)

En un ecosistema árido como el de la región la presa permitía superar los obstáculos del clima, saltarse los lentos ciclos de recarga del ecosistema y guardar enormes cantidades de agua que se requerían para “reverdecer el pajonal” y construir ese paisaje del desarrollo deseado por las élites urbanas bumanguesas, el paraíso terrenal, como lo llamaban las personas de esta generación según el testimonio de Manuel Hernández Prada en su libro (Hernández Torres, 2003, 14).

Con el soporte técnico científico para el desarrollo que imprimía el documento de la UIS, los embalses de este tipo se convirtieron en esas infraestructuras hidráulicas del territorio hidrosocial desarrollista que permitieron “regularizar” las aguas para lograr “la rehabilitación de las tierras” de La Mesa en la porción más plana y más húmeda, donde nacían las quebradas. En el documento ya se anunciaba la construcción de un embalse de mayores proporciones en el sector conocido como El Madroño, propiedad de Zoilo Santamaría, donde se represaron las aguas de la quebrada Los Cacaos que caía a la vereda La Cabrera. Así fueron apareciendo embalses en diferentes partes de la región nororiental y los dos lagos más grandes que hoy en día tiene La Mesa de los Santos: El lago del Club

Náutico Acuarela construido en 1983, que represó las aguas de la quebrada Las Lajas que caía a la región campesina de La Purnia, y el lago del Club Campestre Casa de Campo, hecho en 1987 para represar las aguas de la quebrada Chinavega que caía a la región campesina de La Cabrera.

3.3.1 El aporte de las avícolas al reverdecimiento del pajonal



25 Incubadora Santander, 2021.

El segundo ingrediente para construir el paraíso terrenal en La Mesa fue la gallinaza, aportada por las avícolas que se fueron multiplicando a la par que los lagos durante toda la década del 80 y el 90 en la región nororiental. La gallinaza y el agua permitieron la siembra de pastos mejorados que cubrieran de verde las lomas antes grises por las pajas nativas. En el 2008, Alejandro Galvis comparaba sus tierras reverdecidas por

30 años de aplicación de gallinaza y pollinaza en el suelo con la fertilidad de la Sabana de Bogotá⁴⁴.

Además, la gallinaza también favoreció la siembra de las barreras de bosques de pinos y eucaliptos que constituyeron proyectos de reforestación impulsados por las avícolas principalmente, que obtuvieron los árboles gracias a la alianza que la CDMB tenía con una corporación canadiense.⁴⁵

Frente al papel de la industria avícola en el proceso de creación del paisaje desarrollista en La Mesa, quisiera profundizar en las expectativas y promesas que trajo el desarrollo desde la experiencia particular de las familias campesinas de la vereda La Cabrera.

En la década del 90, el señor Enrique Muñoz, empresario bumangués hijo del Mayor Diego Muñoz, accionista fundador de la Incubadora Santander en 1962 (Palomino Roa, 2012), compró una finca al borde de La Mesa donde Los Cacaos limita con La Cabrera para desarrollar la ampliación del proyecto agroindustrial que había heredado de su padre. Por esa época, la empresa santandereana se había integrado al grupo ISSA, integrado por Agropecuaria Latinoamericana S.A., Frigorífico Vijagual S.A., Operagro, Alimentos Balanceados del Lago, e Incubadora Santander S.A., lo que significó un crecimiento en la

⁴⁴ La cita completa es esta: 'Durante muchos años hemos aplicado gallinaza y pollinaza al suelo, lo que hoy nos permite tener una capa vegetal óptima (14% de materia orgánica), que tras efectuar análisis de suelos nos deja fijar una alta proteína en las pasturas. Lo anterior se traduce en una fertilidad similar a cualquier predio de la Sabana de Bogota', (Vanguardia Liberal, 2008).

⁴⁵ De acuerdo con un funcionario de la CDMB con el que conversé a comienzos del 2023, la siembra de eucaliptos fue impulsada en todo Santander durante la década del 80 por una alianza que la corporación hizo con una agencia canadiense. Aunque para la época la CDMB se limitaba a la meseta de Bucaramanga, y sólo sería hasta la Ley 99 de 1993, cuando se reglamentó la creación de las corporaciones ambientales regionales, que Piedecuesta se anexaría a la jurisdicción de la CDMB, la disponibilidad de semilla de eucalipto, y en parte la moda que se creó alrededor de su cultivo por su rápido crecimiento, hizo que las élites reprodujeran el modelo institucional de la corporación en territorios al margen de la acción institucional como La Mesa de los Santos (conversación personal con funcionario de la CDMB, 2023). Es interesante nuevamente que a diferencia de otros ecosistemas donde fueron las instituciones estatales las que promovieron la siembra, en el caso de La Mesa fue la inversión privada la que llevó a cabo este cambio. Sobre estos procesos institucionales de cambio ambiental no existe bibliografía académica en la cual apoyarse: es evidente que hay un enorme saldo de la historia ambiental del departamento que es importante señalar.

producción de huevos basado en la tecnificación de sus instalaciones. En una tesis de grado del 2012 sobre el desarrollo del plan comercial de la Granja Bellavista que queda en La Cabrera, se menciona una capacidad de 1.8 millones de ponedoras por granja (Palomino Roa, 2012).

Si bien las personas de La Cabrera no conocían en detalle los planes de la empresa, para los años 90 Incubadora Santander era una de las empresas agropecuarias más importantes de Santander, de manera que su llegada generó una expectativa alta entre las familias campesinas que vivían a media ladera a uno o dos kilómetros del predio adquirido por la familia Muñoz. Los hijos de don Esteban Vargas y Berta Almeida comenzaron a construir sus casas en la parte alta de la vereda, muy cerca de la planicie en donde ya empezaban obras de explanación de la Granja Bellavista. Por una parte, estaba la expectativa de la oferta de trabajo, la mejora en la infraestructura vial y los servicios que se supone traería la empresa, y por otra, la nueva generación ya vivía en un territorio donde la ladera empezaba a verse como un lugar lejano y la planicie concentraba todas las promesas de bienestar que he mencionado antes. Por eso cinco de los hijos de la familia Vargas Almeida comenzaron a construir sus casas en la parte alta, cerca de una vía que se había adecuado sobre un antiguo camino de arriería que pasaba por la mitad del predio de la empresa. Al nuevo asentamiento se sumó uno de los hijos de la familia Roa Mendoza, que era trabajador de avícolas y también veía en la llegada de la empresa una oportunidad. De esta manera, a la vez que se construyó el complejo industrial que sería el más tecnificado y el más grande de toda La Mesa, se construyó también una concentración de parcelas campesinas que mantenían una huerta, cortes de cultivo de maracuyá, tomate o piña y algunos animales de corral.

Los cercamientos por parte de la empresa comenzaron con el camino antiguo que descendía a la ladera, como lo relata Bueno Torres en su tesis “Who owns water?” (Bueno Torres, 2019) en donde analiza el caso de La Cabrera con perspectiva de derechos humanos. Primero se cercó y se puso un portón en alambre de púas vigilado con seguridad privada con la excusa de cuidar los materiales y máquinas de la construcción, pero los campesinos lograron negociar el libre tránsito por el camino que era una servidumbre pactada de palabra desde hacía muchos años. Luego, el portón y la cerca se convirtieron en rejas de metal que rodearon el predio de la incubadora demarcando la propiedad y, cuando la empresa empezó a funcionar, el paso para los campesinos de La Cabrera quedó prohibido. Bordeando la reja dejaron un camino bastante angosto que daba contra un abismo y fue por el que a la gente de la vereda le tocó transitar cuando el candado del portón estaba cerrado.

Amparo, una de las hijas de don Esteban, me dice que su padre era terco y se metía a las malas por el portón para coger el antiguo camino. Como era un señor mayor nadie se metía con él y lo dejaban seguir. Este conflicto desencadenó un proceso legal de largo aliento contra la empresa en el que se interpuso primero una Querrela Civil que favoreció a la comunidad en los papeles, pero la solución nunca llegó: cuando fueron a tumbar el portón, los dueños de la Incubadora convencieron a la comunidad de que el portón era seguridad para la empresa, pero también para la vereda, entonces llegaron al acuerdo de que los dejarían pasar por el camino sin tumbar el portón (Ibidem, 2019).

A los pocos años, el pacto de palabra se volvió a incumplir y la empresa impidió el paso nuevamente. La comunidad se organizó para interponer una Acción Popular en el 2004 que, según ellos, fue sabotada por la empresa en complicidad con la Alcaldía de

Piedecuesta. Sin explicación alguna, la abogada que la Defensoría del Pueblo había asignado para representarles no se presentó ante el Tribunal Administrativo de Santander cuando se citó a juicio a ambas partes en agosto del 2004. Agotada por la ineficacia de las instituciones, la comunidad se organizó y convocó a todos los vecinos de la vereda, incluso los que no estaban siendo afectados por el cierre del camino, a un plantón frente al portón de la Incubadora. La manifestación se diluyó cuando el Alcalde de Piedecuesta, Raúl Cardozo Ordóñez, cercano a Zoilo Santamaría, se presentó para convencerlos de que ya no había nada que hacer, que les tocaba resignarse a caminar por la trocha que les dejaron pues no podían estar en contra de una empresa que representaba el progreso y el desarrollo de la región, como lo cuenta Feliciano, uno de los campesinos que lideró la protesta.

Finalmente, los campesinos desistieron incluso del uso de la angosta trocha que les dejaron pues se sentían amenazados por la vigilancia privada que prestaba la empresa Convivir Fundamesa que los amedrentaban con perros de seguridad y amenazas verbales (Bueno Torres, 2019). A través de la autogestión construyeron una vía alterna, mucho más costosa y riesgosa que la que tenían para solucionar la conectividad y permanecer en su territorio.⁴⁶

Con el agua pasó algo similar. Las promesas del desarrollo con la llegada de la avícola se desmoronaron rápidamente. Junto con la construcción del complejo

⁴⁶ El cercamiento de caminos es una constante en los procesos de privatización aliados al proceso de construcción de la escasez de agua en las partes bajas y laderas de La Mesa. Un caso similar le sucedió a una familia en la cuenca de la Chinavega con la empresa agropecuaria El Guamito. A pesar de que lograron defender la servidumbre que los conectaba con La Mesa durante unos años, con el tiempo la empresa usó la siembra de pinos sobre la servidumbre para marginar a la comunidad campesina y ocultar materialmente lo que era un camino demarcado. Con la sombra de los pinos y el material seco las dos familias campesinas que vivieron este atropello afirman que fue muy difícil mantener el camino. Además, el bosque les generaba miedo pues el lugar era vigilado por seguridad privada, lo que ponía en riesgo a los niños y especialmente a las niñas que usaban el camino para ir a la escuela. Finalmente, las familias desistieron de usar ese camino y se resignaron a usar el que los empresarios de El Guamito les impusieron, lo que les implicaba a los niños y las niñas que asistían a la Escuela de Los Cacaos un trayecto tres veces más largo. A pesar de que la servidumbre o camino existe en la actualidad, está en medio de potreros cercados donde permanece el ganado de la empresa El Guamito. Esta experiencia fue narrada en un taller de cartografía social realizado en el 2022 en la finca El Portachuelo, y luego fue documentada a partir de entrevistas personales.

agroindustrial, la empresa inició la construcción de cuatro diques sobre la quebrada El Platanal siguiendo el modelo que se replicaba por toda la región nororiental de La Mesa. Desde la construcción del primer dique en 1993 el agua de la quebrada se acabó junto con las bocatomas de las familias que quedaron aguas abajo. Cuando se hizo la queja directamente al señor Enrique Muñoz por medio de la junta de acción comunal, el gerente de la empresa afirmó que el lago tenía un uso comunal y que lo que ellos estaban haciendo era solucionar el problema de agua de la región, sin embargo, con el tiempo se apropiaron de estos embalses con la excusa de que no era agua de la quebrada sino aguas lluvias. Así lo cuenta Feliciano, uno de los miembros de la familia Vargas que participó en el proceso de denuncia:

La vereda se reunió, fuimos hasta el sitio y les pusimos en conocimiento que esas aguas pertenecían a la vereda. Y nos salieron con el cuento de que no nos preocupáramos porque iba a haber agua para todo mundo, dijo: “no, esto aquí a lo que se llena y coja agua, eso va a quedar agua para todos”. La gente le creyó y se dejó convencer de eso. Y esperaron a ver qué pasaba. Cuando ya empezaron a coger agua esos diques y agua no volvió a pasar, la gente volvió a reclamar. Y dijeron que no, que ellos habían construido eso y que agua eso no había. Pero que va a haber agua cuando cortan una cañada, meten máquina, destruyen todo. Dijeron que no, que eso eran aguas lluvias lo que ellos habían depositado ahí. Que ahí nunca había habido cañada. (Entrevista a Feliciano Vargas, 2019)

Finalmente, la familia Vargas solicitó una concesión de los lagos a la CDMB y a pesar de que la obtuvieron, la empresa continuó con sus abusos de poder cortando las mangueras con las que las familias llevaban el agua a sus predios. Sin embargo, a los pocos años, el agua se contaminó por la falta de un plan de manejo adecuado de residuos en la empresa y los campesinos desistieron del uso de los lagos que represaron la quebrada. Con las aguas de la microcuenca de El Platanal contaminadas, también se contaminaron los

acuíferos de la parte alta y en la actualidad los vecinos de la empresa tienen que traer el agua de una distancia a más de 4 kilómetros de su casa.



26 Rotura de dique del cuarto lago. Fotografía tomada del "Informe Quebrada El Platana" realizado por la CDMB en el 2011

Después de la avalancha sucedida en 2011 producto de la rotura del último dique de la empresa Incubadora Santander, salió a la luz la inexistencia de estudios previos, permisos de ocupación de cauce o concesión de aguas otorgadas por la CDMB a la empresa, lo que evidenció la informalidad de todo el proceso de construcción de los diques. Como lo había advertido el estudio realizado por la UIS, la generalización de los embalses en La Mesa exigía “una evaluación global del manejo, de este recurso, puesto que [...] puede alterar la conducción natural y producir efectos que conllevan a peligros inminentes de desbordamientos o rotura de embalses cuyos efectos se pueden traducir en tragedias para las zonas bajas de la Mesa.” (UIS, 1982, 262) Los hechos demuestran que estos estudios nunca

se hicieron, y a pesar de que la avalancha generó un revuelo en la opinión pública, una orden de desmonte de los diques⁴⁷ y una demanda por parte de algunos afectados que no ha llegado a término –y parece estar enmarañada en un proceso de corrupción que ha afectado principalmente el tejido social de La Cabrera–, los otros tres diques de la empresa siguen intactos sobre una de las muchas fallas geológicas que forman el altiplano, poniendo en riesgo al día de hoy a la población de La Cabrera que sigue viviendo en su territorio. Estos hechos han implicado una sistemática violación de derechos fundamentales relacionados con el derecho al agua, como el derecho a la salud, el derecho a la alimentación, el derecho al trabajo y el derecho al ambiente, lo que ha puesto en riesgo varios aspectos fundamentales para el desarrollo social y económico de la población y la preservación de su cultura campesina (Bueno Torres, 2019).

La historia de la aparición de los lagos y el avance de la privatización de bienes comunes como el agua y las servidumbres (predios cuya utilidad han sido por tradición de una colectividad), al reconfigurar el paisaje para concentrar el agua en un sector y secando las laderas produciendo la escasez, quebró esa red de conexiones hídricas que caracterizaba al territorio hidrosocial campesino. Como expliqué, este proceso se realizó ejerciendo una violencia no directa, creando espacios de miedo (los animales peligrosos del lago, el bosque oscuro de pinos, la angosta trocha de abismos) que buscaron borrar la conexión entre la planicie y la ladera, segregando esta última al privatizar caminos y quebradas, impidiendo

⁴⁷ En el informe de la visita a la vereda La Cabrera por parte de la CDMB el 16 de agosto del 2011, meses después de la avalancha, se explicita: “Teniendo en cuenta la magnitud de la afectación ambiental y ante la presencia de un nuevo suceso en la zona, se hace necesaria la estabilización de los taludes afectados, como suspender definitivamente el lago No. 3, y que se ejecuten trabajos de limpieza y eliminar el terraplén, hasta la franja que determina su ancho, que es al parecer el cauce natural de la quebrada. Estos trabajos es para ejecutar a corto plazo, ya que el movimiento se encuentra activo, compuesto de finos (arcilla), retenedor de agua y totalmente suelto, que puede desprenderse fácilmente y activarse nuevamente la remoción en masa.” (CDMB, 2011)

tanto los flujos humanos como los de agua. Esto ha profundizado una desigualdad geográfica que ha marginado al campesinado de La Cabrera.

Frente a esto, las autoridades ambientales y las instituciones se han mostrado poco efectivas en la impartición de una justicia, lo que profundiza la injusticia ambiental e hídrica.

Es importante aclarar que no todos los diques que se construyeron en La Mesa de Los Santos en este periodo han sido producto de procesos de privatización de los bienes comunes como los que he descrito en la vereda Los Cacaos. Por ejemplo, el caso del dique en la Quebrada La Cañada fue producto de un proceso de autoconstrucción apoyado por instituciones estatales para ampliar el acceso al agua en beneficio de sectores campesinos rurales del municipio de Los Santos. De allí nació el Acueducto de La Cañada que beneficia a pequeños acueductos veredales de lugares como La Peña, El Pozo, El Garbanzal y Los Teres, entre otras. Existen otros cinco acueductos de origen similar que valdría la pena estudiar comparativamente.

No obstante, la década del 80 estableció una lógica de mercantilización de los recursos donde el agua es entendida como un bien que favorece la capitalización de excedentes en el mercado de tierras que impuso el deseo de urbanizar la región y construir una industria agropecuaria eficiente y productiva. Feliciano, en uno de los talleres de cartografía social realizados describe esta situación de injusticia de la siguiente manera: "El mundo lo controla es el que tiene el dinero. Las magias del dinero mueven el mundo. Al campo, al campesino si lo quieren sacar lo sacan, lo corren y listo. No tenemos ni voz ni voto. Es una pelea desigual." (Participación en el Taller de Cartografía social del agua, 2022).

En los primeros años de la década del 2000 esto ya era evidente incluso para el mismo grupo social que quiso construir ese paraíso terrenal en La Mesa. Sobre la decepción de esta promesa del desarrollo, el periodista Manuel Hernández Torres escribe lo siguiente:

“Esta tierra de Eutopía que traduce "en el mejor lugar" se convirtió en motivo de disputa de quienes quieren hacerse ricos con la especulación de la tierra, que no se paran en mientes para hacer sus negocios y que, lamentablemente, no parecen contar con la adecuada vigilancia de las autoridades. Este "mejor lugar", que podría servir como modelo para otros parajes de Colombia, es hoy el centro de una actividad que no siempre podría recibir el calificativo de responsable, aunque sí extremadamente productiva: en será más cara que en el sector más exclusivo de cualquier ciudad de Colombia.” (Hernández Torres, 2003, 9)

3.4 El agua que fluye hacia arriba: construcción de pozos perforados

Si los lagos y embalses que desecaron los cauces de las quebradas en las décadas de 1980 y 1990 definieron las condiciones para que se desarrollara un proceso de acumulación de riqueza en la planicie con base en la privatización de los bienes comunes, los pozos perforados, que se multiplicaron a partir de 2000 en una carrera hacia las profundidades de la tierra por alcanzar los acuíferos subterráneos, son las infraestructuras hidráulicas que han acelerado la concentración de las aguas en la parte plana, acentuando la escasez en las laderas y planicies bajas de La Mesa al afectar los nacimientos a un punto difícil de revertir.

Recientemente, una tesis de ingeniería civil donde se analizó el estado de 11 aljibes y 2 pozos perforados documentados en un trabajo de campo realizado en el 2007 por Ingeominas (2009), concluía que 9 de los 13 puntos estudiados (entre pozos, aljibes⁴⁸ y manantiales) presentan abatimiento, lo que es signo de la sobreexplotación de los acuíferos que señala que el nivel freático ha disminuido; es decir, que las aguas se han profundizado

⁴⁸ El estudio utiliza la conceptualización propuesta por Ingeominas (2007) donde definen aljibes como “perforaciones poco profundas, hechas de forma manual, generalmente revestidas de ladrillo destinadas para almacenar agua de nivel freático” (Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022, 17).

(Roenes Mejía & Peña La Rotta, 2022). Una vez el nivel freático desciende, la capacidad de recarga para lograr el nivel de agua perdido requiere de largos periodos de tiempo.

La introducción de nuevas tecnologías de bombeo y maquinarias para facilitar el acceso de aguas profundas, popularizadas en diferentes regiones áridas y semiáridas del mundo con la expansión de la “revolución verde” de los años 70, ha demostrado que la reversión del déficit de agua por años de sobreexplotación de los acuíferos subterráneos toma mucho más tiempo que en el caso de las aguas superficiales, haciendo que el impacto sea muchas veces irreversible (Cariño Olvera, Maya, Wurl, Urciaga, & Breceda, 2012; Valderrama, 2017; Wester & Hoogesteger, 2011). Los efectos de esta sobreexplotación de los acuíferos van a tocar no sólo a los campesinos, sino también a los nuevos residentes de la planicie que no puedan competir con la industria avícola y los lujosos proyectos suburbanos en esa carrera por lograr acuíferos de mayor profundidad.

De esto se deduce la importancia de empezar a observar lo que está sucediendo con las aguas que no vemos en la planicie, pero que son fundamentales para los afloramientos de agua de las laderas campesinas. Sin embargo, el estudio del uso intensivo de las aguas subterráneas y su incidencia en procesos de despojo y concentración del agua presenta enormes retos, precisamente porque es muy difícil de rastrear y ver sus impactos a tiempo real; en este sentido es una forma difusa e invisible de despojo de agua (Wester & Hoogesteger, 2011).

A partir del 2000, los pozos se multiplicaron y se hicieron cada vez más profundos. Los 50 pozos documentados por Ingeominas en el inventario del 2007 se hicieron entre 1999 y el 2007 y se concentran en la parte nororiental. De estos, el 28% tienen una profundidad mayor de 80 metros. Es de esperar que muchos pozos informales no hayan

quedado registrados en el inventario, precisamente por la facilidad de esta infraestructura de evadir controles.

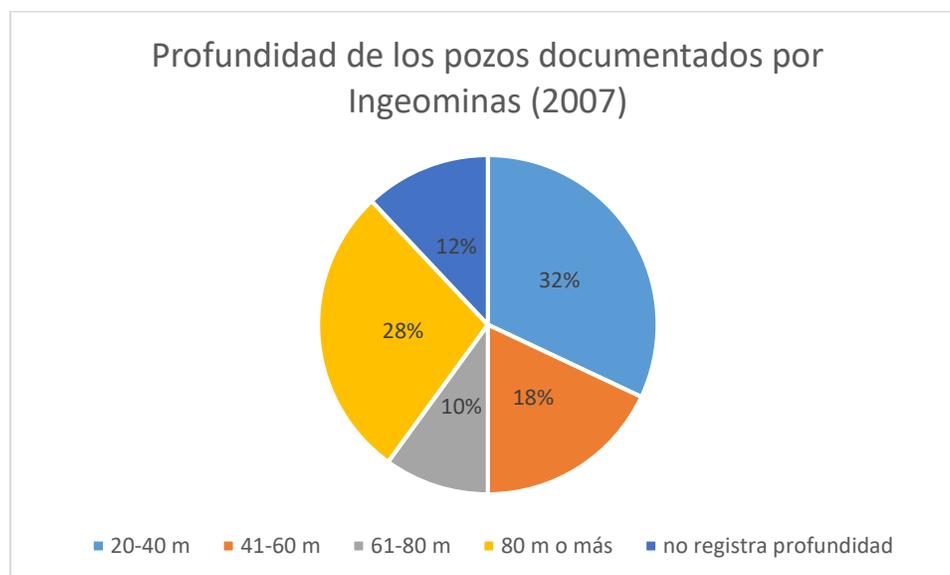


Gráfico hecho a partir de la recopilación de datos de Ingeominas (2007)

Un maestro de construcción me contó –en medio de una conversación sobre el problema que vive en su casa por la reducción de la quebrada y los nacimientos que proveen a su vereda de agua– que en su oficio ha construido varios pozos perforados sin permisos en La Mesa. Primero hacen un “ramal”, que es una estructura sencilla de un techo y cuatro paredes, donde aparentan guardar herramientas y materiales de construcción, y allí una máquina de perforación hace un agujero en la tierra que puede ser de 20 hasta 100 metros, donde se encuentran las aguas artesianas. Esta facilidad de los pozos perforados para evadir controles hace muy difícil su monitoreo y regulación. Como se construyen sobre propiedades privadas que limitan el acceso, pueden evadir tanto a los investigadores que se interesan por el tema⁴⁹, como a la veeduría ciudadana. Esto evidencia el mecanismo

⁴⁹ Las experiencias de campo de los investigadores de la UIS que han participado en El estudio integral del agua de La Mesa de Los Santos desde el 2019, se han encontrado con la enorme limitación de la prohibición del paso a propiedad privada que imponen los dueños de los predios, lo que ha hecho muy difícil el monitoreo de los pozos perforados que explotan.

individualizador de la gestión del agua basada en pozos perforados (Wester & Hoogesteger, 2011). Como los pozos se pueden construir en todos los predios, la gestión del agua produce un territorio cada vez más desintegrado social, ambiental y políticamente (Martín & Larsimont, 2016), lo que afecta la noción del agua como un derecho y un bien público (Damonte, Gonzales, & Lahud, 2006).

Una de las familias adscritas a la junta de acción comunal de La Cabrera que tiene su finca en la parte alta de la cuenca de la extinta Quebrada Chinavega, ha intentado durante más de 20 años frenar la intensa búsqueda de agua que lleva a cabo la empresa El Guamito, con la que limita la finca campesina en la planicie. Según don Pablo, el mayor de esta familia, la empresa ha hecho más de 10 perforaciones buscando las aguas que nacen en el bosque de ladera que la familia campesina se ha encargado de proteger por dos generaciones. “Los he visto más de una vez asomados ahí en el bordo de mesa mirando el riego de los cortes de tabaco que tenemos acá, como mirando por dónde hacer el pozo”, me dijo cuando lo entrevisté por primera vez en 2020. En estos mismos 20 años la finca perdió un nacimiento, una quebrada pequeña llamada Los Naranjos se profundizó y las aguas de los otros dos nacimientos se han reducido notablemente.

El impulso por defender el derecho al agua de su familia y la de su hermano, que siguen cultivando las laderas, lo ha llevado a denunciar en la CDMB. Sin embargo, las inspecciones oculares que han intentado hacer con la institución, que se supone es la autoridad ambiental, no han podido llevarse a cabo porque los dueños de los predios nunca están en sus fincas y prohíben la entrada para poder informar sobre lo que está pasando.

A mediados del 2000, la comunidad campesina de las veredas San Pío y San Miguel (ubicadas como La Cabrera en la ladera nororiental de La Mesa) logró frenar con una

denuncia ambiental el uso de un pozo perforado en el condominio Campo Campiña, que había secado por completo la quebrada Las Tablas concesionada más abajo por familias campesinas que viven en la ladera. De todos estos hechos solamente tenemos registros orales que corresponden a la memoria de luchas que han entablado las familias campesinas de esta región, pues acceder a los registros que deben reposar en la CDMB ha sido difícil por las evasivas de esta institución. Para el Estudio integral del agua de La Mesa de Los Santos que adelanta la UIS en la actualidad, y en el cual se enmarca mi investigación, se ha solicitado en tres ocasiones información sobre los permisos y concesiones de uso de aguas subterráneas otorgadas por esta institución en el área de su jurisdicción (región nororiental del altiplano que hace parte del municipio de Piedecuesta), a lo que la autoridad competente ha respondido con evasivas, violando en derecho fundamental a la información.

Todo ello hace muy difícil dimensionar las implicaciones de la sobreexplotación de los acuíferos. La actuación de las instituciones es realmente preocupante, especialmente ahora cuando se aceleró la construcción de casas en La Mesa y el agua subterránea es la solución de los constructores; Jhan Céspedes, gerente de Incomesa, afirmó en una entrevista en Caracol Radio en 2019:

“Lo que pasa es que para nosotros el tema de la escasez de agua en la Mesa de los Santos es un tema chuleado, superado hace muchos años ¿por qué? Porque nosotros entendimos que el agua si está, pero en el subsuelo entonces por eso los proyectos que hemos desarrollado desde hace seis, siete años, en todos esos proyectos le apostamos a la construcción de pozos profundos, buscando bolsas de agua subterráneas a 80 o 90 metros y así hemos generado acueductos para proyectos de 400 como en el "Condominio Mesa De Los Santos", para 200 lotes como en "Mi terruño" y estamos celebrando que hace 15 días terminamos la construcción del pozo profundo del Pony Parque donde vamos a construir el primer hotel de lujo en la Mesa de los Santos, hicimos las pruebas de bombeo y nos dio capacidad para atender 200 familias viviendo de manera permanente, entonces el tema del

agua en la Mesa de los Santos es un tema chuleado y superado hace mucho tiempo, pero por iniciativas propias, por iniciativas privadas.” (Jhan Céspedes, 2019)

En este testimonio queda reflejada la mentalidad utilitarista que ve el territorio como recurso explotable y como paisaje, ignorando las delicadas redes de interdependencia entre todos sus elementos, la complejidad inherente al equilibrio de este ecosistema y los saberes y prácticas acumulados por quienes lo han habitado durante siglos. El problema no se reduce al choque entre lo tradicional y lo moderno, como si una u otra realidad fuera la buena o la mejor; lo que se pone de manifiesto son los valores que sostienen y los impactos que producen estas maneras de entender y habitar un territorio en clave de su sostenibilidad, esto es, según la definición de Yayo Herrero, no interferir con la capacidad inherente de la naturaleza de generar y sostener la vida (2020)

“La idea de progreso se relaciona, en muchas ocasiones, con la superación de aquello que se percibe como un límite. La dominación sobre la naturaleza toma cuerpo en la obsesión por eliminar los obstáculos que impidan la realización de cualquier deseo. Cualquier límite que impida avanzar en este dominio se presenta como un reto a superar. La modificación de los límites de la naturaleza ha sido vivida como una muestra de progreso. En la cara oculta de la superación de los límites se sitúa la destrucción, agotamiento o deterioro de aquello que necesitamos para vivir” (Herrero, 2020)

El usufructo individual y privado sobre el bienestar colectivo, la explotación sobre el cuidado, la segregación sobre el reconocimiento de la igualdad en dignidad y derechos. Estos elementos explican, a la vez que configuran, la crisis socio-ecológica que afecta no solo a La Mesa de Los Santos, sino al planeta.

4. Conclusiones

Mientras escribía este documento, un comité de líderes sociales de las veredas nororientales de La Mesa –conformado recientemente en el marco de La Mesa por el Derecho al Agua en un nuevo intento por defender este derecho de las familias campesinas– se organizaba para denunciar de manera preventiva la construcción de un pozo perforado que se utilizará para suplir de agua a las tres parcelaciones que está construyendo la Hacienda El Madrigal en asocio con Incomesa. Entre los trabajadores de la zona se ha filtrado la información de que la máquina que han visto en los predios de la empresa agropecuaria es alquilada a Ecopetrol y que el pozo podría tener 500 metros de profundidad. Aunque la información aún no ha podido ser corroborada, pues las autoridades ambientales han actuado siempre con lentitud y negligencia ante las quejas del campesinado, y que el rumor pueda ser una exageración alarmista de una comunidad que tiene motivos para preocuparse, no es sorprendente que en la carrera por captar los pozos de agua más apta para el uso doméstico de la región nororiental los competidores con mayores capitales (económicos y políticos) costeen perforaciones cada vez más profundas.

Las aguas superficiales que caracterizan los suelos de la región nororiental donde se formaban humedales en los valles menos drenados, los “terribles lodazales” (Universidad de Santander, 1982) que combatió la modernización agropecuaria y suburbana, no sólo se han profundizado hasta desaparecer cauces (como es el caso de la Quebrada Los Naranjos); también se han contaminado. En el condominio Altamira, el primero de todas las parcelaciones suburbanas, un señor que ha participado activamente en la red emergente de La Mesa por el Derecho al Agua expresaba su preocupación por la calidad de las aguas subterráneas de su sector; a 70 metros los estudios de calidad de agua muestran la

existencia de bacterias coliformes, un indicio de la contaminación por pozos sépticos del manto freático más superficial. Los pozos perforados, como el último peldaño del reverdecimiento de la planicie y la privatización del agua, son infraestructuras sigilosas de las que sólo se ve la punta del iceberg, que desintegran social, ambiental y políticamente (Martín & Larsimont, 2016) las redes del agua que caracteriza la gestión hídrica en sectores rurales especialmente.

Considerando el impacto que ya han tenido otros pozos perforados en las quebradas y nacimientos de las laderas, la noticia preocupa especialmente al campesinado que, como hemos visto, ha sido el grupo con menor poder económico y político para tomar decisiones sobre la gestión de los bienes comunes de su territorio. En el escenario actual, las relaciones hidrosociales dominantes están trazadas por la mercantilización de la naturaleza y el establecimiento de una lógica individualista en la gestión de los bienes comunes, cuyo resultado ha sido la expansión de ese modelo de habitar desde la planicie nororiental de La Mesa hacia otras regiones del altiplano. En esta lógica, “el agua se mezquina” porque es la condición del crecimiento y la acumulación de excedentes.

El deseo modulado por la visión del desarrollo que impulso la concentración del agua ha devastado los ecosistemas acuáticos del Bosque Seco tropical de La Mesa de Los Santos. Sus consecuencias en el corto y mediano plazo (la desecación de las quebradas, la interrupción de caminos y hasta las avalanchas) han afectado a los grupos humanos de manera desigual, marginando a una cultura campesina que, paradójicamente, es portadora de los saberes y conocimientos que podrían reparar y resolver los daños causados que, en el largo plazo, amenazan la sustentabilidad de todos, ya que la desertificación es la principal

consecuencia de la masiva construcción de pozos perforados en otras regiones secas del mundo (Valderrama, 2017).

Pensar el agua implica reconocer su carácter híbrido socionatural, saberla un elemento “parte natural y en parte social, y que encarna una multiplicidad de relaciones histórico-geográficas” (Swyngedouw, 1999, 445), sin desconocer su capacidad actante que escapa al control humano, a la posibilidad de producirla o crearla. Lo que nos enseñan la avalancha o la comprensión campesina de esa cualidad ingobernable de las aguas subterráneas que “desaparecen” y “reaparecen” a voluntad, es que la pulsión de dominar a la naturaleza o ignorar sus dinámicas y leyes no es sólo ilusoria sino contraproducente. El devenir de esa relación humanos-naturaleza humanos-agua está en constante cambio y mediada por infraestructuras que son siempre procesos inacabados en un continuo “hacerse” (Hommes, Hoogesteger, & Boelens, 2022, 2).

La tesis central presentada a lo largo de este texto es que la escasez de agua se produjo en la vereda en medio de las tensiones y desequilibrios de poder entre dos formas de concebir y relacionarse con el agua; la cultura campesina –para la cual el agua es más que H₂O, el agua está viva y depende de su relación con el bosque, el suelo en constante movimiento y las personas– y la cultura del desarrollo económico, que entiende el agua como un bien, como una mercancía, que es la condición de la acumulación de riqueza. Dichos imaginarios o visiones de mundo, producen material y simbólicamente territorios hidrosociales disimiles que se rozan, se solapan y están en permanente tensión. Las infraestructuras son, en esta línea, una expresión de cada territorio hidrosocial, y a la vez un ensamblaje que reproduce sus lógicas. De un lado encontramos infraestructuras domésticas en las laderas a partir de bocatomas, jagüeyes, mangueras y siembras de agua, del otro,

infraestructuras que reordenaron el fluir del agua concentrándola en lagos o elevándola desde el fondo de la tierra a tanques ubicados en las áreas planas donde se ubican los hitos del “desarrollo” industrial de la región.

El contraste se refuerza constantemente entre lo material y lo simbólico. En los últimos años, entre los nuevos habitantes de la región más plana y más húmeda del altiplano, ha tomado fuerza la idea de que la Mesa de los Santos es diferente a la Mesa de Jéridas. En la entrevista transmitida en septiembre del 2019 por Caracol Radio el señor Jhan Céspedes, el reconocido empresario de Barrancabermeja que ha llevado a cabo los últimos grandes proyectos urbanísticos y turísticos de La Mesa⁵⁰ –citado en el capítulo 3 afirmando que el problema del agua estaba “chuleado” y resuelto–, aseguraba que desde el peaje hasta El Granero, donde el municipio de Piedecuesta limita con el de Los Santos, se llama La Mesa de Jéridas, y del Granero hasta el caso urbano de Los Santos, se llama Mesa de Los Santos⁵¹.

“Naming implies power”, escribe Arnold J. Bauer⁵² citado por Diana Carolina Ardila Luna (2010) para describir cómo fueron desapareciendo las toponimias indígenas en el territorio Guane y se fueron estableciendo las hispanas en la época colonial. Con varios siglos de diferencia, en la actualidad parece repetirse la misma historia en el mismo lugar, desde un deseo de distinción que divide no sólo a la ladera de la planicie, sino también a la planicie del *desarrollo* de la planicie *campesina*.

⁵⁰ Entre estos se encuentra el Pony Club a pocos metros del peaje de la punta y el Condominio Mesa de Los Santos, el más grande de toda la región, donde se imitó un pueblito campesino con iglesia y mercado. Este condominio tiene 400 lotes.

⁵¹ “La Mesa de los Santos es una sola geográficamente es una sola, pero jurisdiccionalmente pertenece a dos municipios tenemos la mitad de La Mesa desde que usted entra a La Mesa pasando por el peaje hasta el granero donde se consigue ese sabroso café Mesa de los Santos hasta ahí pertenece al municipio de Piedecuesta, entonces esa mesa para identificarla la denominan Mesa de Jéridas. Y desde el Granero hasta el municipio de Los Santos pasando por el Mercado Campesino de Acuarela y pasando bueno por todas las veredas que hay de ahí en adelante se conoce como la mesa de los Santos”. (Caracol Radio Bucaramanga, 2019)

⁵² La cita corresponde al libro Bauer, A. 2001. Goods, power, history. Latin America's material culture. Cambridge University Press.

Para otros líderes cercanos a Jhan Céspedes, aunque con menor audiencia, La Mesa de Jéridas es toda la planicie de más altura (mayor a 1400 m.s.n.m) incluyendo las veredas de Los Santos que Jhan descarta; es la zona donde nacen la mayor parte de las quebradas de todo el altiplano, y dónde, no por azar, se han concentrado los proyectos urbanos, turísticos y de industria agropecuaria. Esta es “La Mesa del desarrollo”, como me dijo este líder cuando hablamos por teléfono. Mientras que la Mesa de Los Santos es, según su lógica, la planicie de menor altura compuesta en su totalidad por las veredas de Los Santos, en las extensas planicies de suelos calcáreos cultivadas de tabaco durante la bonanza de los años sesenta⁵³; esta es La Mesa donde aún predomina la vida campesina. A esta segunda mesa apenas se están expandiendo, hace menos de 10 años, los proyectos suburbanos y los complejos avícolas que llevan más de 30 en la primera (La Mesa de Jéridas, en la lógica de A). Estos procesos de distinción social y cultural impulsados por los proyectos suburbanos y el turismo rural que se traducen geográficamente, están relacionados con los fenómenos de elitización de la tierra y la gentrificación rural (Gascón, 2016) que profundizan la segregación del campesinado. Sobre esto se abre un camino de continuidad para esta investigación que pueda aportar a comprender cómo la expansión del capitalismo, además

⁵³ En el censo realizado en 1960 el municipio de Los Santos tenía un total de 892 explotaciones agrícolas dedicadas al tabaco que cubrían 1.502.8 hectáreas del territorio, lo que lo convertía a la fecha en el segundo municipio con más hectáreas cultivadas en tabaco, después de Barichara donde existían 1.147 explotaciones en 1.821.8 hectáreas (DANE, 1964). Este periodo es reconocido por los campesinos más adultos como un periodo de bonanza por el tabaco, pues a pesar del endeudamiento y la explotación laboral que propició la industria tabacalera como Coltabacos (Fajardo, 1981), el tabaco se convirtió en un bien de cambio que les permitía acceder a mercados fiados cuando no había dinero; la empresa, me dice Luis Bohórquez, un líder comunitario de Paso Chico que entrevisté en el 2023, era como el Estado en un región donde mandaban gamonales. La bonanza fue también alentada por las oleadas de migración que llegaron a La Mesa de los Santos durante el periodo conocido como La Violencia donde se enfrentaron liberales y conservadores a muerte (década del 50); el mismo Luis pertenece a una familia que migró de un municipio de la provincia de García Rovira que a mediados de siglo se despoblaron, mientras que las veredas de los dos municipios que conforman La Mesa de Los Santos se poblaron vertiginosamente con mano de obra campesina como lo relata Francisco Peña (Hernández Torres, 2003).

del conflicto armado, ha promovido procesos de desarraigo cultural y descampesinización⁵⁴.

En esta investigación me he limitado a observar la producción de la escasez a partir de la comprensión de los imaginarios o visiones de mundo que son sistemas epistemológicos de creencias (Hommes et al., 2022) y su materialización en infraestructuras hidráulicas que han reconfigurado, en ese proceso constante, las relaciones humanas y no humanas del territorio hidrosocial de La Mesa, el cual es más preciso llamar una territorialidad plural de territorios solapados, o “territorios-en-territorios” (Hoogesteger, Boelens, & Baud, 2016), que están en permanente tensión y conflicto. En este interés por observar las relaciones presentes en La Cabrera y lo que ha sucedido en las veredas circundantes, desde donde el agua fluía y fluye subterráneamente, me he centrado en la comunidad campesina por un lado, y en los actores privados, empresas agropecuarias y constructoras, dado su protagonismo en este proceso de ordenar y construir a su modo de gobernar el agua y la tierra que privilegia el interés de los propietarios de la planicie. En la mediación entre ellos han aparecido actores institucionales estatales con un menor protagonismo, pues como he mostrado, incluso las élites privadas que se establecieron en el territorio han señalado la

⁵⁴ Otra línea de investigación que se abre tiene que ver con las condiciones del extractivismo de las avícolas. El problema de la avalancha destapó el pésimo manejo de los residuos de la empresa más importante de producción de huevos de Santander (Huevos Kikes). Pero además es interesante estudiar el modelo fabril de urbanización que expandió, el impacto en la vida campesina tanto de mujeres como de hombres, y la calidad de vida de sus trabajadores que en el documento de la UIS se señalaba ya como uno de los aspectos “retardatarios” del desarrollo. A pesar de varios intentos no he podido entrevistar a ningún trabajador de Incubadora Santander, porque tiene prohibido hablar con personas a riesgo de ser echados, según me contó una persona cercana a un trabajador de la empresa, quien también se refirió a la mala calidad de agua que usan los trabajadores de la empresa para sus necesidades vitales. En estos lugares se suele “potabilizar” el agua con componentes químicos que decantan las partículas. También he podido entrar a algunas granjas y observar las condiciones de hacinamiento en las que viven los trabajadores. He sabido de personas a las que les prohíben tener gallinas o pollos en el lugar donde viven para evitar riesgos de enfermedades aviares en los galpones, a estas personas les hacen visitas de control regulares en sus viviendas familiares para comprobar el cumplimiento de la norma. Esto no sólo es un ejercicio de abusivo de poder sobre la vida privada de los y las trabajadoras, sino que también profundiza un desarraigo cultural en el propio territorio que pone en evidencia el fenómeno de descampesinización (Silvetti, 2010) que se ha producido en el contacto tensionante y permanente de estas territorialidad desarrollista que se impone sobre la campesina.

ausencia de gobernabilidad de éstos últimos. Es importante resaltar este vacío que abre nuevas preguntas para entender mejor cómo las instituciones estatales que ordenan el uso del territorio se vincularon en este proceso de constante reconfiguración de las relaciones hidrosociales. La recomendación que deriva de lo anterior es avanzar en el análisis de cómo las políticas públicas de ordenamiento territorial se han moldeado y han incidido en estos procesos que describo, y qué efectos han tenido frente al escenario de desigualdad geográfica que se ha pronunciado en los últimos años, con la producción de zonas secas que limitan con regiones de la abundancia donde el agua parece infinita. Además de escasez de agua, este proceso también ha generado una precarización ambiental de la ladera campesina, la cual es vista como zona de desechos de la industria avícola (que convirtió la quebrada El Platanal en vertientes contaminadas de desechos agroindustriales) y de zona de disposición de residuos de construcción.

Esto evidencia, una vez más, la urgencia de encarar el problema de la escasez de agua más allá de un problema de disponibilidad para entender cómo incide en diferentes esferas de la vida. Además de reproducir una lógica hidróvora en un sistema insaciable que ha basado el crecimiento económico en el acaparamiento de agua⁵⁵, el problema de limitarse a su disponibilidad, es que se ha naturalizado la escasez asimilándola a una condición “natural”, desviando del foco de atención las relaciones sociales, las ideas o imaginarios, las diversas concepciones del agua y el territorio, que en conjunto materializan proyectos de acción de grupos sociales que han incidido en la construcción de paisajes desiguales de laderas campesinas cada vez más secas, y planicies del desarrollo cada vez más reverdecidas.

⁵⁵ Una búsqueda insaciable de acuíferos cada vez más profundos o la inversión de un costoso acueducto que pretende subir el agua contaminada del río Chicamocho.

En el deseo de dominar la naturaleza para moldear esa *eutopía*, ese paraíso terrenal en La Mesa, en el lugar con “el mejor clima del país”(Hernández Torres, 2003), los empresarios agropecuarios y constructores construyeron el discurso de la escasez de agua de La Mesa, y además, produjeron materialmente el problema de la escasez al concentrar el agua y establecer un modelo hidróvoro que se plantea una búsqueda infinita de más y más agua, en ese deseo de crecimiento económico infinito donde el agua perdió su carácter sagrado y ordenador moral de las relaciones. Así, los debates para solucionar lo que se lee como un problema natural suelen centrarse en cómo traer más agua a un lugar que no tiene la suficiente para soportar el *imparable progreso*: ¿carrotanques? ¿pozos más profundos? ¿un costoso acueducto de varias estaciones eléctricas para subir el agua del río Chicamocha o uno que permita el bombeo desde la altura del río Manco? Estas son las preguntas vigentes en la discusión sobre la gestión del agua.

Entender la escasez de agua como un producto de las relaciones humanas con la naturaleza también ha permitido develar la cultura del agua de una sociedad agraria adaptada a las condiciones de un ecosistema árido que son potencialmente “saberes para la sustentabilidad”, es decir, “saberes que han perdurado por siglos, culturas de la naturaleza que no separaron a la sociedad del entorno que la sostiene y la recrea en una dinámica coevolución” (Cariño Olvera & Castorena, 2016, 11). La idea del agua como un elemento vivo con capacidad de actuar en el paisaje, dotada de carácter sagrado –de seres sagrados (la madre del agua o los indios)– que por ende ordena la vida y las relaciones humanas en esa noción de “el agua no se mezquina”, y el “agua pleiteada se va”, no es solamente una creencia curiosa; es un idea que moviliza prácticas de conocimiento del entorno, cuidado del agua y gestión del paisaje que es preciso reconocer, visibilizar e incorporar en las

soluciones ante la escasez de agua. Desde el espacio íntimo de la cocina campesina, por ejemplo, las prácticas culturales están orientadas a un uso racional del agua que promueven su cuidado. La forma de lavar los platos usando un recipiente grande que permite aprovechar cada gota, o el diseño de las casas donde las aguas grises de la cocina corren hacia una barrera de matas de plátano que filtran y re-usan las aguas, son algunos elementos que se pueden entender dentro de este marco epistemológico donde el agua es sagrada.

La cultura campesina de La Mesa de Los Santos tampoco se ha quedado petrificada en el tiempo como un objeto de museo: es una cultura, una red de actores y ensamblajes sicionaturales que persisten dando forma a un territorio hidrosocial plural en constante tensión. Un ejemplo de cómo el pensamiento campesino, partiendo de la necesidad de cuidar el bosque para cuidar el agua, es capaz de producir soluciones técnicas para modernizar sus prácticas y mejorar su vida los son las taravitas eléctricas que se encuentran en fincas de producción de tabaco en la parte alta de La Cabrera. Estas infraestructuras propias del territorio hidrosocial campesino son el desarrollo de las taravitas manuales que se usaban para solucionar dificultades de movilidad en las pendientes, evitando la construcción de carreteras que obligan derribar los bosques de ladera donde nace el agua.

Frente a esto es interesante preguntarse por la *planicie campesina* de La Mesa (región sur y occidental), donde la gestión del agua tomó un rumbo diferente en los años 80 a partir de la creación de acueductos comunitarios que han construido diques por parte del campesinado. Aunque en la actualidad el proceso expansivo de la agroindustria, el turismo y las parcelaciones suburbanas se haya acelerado y propagado por todo el altiplano, creando una misma lógica de concentración del agua que describí, éste proceso tiene matices diferentes donde cabe preguntarse ¿Cómo fueron pensadas y producidas las infraestructuras

propias del imaginario desarrollista, los embalses y los pozos perforados? Y ¿Cómo se han transformado los conocimientos campesinos del agua en estas regiones?

Referencias Bibliográficas

- Ancizar, M. (1850). *Peregrinación de Alpha. Tomo I*. Retrieved from <https://www.ellibrototal.com/ltotal/>
- Ardila Luna, C. (2010). *Configuración de paisajes coloniales en el territorio guane, santander (Colombia)*. Universidad Nacional de Colombia.
- Ardila Luna, C. (2015). Paisaje colonial del siglo XVI en el territorio guane, Santander (Colombia). In S. Gallini (Ed.), *Semillas de Historia Ambiental* (pp. 127–156). Universidad Nacional de Colombia.
- Ardila Rodríguez, C. A. (2007). *Trichomycterus ruitoquensis* (siluriformes: Trichomycteridae) Una nueva especie de pez de la cuenca alta del río Lebrija, Departamento de Santander - Colombia. *Peces Del Departamento de Santander - Colombia*, 340(3).
- Arenas, E. (2004). *Los Guane: El pueblo de la Cingla*. Retrieved from <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=4887>
- Asamblea Departamental de Santander. (2021). Peaje Mesa de Los Santos, buen recaudo pero.... Retrieved from <https://asambleadesantander.gov.co/peaje-mesa-de-los-santos-buen-recaudo-pero/>
- Boelens (Eds.), (2013) *Aguas robadas: despojo hídrico y movilización social*. Instituto de Estudios Peruanos y Abya Yala.
- Boelens, R., & Arroyo, A. (2013). El agua fluye en dirección del poder. In A. Arroyo & R. Boelens, L. Cremers, & M. Zwartveen (Eds.) (2011), *Justicia Hídrica. Acumulación, conflicto y acción social* (pp. 111–134). Lima: IEP y Fondo Editorial PUCP. woodHouse,.
- Boelens, Rutgerd, Hoogesteger, J., Swyngedouw, E., Vos, J., & Wester, P. (2017). Territorios hidrosociales: una perspectiva desde la ecología política. In *Recursos, vínculos y territorios. Inflexiones transversales en torno del agua*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Budds, J. (2009). Geoforum Contested H 2 O : Science, policy and politics in water resources management in Chile. *Geoforum*, 40(3), 418–430. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2008.12.008>
- Bueno Torres, M. N. (2019). *Who owns the water?* Universidad de Viena.
- Cabrera, W. (1958). La Mesa de los Santos. *Sociedad Geográfica de Colombia*, XVI(581), 1–32. Retrieved from www.sogeocol.edu.co

Camargo Ponce de León, G., & Agudelo-Álvarez, L. G. (2017). Lectura de un paisaje estratificado : propuesta de restauración basada en el ordenamiento multi-escala de las cañadas en la mesa. *Biota Colombiana*, (18), 35–60. <https://doi.org/10.21068/c2017.v18s01a02>

Cariño Olvera, M. M. (1995). *Ecohistoria de los Californios*. La Paz, México: UABCS.

Cariño Olvera, M. M., & Castorena, L. (2016). *Saberes para la sustentabilidad*.

Cariño Olvera, M. M., & Castillo Maldonado, A. L. (2017). Oasis Sudcalifornianos: Paisajes bioculturales con elevada capacidad adaptativa a la aridez y potencial para la construcción de la sustentabilidad local. *Fronteiras Journal of Social, Technological and Enviromental Science*, 6(2), 217–239.

Cariño Olvera, M. M., Maya, Y., Wurl, J., Urciaga, J., & Breceda, A. (2012). *Transformación de los ecosistemas áridos para su uso agrícola en Baja California Sur , México . Un análisis desde la historia ambiental*. 81–106.

Carrizosa, J., González, J. M., Márquez, G., Montoya, C., Palacio, G., Palacio, L. C., & Yepes, F. (2001). Ganadería y transformación de ecosistemas: un análisis ambiental de la política de apropiación territorial. *Naturaleza En Disputa: Ensayos de Historia Ambiental de Colombia 1850-1995*, 119–164. Retrieved from <http://bdigital.unal.edu.co/46808/24/9587010760.capitulo3.pdf>

Castellanos, J. de. (1886). *Historia del Reino de Nueva Granada*. Madrid: SIC editorial.

CDMB. (2011). *Plan de Manejo del Distrito Regional de Manejo Integrado - DMI Cañón del Río Chicamocha-Subcuenca del Río Umpalá*.

Celis, A. (2022). *A profitable model of farm for the conservation of the tropical dry forest of the Chicamocha River Canyon*. Piedecuesta.

Chacón, P., Osorio, A., Achury, R., & Bermudez, C. (2012). Especial de Bosque Seco en Colombia. *Biota Colombiana*, 8(2), 102.

Corrales Marín, S. M. (2015). *Las concesiones de agua: una revisión con criterios de equidad y eficiencia*.

Cunill, P. (2014). Desafíos de la Geografía histórico en la integración de los andes y las zonas áridas. *Dialogo Andino*, (44), 105–122.

Damonte, G., Gonzales, I., & Lahud, J. (2006). La construcción del poder hídrico : agroexportadores y escasez de agua subterránea en el valle de Ica y las pampas de Villacurí. *Revista Anthropologica*, 87–114.

DANE. (1964). Censo Agropecuario del Departamento de Santander. Bogotá: DANE.

Etter, Andres, McAlpine, C., & Possingham, H. (2008). Historical patterns and drivers of

landscape change in Colombia since 1500: A regionalized spatial approach. *Annals of the Association of American Geographers*, 98(1), 2–23. <https://doi.org/10.1080/00045600701733911>

Fajardo, D. (1981). *Los condenados del tabaco: aparceros en Boyacá*. 123–148.

Gascón, J. (2016). Turismo residencial y crisis de la agricultura campesina . Los casos de Vilcabamba y Cotacachi (Andes ecuatorianos). *Pasos*, 14(2), 309–318.

Gómez Blanco, J. A., & Cadena, M. C. (2018). *Validación de las fórmulas de evapotranspiración de referencia (eto) para Colombia*. Bogotá.

Gómez, J. D., & Cuervo Silva, R. G. (2012). *Estudio Geológico Enfocado a La Estudio Geológico Enfocado a La Caracterización Paisajística*.

Hernández Torres, M. (2003). *Eutopía-requiem por un sueño*. Bucaramanga: Fundación El Libro Total.

Herrero, Y. (2020). *Ecofeminismos en tiempos de crisis*. Bucaramanga: Editorial Pabellón seis.

Hombres, L., Hoogesteger, J., & Boelens, R. (2022). (Re) making hydrosocial territories : Materializing and contesting imaginaries and subjectivities through hydraulic infrastructure. 97(July).

Hoogesteger, J., Boelens, R., & Baud, M. (2016). Territorial pluralism: water users' multi-scalar struggles against state ordering in Ecuador's highlands. *Water International*, Vol. 41, pp. 91–106. <https://doi.org/10.1080/02508060.2016.1130910>

Informe general sobre la Carretera del Noreste. (1936). In *Anales de ingeniería tomos XXXI y XL*.

Ingeoexploraciones. (2016). *Elaboración y formulación del Plan de Manejo de Aguas Subterráneas en el Sector de La Mesa, Municipio de Los Santos Fase II*.

Ingold, T. (2019). *The perception of the environment* (Vol. 53). <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>

Ingold, T. (2020). Tomar en serio a las personas. In *Antropología ¿Por qué importa?* Madrid: Alianza Editorial.

Leveratto, Y. (2009). *El descubrimiento de la tumba del cacique Guanentá*. Bucaramanga: SIC editorial.

Martín, F., & Larsimont, R. (2016). Agua, poder y desigualdad socioespacial. Un nuevo ciclo hidrosocial en Mendoza, Argentina (1990-2015). In *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina 2* (Gabriela M, pp. 31–56). Buenos Aires: Fundación CICCUS.

- Martínez Fernández, J. (2006). Agua y sostenibilidad: algunas claves desde los sistemas áridos. *Polis Revista Latinoamericana*. Retrieved from <https://journals.openedition.org/polis/5096>
- Millican, A. (n.d.). *El cazador de orquideas*. Casa del Libro Total.
- Molano Campuzano, J. (1964). Zonas aridas de colombia - La Guajira. *Boletín de La Sociedad Geográfica de Colombia*, XXII(83 y 84), 1–32.
- Monsalve, M. (2004, May 25). La vía que dividió La Mesa. *El Tiempo*. Retrieved from <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1566586>
- Noriega, A., & Rodríguez, R. (2017). *Parcelaciones residenciales suburbanas*.
- Palomino Roa, T. Je. (2012). *Desarrollo e implementación del plan de calidad para huevo comercial en Incubadora Santander S.A Bodega Bellavista*". Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD.
- Pardo, M. E., & Moreno-Arias, R. A. (2018). *El enclave seco del Cañón del Chicamocha : El enclave seco del Cañón del Chicamocha* : Retrieved from file:///F:/Descargas/El enclave seco del Canon Biodiversidad y Territorio Fundacion Natura Colombia.pdf
- Pizano, C., & García, H. (2014). El Bosque Seco Tropical en Colombia. In *Instituto Humboldt*. Retrieved from <http://www.humboldt.org.co/en/research/projects/developing-projects/item/158-bosques-secos-tropicales-en-colombia>
- Posada, E. (1908). *Peregrinación de Omega*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Prieto, G. (2021). El nido sísmico de Bucaramanga. *Seminario Geocientífico - Iniciativa Geoparque Geoparque Cañón Del Chicamocha*. Retrieved from <https://www.youtube.com/watch?v=FLzcLjuOkMQ&t=6636s>
- Quiroga, C. (2020) *Los paisajes enredados de las infraestructuras del agua: represas y arreglos cotidianos en el sur de La Guajira, Colombia*. [Manuscrito presentado para su publicación].
- Raymond, P. (1997). *Hacienda Panelera Tradicional Y Aparcería*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Rones Mejía, D. R., & Peña La Rotta, A. M. (2022). *Evaluación del abatimiento de las aguas subterráneas en La Mesa de Los Santos*. Universidad Industrial de Santander.
- Santander, G. de. (1958). La mesa de los santos. *Sociedad Geográfica de Colombia*, XVI(58), 1–32. Retrieved from http://www.sogeocol.edu.co/documentos/058_la_mesa_de_los_san.pdf
- Sasidevan, D., & Santha, S. D. (2018). The Social Construction of Water Scarcity: An Exploratory Study Along the “Bharatharapuzha” In Kerala. *Glocalism: Journal of Culture*,

- Politics and Innovation*, 3(January 2018), 1–22. Retrieved from www.glocalismjournal.net
- Schottelius, J. (1946). Arqueología de la Mesa de los Santos. *Boletín de Arqueología*, 2(3), 213–225.
- Swyngedouw, E. (1999). Modernity and hybridity: Nature, regeneracionismo, and the production of the Spanish waterscape, 1890-1930. *Annals of the Association of American Geographers*, 89(3), 443–465. <https://doi.org/10.1111/0004-5608.00157>
- Swyngedouw, E. (2009). The Political Economy and Political Ecology of the Hydro-Social Cycle. *Journal of Contemporary Water Research & Education*, (142), 56–60.
- Universidad de Santander, F. de C. H. y E. (1982). *Estudio de la región de la Mesa de los Santos*. Bucaramanga: UIS.
- Valderrama, J. M. (2017). *Los desiertos y la desertificación*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Villamizar, N. E. (2021). La evolución de los Andes, una mirada geológica en el cañón del Chicamocha. *Seminario Geocientífico - Iniciativa Geoparque Geoparque Cañón Del Chicamocha*. Retrieved from <https://www.youtube.com/watch?v=FLzcLjuOkMQ&t=6345s>
- Wester, P., & Hoogesteger, J. (2011). Uso intensivo y despojo del agua subterránea: hacia una conceptualización de los conflictos y la concentración del acceso al agua subterránea. In R.
- Zuluaga Carrero, J. (2017). *Diversidad composicional y funcional de aves en diferentes tipos de vegetación durante el periodo de lluvias en el enclave seco del cañón del río Chicamocha - Santander*. (Oviedo 2014), 88.

ENTREVISTAS

- Fidel Roa, entrevistas realizadas entre 2017 y 2023
- Amparo Vargas, entrevistas realizadas entre 2017-2023
- Feliciano Vargas, entrevistas realizadas entre 2017-2023
- Gregorio Vargas, entrevistas realizadas entre 2017-2023
- Pablo Rico, entrevista realizada en el 2021
- Alejandro Rico, entrevistas realizadas entre 2020-2023
- Euclides Moreno, entrevista realizada en 2019
- Luis Bohórquez, entrevista realizada en 2023
- Evelio Mantilla, entrevista realizada en 2022
- Germán Almeida, entrevista realizada en 2021

María Isis Delgado, entrevista realizada en 2022

Miguel Peña, entrevista realizada en 2022

Rodolfo Rico, entrevista realizada en 2019

Isabel Roa, entrevista realizada en 2019

Alfonso Tello, entrevista realizada en 2022

PRENSA

Asamblea Departamental de Santander. (2021). Peaje Mesa de Los Santos, buen recaudo pero.... Retrieved from <https://asambleadesantander.gov.co/peaje-mesa-de-los-santos-buen-recaudo-pero/>

Caracol Radio Bucaramanga. (2019, September 29). “Soy mesano por adopción”: Jhan Alcibiades Céspedes. *Caracol Radio*.

Oficina de prensa de la Gobernación de Santander. (2011, May 28). Normal el paso entre Bucaramanga y San Gil. *Oficina de Prensa de La Gobernación de Santander*. Retrieved from <https://nacionalpiramide.blogspot.com/2011/05/normal-el-paso-entre-bucaramanga-y-san.html?m=1>

Vanguardia Liberal. (2008, August 3). El Madrigal, una finca de leche y carne hasta los cachos. *Vanguardia Liberal*. Retrieved from <https://www.vanguardia.com/deportes/mundial-de-futbol/el-madrigal-una-finca-de-leche-y-carne-hasta-los-cachos-HPVL2786>

Vanguardia Liberal. (2011a, March 11). 20 familias de Cabrera en alto riesgo por el invierno. *Vanguardia Liberal*. Retrieved from <https://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/20-familias-de-cabrera-en-alto-riesgo-por-el-invierno-CRVL96015>

Vanguardia Liberal. (2011b, May 19). Avalanchas multiples colapsaron vía a Bogotá. *Vanguardia Liberal*. Retrieved from <https://www.vanguardia.com/economia/local/105073-avalanchas-multiples-colapsaron-via-a-bogota-BCVL105073>

Vanguardia Liberal. (2017, February 9). Los Santos administrará carrotanque para agua. *Vanguardia Liberal*. Retrieved from <https://www.vanguardia.com/santander/region/los-santos-administrara-carrotanque-para-el-agua-FRv1388508>

Vanguardia Liberal. (2021, June 28). Peaje de la Mesa de Los Santos, ¿el ‘dolor de cabeza’ acabaría en 2025? *Vanguardia Liberal*. Retrieved from <https://www.vanguardia.com/economia/local/peaje-de-la-mesa-de-los-santos-el-dolor-de-cabeza-acabaria-en-2025-BA3938047>

PROYECTOS NO ESCRITOS

Ortiz, Natalia. (2021) “Huele a lluvia”, proyecto fotográfico documental en la vereda El Pozo del municipio de Los Santos.

Colectivo Reviviendo Nuestro Campo (2021) “Relatos campesinos del agua, una expedición sonora por el cañón del río Manco”. Consultar: <https://open.spotify.com/show/4XWiwUV0GM0NasfyDSRkcE?si=816baf3e60f047e5>

DOCUMENTOS

CDMB (2011) “Expediente Sancionatorio 0043-2011 de Incubadora De Santander”.